



Volumen II

ESTAMPAS

SICILIANAS

*Giovanni
Verga*

*Traducción y selección
de Guillermo Fernández*

ESTAMPAS SICILIANAS



Colección dirigida por Guillermo Fernández (†)



*Giovanni
Verga*

*Traducción y selección
de Guillermo Fernández*

ESTAMPAS

SICILIANAS

VOLUMEN II

SECRETARÍA DE CULTURA

2 0 1 9



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santfín Villavicencio

Estampas sicilianas, Volumen II

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Giovanni Verga, por textos

© Guillermo Fernández García, por traducción

ISBN: 978-607-490-292-1

ISBN de colección: 978-607-490-290-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/08/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

NOTA DE LOS EDITORES

Por su reconocida trayectoria como traductor, en 2010 Guillermo Fernández fue miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, en México, perteneciente al Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), en el rubro de Letras (enfocado en el área de Traducción literaria), tras presentar el proyecto de la traducción al español de los cuentos completos de Giovanni Verga, “que, según me han informado, nunca han aparecido juntos en nuestro idioma”, como reza la justificación elaborada por el propio Fernández. El proyecto abarcaría tres años e incluiría, asimismo, la

traducción de una antología de cartas de Miguel Angel Buonarroti.

Es relevante incluir aquí un fragmento de dicha justificación para fundamentar la presente edición, dada la pertinencia apologética de los comentarios del maestro Fernández:

Es innegable la importancia y la trascendencia de dicho narrador [Giovanni Verga] como cuentista, determinante no sólo para la narrativa italiana en su vertiente “verista”, de la cual es el gran maestro, cuya influencia fue más que visible en muchos escritores italianos contemporáneos suyos o inmediatamente posteriores, como Fucini, Capuana, De Roberto, Pratesi, De Giacomo, la Deledda, la Serao, D’Annunzio y otros escritores “regionalistas”. Después de un cierto eclipse debido al triunfante dannunzianismo, la obra narrativa de Giovanni Verga volvió a recuperarse y muchos escritores de esa época, entre ellos Pirandello, Tozzi, Jahier, Viani y Palazzeschi, reconocieron en él a su maestro (D. H. Lawrence, gran admirador del siciliano,

tradujo al inglés dos libros suyos, *Vita dei campi* y *Novelle rusticane*). Pasan los años, pasan las nuevas corrientes, y la obra de nuestro autor reaparece con nuevos bríos, tal y como ocurrió durante el neorealismo. ¿Cómo olvidar “Cavalleria rusticana”, “La Loba”, “El pastor Jeli”, “Rojo Malpelo” y tantos cuentos más, que tocan el fondo del abismo humano?

El cuento “Nedda” fue publicado el 15 de junio de 1874 en la *Rivista Italiana* y, en el mismo año, la editorial G. Brigola en Milán lo edita como una *plquette*. Posteriormente, entre 1874 y 1875, otros relatos aparecieron en revistas como *Illustrazione Italiana* y *Strenna Italiana*; la editorial Brigola los recopiló y los editó bajo el título de *Primavera y otros cuentos*, en 1876; ésta será la primera colección de relatos del autor. Más tarde –debido al éxito previo de “Nedda”–, en 1877, la misma editorial publica un nuevo volumen (al cual seguramente Guillermo Fernández tuvo acceso) que incluye ambas ediciones y que lleva por título los seis nombres de los relatos que integran la sección a la cual

hemos denominado “Primeros tiempos”. El libro carece de una fisonomía homogénea, pero revela el giro que la obra de Verga dio a partir de su llegada a Milán, al volverle la espalda “a la temática y al tono del romanticismo decadente” de sus novelas previas “para adherirse al movimiento verista”.

Los dos siguientes apartados comprenden la totalidad de los libros *Vida de los campos* (Ed. Treves, Milán, 1880) y *Cuentos rústicos* (Ed. Casanova, Torino, 1883); *Por las calles* (Ed. Treves, Milán, 1883), la sección final del presente volumen, carece de un par de cuentos (“Il Bastione di Monforte” y “Semplice storia”). Aun así, no quisimos dejar pasar la oportunidad de publicar, aunque incompleto, dicho título, dado el valor de la obra de este gran autor italiano. Como señala D. H. Lawrence —el “más apasionado traductor y divulgador en lengua inglesa” del escritor verista, al decir de Fernández—, “Verga es un gran maestro del cuento. El libro *Novelle rusticane* y el volumen titulado *Cavalleria rusticana (Vita dei Campi)* contiene algunos de los mejores cuentos escritos

en todo el mundo. En ellos hay unos tan breves y convincentes como los de Chejov”.

Desafortunadamente, Guillermo sólo pudo presentar la primera parte del proyecto ante el Fonca. Su fallecimiento, acaecido en marzo de 2012, dejó trunca la traducción completa de la obra cuentística de Verga; aunque es casi seguro que la haya terminado, como se lo exigía la rigurosa disciplina que se imponía para el cumplimiento de sus compromisos. No lo sabemos debido a que la investigación por el asesinato de Guillermo Fernández sigue abierta, y no es posible acceder al material que el traductor conserva en su domicilio. De cualquier modo, en reconocimiento al trabajo realizado, la Secretaría de Cultura del Estado de México ha decidido editar, en dos volúmenes, todos los textos con que se cuenta.

ESTAMPAS SICILIANAS

Volumen II

Cuentos rústicos

EL REVERENDO

El reverendo ya no portaba la luenga barba ni el escapulario de fraile menor; ordenaba que se la rasuraran todos los domingos y salía a pasear con su bella sotana de paño fino y su gabán de mangas de seda. Cuando miraba sus campos, sus viñedos, su ganado y sus labradores, con las manos en los bolsillos y la pipita en la boca, se persignaba con la mano izquierda al recordar el tiempo en que lavaba las escudillas de los capuchinos, quienes, compadecidos de él, le habían puesto el hábito encima.

Si ellos no le hubieran enseñado a decir misa, a leer y a escribir, nunca habría podido figurar entre

las primeras familias del pueblo, ni anotar en sus balances el nombre de todos aquellos aparceros que trabajaban y pedíanle a Dios un buen año para él, y que luego blasfemaban como turcos al hacer las cuentas. “Mira quién soy y no de dónde provengo”, dice el proverbio. Todos sabían quién era su padre, dado que su madre aún le barría toda la casa. Al reverendo poco le importaba el propio linaje; y cuando iba a jugar al tresillo a la casa de la baronesa, hacía que su hermano lo esperara allí con la lámpara en la mano.

Si tenía que hacer el bien, empezaba por los suyos, como Dios mismo lo manda. Llevó a su casa a una sobrina, agraciada pero pobre, sin esperanza de encontrar marido. Y no sólo la mantenía, sino que la alojó en una bella habitación, con cristales en la ventana, cortinajes en el lecho, y no la tenía allí para trabajar o maltratar sus manos en algún oficio grosero. Pero a todos les pareció que aquello era un castigo de Dios cuando la pobrecita fue víctima de los escrúpulos, como les ocurre a las mujeres que no tienen otra cosa que hacer y pasan

los días en la iglesia, golpeándose el pecho por un pecado mortal –pero no cuando estaba el tío, porque él no era uno de esos curas a quienes les gusta que los vean vestidos con gran pompa en el altar de la enamorada–. Hallándose fuera de casa, le bastaba con acariciar con dos dedos la mejilla de las mujeres, paternalmente, o por el postiguito del confesionario, después de que ellas habían vaciado el costal de pecados propios y ajenos –puesto que siempre aprendía algo útil acerca de los negocios del campo–, y cuando ellas enjuagaban la conciencia les daba la bendición.

No pretendía ser un hombre santo, ¡gracias a Dios! Los hombres santos se mueren de hambre; como el vicario, que decía misa aunque no se la pagaran, y andaba entre las casas de los miserables con una sotana tan rota que era un escándalo para la religión. El reverendo quería *abrirse paso*, y se lo abrió, con el viento en popa; en un principio, un poco al sesgo, por culpa de aquella bendita túnica, la cual le molestaba tanto que acabó tirándola en el huerto del convento después de entablar un pleito en el Tribunal de la

Monarquía, que ganó gracias a los cofrades, quienes no veían la hora de librarse de él, porque desde que llegó al convento volaban las bancas y las escudillas del refectorio cada vez que elegían al provincial. Al padre Battistino, un siervo de Dios, robusto como un mulero, lo habían medio matado de un golpe en la cabeza; y el padre Giammaria, el guardián, había perdido muchos dientes. El reverendo, después de atizar el fuego, estaba en su celda, quieto y sin chistar, y de tal modo llegó a ser *reverendo*, y con todos los dientes, que tanto le servían; y del padre Giammaria, que se había echado semejante alacrán al seno, todos decían: “¡Se lo merece!”.

Pero el padre Giammaria, que era un buen hombre, contestaba masticándose los labios con las encías desnudas:

—¿Qué le vamos a hacer? Está visto que él no está hecho para ser capuchino. Es como el papa Sixto, que, siendo porquerizo, llegó a ser lo que fue. ¿No vieron cuánto prometía cuando era un muchacho?

Por tal motivo, el padre Giammaria quedó como simple guardián de los capuchinos, sin camisa,

sin dinero en el bolsillo, condenado a confesar por el amor de Dios, a cocer la sopa para los pobres.

De muchacho, el reverendo decía: “¡Quiero ser cura!”, cada vez que veía a su hermano rompiéndose el lomo al barbechar, y a las hermanas, que ninguno quería ni regaladas, y a la madre, que hilaba en la oscuridad para ahorrar el aceite de la lámpara. Para mandarlo a la escuela vendieron la parcela y la mula, con la esperanza de que si llegaban a tener un cura en casa sería mejor que conservar la mula y la tierrita. ¡Lo difícil era tenerlo en el seminario! El muchacho se puso a rondar en torno del convento, a fin de que lo aceptaran como novicio; y un día que esperaban al padre provincial y abundaba el quehacer en la cocina lo acogieron para dar una mano. El padre Giammaria, que era de buen corazón, le dijo:

—¿Te gusta este estado? Puedes quedarte aquí.

Y fray Carmelo, el portero, en las largas horas de ocio en que se aburría sentado en la tapia del claustro, golpeando una contra otra las sandalias, le puso encima los jirones de un hábito que había colgado de una higuera, el cual servía de espanta-

pájaros. La mamá, el hermano y la hermana juraban que, si él llegaba a ser fraile, ellos estarían perdidos, porque luego no podrían sacarle ni un higo seco. Pero él, que llevaba a un fraile en la sangre, les respondía: “Ya verán que uno no puede seguir la vocación a la que Dios le ha llamado”.

El padre Giammaria se había encariñado con él porque era listo como un gato, y porque en la cocina y en todas las tareas que le encomendaban lo hacía todo como si no hubiese hecho otra cosa en su vida, incluso ayudando en la misa, durante la cual mantenía los ojos bajos y la boca cosida, como un serafín. Y ahora, que ya no ayudaba a decir misa, seguía manteniendo los ojos bajos y los labios cosidos toda vez que trataba con los señores un asunto escabroso, tanto al disputarse un lote de tierras del municipio puestas en subasta cuanto al jurar que decía la verdad ante el juez de primera instancia.

En cuanto a los juramentos, en 1854 debió hacer uno muy importante, en el altar y frente al cáliz, mientras decía la santa misa, porque la gente, airada contra él, lo acusaba de propagar el cólera.

—Por esta hostia consagrada que tengo en mi mano —les dijo a los fieles arrodillados—, ¡juro que soy inocente, hijos míos! Por lo demás, les prometo que el flagelo cesará en una semana. ¡Tengan paciencia!

¡Sí, tenían paciencia! ¡Forzosamente tenían paciencia! Porque él se llevaba muy bien con el juez y con el capitán de armas, y el rey Bomba le enviaba capones en Pascua y en Navidad, para desobligarse, según decían; y también le había enviado el contraveneno, en caso de que ocurriera una desgracia.

Una tía vieja —que debió acoger en su casa para evitar las murmuraciones y que sólo era buena para comer el pan que se robaba— destapó una botella por otra y pescó el cólera; pero el mismo sobrino, a fin de que la gente no sospechara, no le administró el contraveneno.

—¡Dame el contraveneno, dame el contraveneno! —suplicaba la vieja, ya negra como el carbón, delante del médico y del notario, que estaban allí presentes mirándose a los ojos, apenados.

El reverendo, con cara hosca, como si aquello no le concerniera, refunfuñaba:

—No le hagan caso, está delirando.

En caso de tenerlo, el rey le habría enviado el contraveneno bajo secreto de confesión, y no podía dárselo a nadie. El juez había ido a pedírselo de rodillas, para dárselo a su mujer, que estaba muriendo, a lo cual respondió el reverendo:

—Pídame la vida, querido amigo; pero en este asunto no puedo servirle.

Todos conocían esta historia y, sabedores de que gracias a intrigas y habilidad se había vuelto amigo íntimo del rey, del juez y del capitán de armas, que era el intendente de la policía, y de que sus relaciones llegaban a Nápoles sin pasar por las manos del lugarteniente, nadie se atrevía a contrastarlo, porque cuando le echaba el ojo a una finca en venta o a un lote de tierras comunales, alquiladas en subasta, los peces gordos del pueblo que osaban disputárselos lo hacían zalameramente, ofreciéndole tabaco. Una vez, con el mismo barón, estuvieron medio día en un estira y afloja. El barón se mostraba amable; el

reverendo, sentado frente a él, con la capa recogida entre las piernas, cada vez que el otro ofrecía algo más, le mostraba la tabaquera de plata, suspirando:

—Qué vamos a hacerle, señor barón. Aquí se cayó el asno y a nosotros nos toca levantarlo.

Así logró la adjudicación, ilícitamente, y el barón soltó la presa, verde de bilis.

Esto lo aprobaban los aldeanos, porque los perros grandes se muerden entre sí cuando ven un hueso carnoso, mientras que a los pobres sólo les toca roerlo. Pero lo que más los hacía murmurar era que ese siervo de Dios los desplumara peor que el anticristo, toda vez que debían compartir algo con él, y que no tuviera escrúpulos para quedarse con las cosas del prójimo, dado que contaba con el escudo de la confesión, y en caso de caer en pecado mortal él mismo podía absolverse.

—No hay como tener a un cura en casa —suspiraban, y los más desprendidos se quitaban el pan de la boca para mandar al hijo al seminario.

—Cuando uno se entrega al campo, es preciso entregarse a él por entero —decía el reverendo.

Sólo celebraba la misa los domingos, cuando no tenía nada más que hacer, porque no era uno de esos curitas que corren detrás del dinero que ganan por decir una homilía. No lo necesitaba. Una vez que el obispo hizo una visita pastoral y se alojó en casa del reverendo, al ver el breviario de éste cubierto de polvo, con un dedo escribió: *Deo gratias*. Pero el reverendo tenía otras cosas en la cabeza, no podía perder tiempo leyendo el breviario, y se rió del reproche de monseñor. Si el breviario estaba lleno de polvo, sus bueyes estaban brillantes, lanudos los borregos, altas sus siembras, como un hombre; sus aparceros gozaban al mirarlos y podían levantar castillos en el aire, antes de hacer cuentas con el patrón. A esos pobres se les ensanchaba el corazón. ¡Sembradíos que son una magia! ¡El Señor viene a cuidarlos durante la noche! ¡Se ve que es cosa de un siervo de Dios, y conviene trabajar para él, que tiene en su mano la misa y la bendición! En mayo, cuando veían el cielo para rogar a cada nube que pasaba, sabían que el patrón decía misas en favor de la cosecha, más valiosas que las imágenes de los santos y los panes

benditos para conjurar el mal de ojo y el mal año. Es más, el reverendo no quería que esparcieran panes benditos en los sembrados, porque sólo sirven para atraer gorriones y otras aves nocivas. En cuanto a las estampitas, tenía llenos los bolsillos, porque sacaba puñados de ellas en la sacristía, y gratis, las mismas que le regalaba a los campesinos.

En tiempo de cosecha, llegaba a caballo, junto a su hermano, que le servía de campero, con la escopeta en bandolera, y no se movía de allí; dormía a la intemperie para cuidar sus intereses, sin pensar nunca en Cristo. Y los pobres diablos, que en primavera olvidaban los duros días del invierno, se quedaban con la boca abierta al oír la letanía de sus deudas. “Tantos kilos de haba, que tu mujer vino a pedir en invierno”. “Tantos haces de leña entregados a tu hijo”. “Tantos kilos de trigo para la siembra”. “Tanto de fruta”. “Tanto al mes”. Cuentas enredadas. En el año de la sequía, cuando el tío Camerino dejó el sudor y la salud en el campo del reverendo, tuvo que dejar también su asno para saldar la deuda, y se fue con las manos vacías,

profiriendo insultos que hicieron temblar cielo y tierra. El reverendo, que no estaba allí para confesar, se llevó tranquilamente el asno a su establo.

Al volverse realmente rico, descubrió en su familia, casi siempre muerta de hambre, ciertos derechos a una canonjía, y en la época de la abolición de los bienes abadejos solicitó el retiro y se rateó la finca definitivamente. Sólo le disgustaba el dinero que debía pagar por el retiro, y no bajaba de ladrón al gobierno, que no suelta gratis ningún beneficio.

En esta historia con el gobierno tuvo que tragar mucha bilis, desde 1860, cuando vino la revolución y viose obligado a esconderse en una cueva, como ratón, porque los aldeanos y todos aquellos que habían tenido líos con él querían desollarlo. Luego vino la letanía de los impuestos, que no acababa de pagar, y de sólo pensar en ellos el vino le sabía a veneno. Ahora acudían al santo padre, pidiéndole que lo despojara del poder temporal. Pero cuando el papa amenazó con excomulgar a todos aquellos que habían adquirido bienes abadejos, el reverendo sintió que se le hinchaban las narices, y rezongó:

—¿Qué tiene que ver el papa con lo que tengo? Esto nada tiene que ver con el poder temporal.

Y siguió diciendo misa, mejor incluso que antes.

Los aldeanos iban a oír su misa, pero se distraían, porque no dejaban de pensar en las raterías del celebrante. Y las mujeres, mientras confesaban sus pecados, no tenían más remedio que desembuchar:

—Padre, me acuso de haber hablado mal de usted, que es un siervo de Dios, porque este invierno nos quedamos sin habas y sin trigo por culpa suya.

—¿Por mi culpa? ¿Qué culpa tengo yo de que llueva o no llueva? ¿Acaso tengo tierras sólo para que ustedes las siembren y siempre les vaya bien? ¿No tienen conciencia ni temor de Dios? Entonces ¿por qué vienen a confesarse? Por causa del diablo, el cual los tienta para que pierdan el sacramento de la penitencia. Cuando traen tantos hijos a este mundo ¿acaso no piensan que son bocas que hay que alimentar? ¿Qué culpa tengo yo de que el pan no les alcance? ¿Yo los obligo a tener tantos hijos? Yo me hice sacerdote para no tenerlos.

Pero absolvía, de acuerdo con su obligación; mas en la cabeza de aquella gente tosca quedaba alguna confusión provocada por el cura que alzaba la mano para bendecir en nombre de Dios, y el patrón que enredaba las cuentas, despidiéndolos con el costal vacío y la hoz bajo el brazo.

—Qué le vamos a hacer, qué le vamos a hacer —refunfuñaban los pobres, resignados—. ¡El cántaro no puede contra la piedra, y con el reverendo no hay que pelear, porque conoce las leyes!

¡Las conocía! Cuando estaba delante del juez y del abogado, él le tapaba la boca a todos con sólo decir: “La ley es así y asá”. Siempre de acuerdo con sus intereses. En anteriores tiempos, se reía de los enemigos, de los envidiosos. Pero una vez le hicieron un escándalo de los mil diablos, y fueron a ver al obispo, y delante de él le echaron en cara el asunto de la sobrina, el del finquero Carmenio y las propiedades malhabidas: le quitaron la misa y el confesionario. Y qué. Él no tenía necesidad del obispo ni de nadie. Él sabía lo que tenía entre manos y era respetado como alguien que, en el

pueblo, llevaba la batuta; él entraba y salía de la casa de la baronesa, y mientras más lo criticaban mayor era el escándalo. A los peces gordos no se les toca, ni siquiera el obispo puede hacerlo; se les saluda por prudencia y amor a la paz. Pero ¿de qué servía todo esto tras el triunfo de la herejía? ¡Los aldeanos que aprendían a leer y a escribir hacían mejor las cuentas; los partidos, que se disputaban el gobierno del municipio, todo se lo repartían sin miramiento alguno; el primer pordiosero que podía obtener el patrocinio gratuito, al tener una disputa con uno, podía pagar todos los gastos del juicio! Un sacerdote no contaba ya delante del juez ni del capitán de armas; ahora ni siquiera podía mandar a la cárcel a alguien a causa de una palabrita si no contaba con el respeto de los demás y no era bueno para decir misa y confesar, como cualquier otro servidor público. El juez le temía a los periódicos, a la opinión pública, a lo que dirían fulano y zutano, y despachaba juicios como Salomón. Le envidiaban hasta los bienes adquiridos con el sudor de la frente, le hacían mal de ojo;

ahora le costaba un gran esfuerzo ganarse lo poco que llevaba a la mesa; mientras que su hermano, que llevaba una vida muy dura, comiendo pan y cebolla, digería mejor que un avestruz, ilusionado en que cien años después, al morir el reverendo, sería su heredero, sería muy rico sin mover un solo dedo.

La madre, pobrecita, ya no servía para nada, y vivía penando, haciendo penar a los demás, siempre acostada en su lecho a causa de la parálisis; y la sobrina, gorda pero bien vestida, a la que nada le faltaba, sin más ocupación que la de ir a la iglesia, lo atormentaba cuando se le ocurría que estaba en pecado mortal, como si él fuera uno de aquellos excomulgados que habían depuesto al santo padre, motivo por el cual el obispo le había quitado la misa.

—¡Ya no hay religión, ni justicia ni nada! —refunfuñaba el reverendo al envejecer—. Ahora todo el mundo interviene en todo. Quien nada tiene quiere adueñarse de lo ajeno. ¡Hazte a un lado que ahí voy! Quien nada tiene que hacer se entromete en la vida ajena. Querrían que los sacerdotes fueran

sacristanes, que dijeran misa y barriesen la iglesia. Ya no quieren hacer la voluntad de Dios; eso es lo que pasa.

QUÉ ES EL REY

El calesero Cosimo había preparado sus mulas, alargando un poco las bridas para pasar la noche y regando cierta cantidad de rastrojo bajo el vehículo, el cual había resbalado dos veces sobre los guijarros de las veredas húmedas de Grammichele, a causa de las lluvias torrenciales; luego se dirigió a la puerta del mesón, con las manos en los bolsillos, bostezando delante de la gente que había venido a ver al rey, y tanto era el movimiento en las calles de Caltarigone que parecía la fiesta de Santo Santiago. Aguzaba el oído y no perdía de vista a sus animales, que morisqueaban la cebada, para que no se los robaran.

En ese preciso momento fueron a decirle que el rey quería hablarle. Desde luego, el rey no quería hablarle personalmente, porque el rey no habla con nadie, sino uno de aquellos que hablan por encargo del rey cuando quiere decir algo, y le dijo que su majestad iba a necesitar su calesa al amanecer del día siguiente para ir a Catania, que no deseaba depender del obispo ni del intendente, y prefería pagar de su bolsillo, como cualquier otra persona.

El compadre Cosimo hubiera debido sentirse contento, porque su oficio era el de calesero, y precisamente estaba esperando que alguien llegara a alquilársela, y el rey no es de aquellos que suelen regatear un tarí de más o de menos, como tantos otros. Sin embargo, hubiese preferido regresar a Grammichele con la calesa vacía y no tener que llevar al rey en ella, y, de sólo pensar en ello, la fiesta se le volvió un veneno, porque no podría gozar libremente los fuegos de artificio, ni la banda que tocaba en la plaza, ni el carro triunfal que iría por las calles con el retrato del rey y de la reina, ni la iglesia de Santo Santiago, toda iluminada, como

si ardiera, donde el Santísimo estaba expuesto y doblaban las campanas por el rey.

Para colmo, mientras mayor era la fiesta, más grande era su temor de llevar al rey en su calesa, en medio de tantos cohetes, con tantas luminarias y repique de campanas; todo eso le revolvía el estómago, y no pudo cerrar los ojos toda esa noche, que pasó revisando los hierros de la calesa, cepillando a las mulas y atracándolas de cebada, para tenerlas bien nutridas, como si el rey pesara más que cualquier otra persona. El mesón estaba repleto de soldados de caballería, con las espuelas calzadas, que no se quitaban ni para echarse a dormir sobre las bancas; de las alcayatas colgaban pistolas y sables que asustaban al compadre Cosimo, como si con ellos fueran a cortarle la cabeza en caso de que alguna de sus mulas llegara a resbalar en las piedras húmedas del sendero mientras conducía al rey. Llovía mucho en esos días, y la gente estaba rabiosa porque, para ver al rey, debían viajar a Caltagirone con aquel tiempo tan malo. En cuanto al calesero, verdad de Dios, hubiera preferido

hallarse en su casucha, con sus mulas apretadas en el establo, a las cuales podía oír que comían la cebada estando él acostado en su cama, y habría renunciado a las dos onzas que le pagaría el rey con tal de estar acostado en su cama, con la puerta cerrada, para mirar, con la nariz bajo la manta, a su mujer que, lámpara en mano, arreglaba todas las cosas por la noche.

Poco antes de amanecer, lo sacó de tal duermevela la trompeta de los soldados, que sonaba como un gallo sabedor de las horas, que todo lo alborotó en el mesón. Los carreteros alzaban la cabeza de los aparejos usados como almohada; los perros ladraban, y la mesonera se asomaba en el henar, adormilada, rascándose la cabeza. Todo estaba a oscuras todavía, pero la gente iba y venía por las calles como si fuera la noche de Navidad, y los vendedores, junto a las fogatas, con sus farolitos de papel, golpeaban sus cuchillos contra las mesitas para vender el turrón. Ah, cuánto debía gozar de la fiesta aquella gente que compraba el turrón, caminando en las calles, cansada y soñolienta, a la

espera del rey; y cómo veía pasar la calesa, con los cascabeles y borlitas de lana, envidiando al compadre Cosimo, que veía al rey a la cara, mientras que nadie había podido tener tal suerte después de cuarenta horas que la gente hallábase en las calles, día y noche, con tanta agua que caía como Dios manda. La iglesia de Santo Santiago aún lanzaba llamas, arriba de la escalinata interminable, esperando al rey, para desearle buen viaje, y haciendo repicar todas sus campanas para decirle que ya era hora de que se fuera. ¿No iban a apagar nunca tantas luces?, ¿el brazo del sacristán era de hierro y no se cansaba de tocar, de día y de noche, todas las campanas? Entretanto, sobre la iglesia de Santo Santiago despuntaba apenas el alba cenicienta y todo el valle era un mar de niebla; sin embargo, la multitud se apiñaba como moscas, con la boca cubierta por los gabanes y, en cuanto hubo visto la calesa, se arremolinó en torno del compadre Cosimo y de sus mulas, que a punto estuvieron de morir asfixiados, porque la gente pensaba que en la calesa iba el rey.

Pero el rey se hizo esperar un largo rato; a esa hora quizá se ponía el pantalón o bebía su copita de aguardiente para enjuagarse la garganta, cosa en la que ni siquiera había pensado esa mañana el compadre Cosimo, que la tenía reseca. Una hora después llegó la caballería con los sables desenvainados, a fin de que la muchedumbre dejara libre el paso. Detrás de la caballería volvió a agolparse el gentío, luego la banda, los gentilhombres y las señoras ensombreradas, todos con la nariz roja por el frío; tampoco faltaron los vendedores, con las mesitas en la cabeza, esperanzados en vender un poco más de turrón. En la plaza no cabía ya ni un alfiler, y las mulas no habrían tenido espacio para espantarse las moscas si la caballería no abriera el paso; para colmo de males, los caballos arrastraban una nube de moscas de mula, las que encabritan a las mulas de las calesas, y el compadre Cosimo se encomendaba a Dios y a las ánimas del purgatorio cada vez que atrapaba una bajo la panza de sus bestias.

Finalmente, aumentó a más no poder el sonido de las campanas, como si hubiesen enloquecido;

retumbaron los morteretes, llegó corriendo otro aluvión de gente, y viose despuntar la carroza del rey, la cual parecía flotar sobre las cabezas de la multitud. Resonaron las trompetas y los tambores, volvieron a disparar los morteretes, y las mulas, ¡Dios no lo quiera!, querían romper los arreos de gala y muchas otras cosas lanzando coces. Los soldados empuñaron los sables, y el gentío gritaba:

—¡La reina, la reina! ¡Es esa chaparrita, sentada al lado del marido; tan chaparrita que no parece cierto!

El rey, en cambio, era un hombre corpulento, robusto, con pantalón rojo y sable que colgaba en su barriga; le seguían el obispo, el alcalde, el subintendente y un enjambre de caballeros vestidos de negro, con guantes y cubrecuellos blancos, que tenían mal de San Vito en los huesos, o mucho frío por el cierzo que barría la niebla en el llano de Santo Santiago. Esta vez el rey, antes de montar a caballo, mientras su mujer entraba en la calesa, hablaba con éste y con aquél, de igual a igual, y

al acercarse al compadre Cosimo, le palmeó un hombro y le dijo, empleando el habla napolitana:

—¡Ten mucho cuidado, porque llevarás a tu reina!

El compadre Cosimo sintió que se le aflojaban las piernas, sobre todo porque en ese preciso instante se oyó un grito desesperado; la multitud ondeó como un mar de espigas y se vio a una jovencita vestida de monja, pálida, muy pálida, que se arrojó a los pies del rey, gritando:

—¡Gracia, gracia!

La pedía para su padre, que había intentado derribar al rey de su silla de montar, ganándose con ello la condena a morir decapitado. El rey dijo una palabra a uno que estaba cerca de él, la cual bastó para que no le cortaran la cabeza al padre de la muchacha, que, después de sufrir un desmayo causado por la alegría, se fue de ahí muy contenta.

Lo cual significa que el rey, con sólo una palabra suya, podía mandar a que le cortaran la cabeza a quien se le antojara; también al compadre Cosimo, si una mula de la calesa posaba mal una pata y hacía caer a la reina, que era tan chaparrita.

El pobre compadre Cosimo imaginaba tal percance mientras sostenía las riendas, besando una y otra vez una estampita de la Virgen, encomendándose a Dios, como si estuviese a punto de morir, mientras la caravana, con el rey, la reina y los soldados, avanzaba en medio de la multitud, entre el griterío, el repicar de las campanas y el estruendo de los morteretes. Cuando bajaron al valle, desde el monte podía verse aún el hormigueo de la negra muchedumbre, como si se tratara de la feria del ganado en el plan de Santo Santiago.

¿De qué le servía al compadre Cosimo aquel hermoso día soleado, si su corazón estaba más negro que el más negro nubarrón, sin atreverse a apartar la mirada de las piedras del camino, donde las mulas posaban las patas como si caminaran entre huevos. No miraba las siembras radiantes ni podía alegrarse de ver las ramas cargadas de olivas; no pensaba en el bien que había hecho toda aquella lluvia de la última semana, porque el corazón le latía como un martillo de sólo pensar que el torrente podía haber crecido ¡y tenía que cruzar el

vado! No se arriesgaba a montarse sobre el timón, como solía hacerlo, dejando caer la cabeza sobre su pecho para dormitar un poco bajo aquel buen sol y con el camino parejo que las mulas conocían muy bien y que podían recorrerlo a ojos cerrados. En cambio, las mulas, que carecían de juicio y nada sabían acerca de a quién llevaban, iban contentas en el camino parejo y seco, disfrutando del sol tibio y el campo verde, coleando, casi trotando, y haciendo sonar alegremente los cascabeles. A Cosimo le faltaba el aliento tan sólo de pensar que a sus bestias se les ocurriera salir a toda carrera, sin que les importara un bledo la reina.

Ella iba charlando con una señora, para pasar el tiempo, empleando un lenguaje del cual él no entendía ni jota; miraba el campo con sus ojos azules, como la flor del lino, apoyando en la portezuela una mano pequeña, tan pequeña que parecía hecha adrede para no hacer nada. ¡Lástima de tanta cebada que le había dado a las mulas, sin saber que iba a transportar a una miseria de reina! Pero ella podía mandar a cortarle la cabeza

a la gente con una sola palabra, a pesar de ser tan chaparrita; y las mulas, que no tenían juicio, con aquel peso tan ligero y con tanta cebada en la barriga, sentían la tentación de ponerse a bailar y a saltar en el camino, con lo cual podía perder la cabeza el compadre Cosimo.

Así, pues, el pobrecito no hizo más que rezar entre dientes padrenuestros y avemarías durante todo el viaje, encomendándose a sus muertos, conocidos o no, hasta llegar a Zia Lisa, donde había una multitud que deseaba ver al rey; afuera de todas la fondas lucía un cerdo colgado y desollado para la fiesta. Después de entregar sana y salva a la reina, el compadre Cosimo llegó a su casa, besó el abrevadero y ató a las mulas; luego se acostó, sin comer ni beber, porque ni siquiera quería ver el dinero de la reina; y lo habría dejado en el bolsillo del jubón quién sabe cuánto tiempo si su mujer no lo hubiese guardado dentro de una media, bajo el jergón.

Los amigos y los conocidos, deseosos de saber cómo eran el rey y la reina, lo visitaban para preguntarle acerca del viaje, con el pretexto de

informarse si había contraído la malaria. Él no quería decir nada, porque le daba fiebre con sólo hablar de tal viaje, y el médico, que tenía que atenderlo día y noche, se había llevado ya la mitad del dinero de la reina.

Muchos años después, cuando fueron a embargarle las mulas en nombre del rey, porque no había pagado una deuda, el compadre Cosimo no se resignaba al pensar que aquellas mismas pobres bestias habían llevado, sana y salva, a la mujer del rey, y que ella podía haberse roto el cuello en esos caminos tan malos, de no ser por su calesa. La gente había dicho que el rey y la reina se hallaban en Sicilia para ordenar la construcción de nuevos caminos porque, a la sazón, no había ninguno nuevo y los viejos eran una porquería. El compadre Cosimo vivía a la buena de Dios, y si el rey y la reina no mandaban a hacer nuevos caminos no podría pagar la deuda y le embargarían las mulas.

Poco después, cuando se llevaron a su Orazio, apodado *el Turco* por ser muy moreno y fuerte,

para convertirlo en artillero, y su pobre y vieja mujer lloraba como una fuente, Cosimo recordó a la muchacha que se arrojó a los pies del rey pidiendo gracia y el rey, con una sola palabra, le devolvió la calma. Pero no podía entender que el rey ya era otro, que al viejo rey lo habían destronado. Decía que si ahí estuviera el rey todo sería muy diferente, porque el rey le había palmeado el hombro, había hablado con él personalmente, lo había conocido de cerca y recordaba su pantalón rojo, el sable colgado de su barriga, y que con una sola palabra podía ordenar que le cortaran la cabeza a la gente, hacer que embargaran las mulas si uno no pagaba una deuda y llevarse a los hijos ajenos al ejército, si así se le antojaba.

DON LICCIU PAPA

Las comadres hilaban a la luz del sol, y las gallinas escarbaban en la basura, frente a las puertas, cuando se oyó un grito y unas carreras en toda la callejuela al aparecer a lo lejos el tío Masi, el puerquero, con el lazo en la mano. El gallinerío escapaba alborotado, como si lo conociera.

El municipio le pagaba al tío Masi cincuenta céntimos por cada gallina y tres liras por cada puerco sorprendido en contravención. Él prefería los cerdos. En cuanto hubo visto a la puerquita de la comadre Santa tendida tranquilamente junto a la puerta, con el hocico en el lodo, le echó al cuello el nudo corredizo.

—¡Ay, Virgen santísima! ¿Qué hace, tío Masi? —gritaba la tía Santa, pálida como una muerta—. ¡Por caridad, tío Masi, no vaya a multarme, porque me arruina!

El traidor tío Masi, mientras se daba tiempo de cargarse al hombro la puerquita, le decía buenas palabras:

—Hermana mía, ¿qué puedo hacer? Yo sólo obedezco las órdenes del alcalde. No quiere ver puercos en las calles. Si le dejo la puerquita pierdo el pan.

La tía Santa corría detrás de él, mesándose los cabellos y gritando:

—¡Ay, tío Masi! Debe saber que me costó catorce escudos en San Giovanni, y que la cuido como a mis ojos. ¡Déjeme la puerquita, tío Masi, por el alma de sus muertos! En año nuevo, con la ayuda de Dios, valdrá dos onzas.

Sin decir nada, el tío Masi, con la cabeza inclinada y el corazón más duro que una piedra, sólo se preocupaba de ver dónde ponía los pies, para no resbalar en el lodo, y de sujetar bien a la

puerquita, que cargaba de través en la espalda, mientras ésta gruñía con la cabeza dirigida al cielo. Entonces la tía Santa, desesperada, queriendo salvar a la puerquita, le asestó al tío Masi una solemne patada en la espalda que lo hizo rodar por el suelo.

En cuanto las comadres vieron al puerquero nadando en el lodo se le echaron encima, empuñando carretes y chanclas, para vengarse de todas las gallinas y todos los puercos que pesaban en su conciencia. En ese momento acudió Licciu Papa, con su sable colgado en la panza, gritando como un loco, pero a prudente distancia de los carretes:

—¡Paso a la Justicia! ¡Paso a la Justicia!

La Justicia condenó a la comadre Santa a pagar la multa y los gastos, y, para no ir a parar a la cárcel, debieron recurrir a la ayuda del barón, cuya ventana de su cocina daba a la callejuela; y la salvó de puro milagro, haciéndole ver a la Justicia que no se trataba de un acto de rebelión, en vista de que ese día el puerquero no portaba el birrete galonado del municipio.

—¡Vean nada más! —exclamaban en coro las mujeres—. Sin la ayuda de los santos no se llega al paraíso. ¡Nadie sabía esa cosa del birrete!

El barón condimentó su prédica:

—Era necesario librarse de tantas gallinas y de tantos puercos en el vecindario; el alcalde tiene la razón, porque parecía una zahúrda.

A partir de entonces nadie se quejaba cada vez que el criado del barón arrojaba la basura sobre la cabeza de las vecinas. Sólo les disgustaba que las gallinas, que encerraban en las casas para evitar la multa, no fueran ya tan buenas cluecas; y los puercos, atados de una pata, cerca de las camas, parecían ánimas del purgatorio.

—Al menos ellos se encargaban de barrer la calle.

—Todo ese estiércol sería oro puro en el campo de Los Grillos —suspiraba el finquero Vito—. Si todavía tuviera la mula baya, barrería la calle con mis manos.

En eso también tenía que ver Licciu Papa, que le había embargado la mula, pero en compañía del alguacil, porque sin la ayuda de éste el finquero

Vito jamás habría permitido que la sacaran del establo, ni estando muerto. Allí, delante del juez, sentado como si fuera Poncio Pilatos, cuando el finquero Venerando lo citó para cobrarle el crédito de la aparcería, no supo qué responder. Los campos de Los Grillos sólo eran buenos para los grillos; el baboso era él, por regresar de la cosecha con las manos vacías, y el finquero Venerando tenía razón al querer que le pagara, sin tantas palabras y tantas dilaciones; por ello había llevado al abogado, que hablaba por él. Terminado dicho asunto, cuando el finquero Venerando se iba feliz, contoneándose con sus botas como un pato cebado, no pudo evitar preguntarle al escribano si era verdad que le vendían la mula.

—¡Silencio! —interrumpió el juez, que se sonaba la nariz antes de pasar a otro asunto.

Don Licciu Papa se despertó sobresaltado, y gritó:

—¡Silencio!

—Si usted hubiera venido con el abogado, lo dejarían hablar —le dijo el compadre Orazio para calmarlo.

En la plaza, frente a los escalones del municipio, el pregonero vendía dicha mula.

—¡Quince onzas por la mula del compadre Vito Gnirri! ¡Quince onzas por esta buena mula baya! ¡Quince onzas!

El compadre Vito, sentado en los escalones y con el mentón sobre las manos, nada decía respecto a que la mula ya era vieja, que ya tenía encima dieciséis años de trabajo. Ella estaba contenta, como una novia, con el ronزال nuevo. Pero, al ver que se la llevaban de veras, perdió la cabeza al pensar que el usurero Venerando le birlaba quince onzas por un solo año de aparcería, las que todo el campo de Los Grillos no valía, que sin la mula ya no podría trabajar y que un año después seguiría con la deuda encima. Y, desesperado, le gritó en plena cara al finquero Venerando:

—¿Qué más me van a embargar cuando no me quede nada? ¡Usted es el anticristo!

Y le habría arrancado la cabeza de no haber estado ahí presente don Licciu Papa, con el sable y el birrete galonado, el cual se puso a gritar, reculando un poco:

—¡Paso a la Justicia! ¡Paso a la Justicia!

—¡Qué justicia ni qué nada! —gritaba el compadre Vito, volviendo a su casa con el ronزال en la mano—. La justicia es para los que tienen dinero.

Cosa que sabía también el rabadán Arcangelo, porque, cuando tuvo un pleito con el reverendo a causa de la casita, en virtud de que éste quería comprársela a como diera lugar, todos le decían: “Hay que estar loco para pleitear contra el reverendo. Es la historia del cántaro contra la piedra. El reverendo, con tanto dinero que tiene, alquila la mejor lengua de abogado y lo deja a usted loco y pobre”.

El reverendo, al enriquecerse, había ampliado la casita paterna, aquí y allá, como el puercoespín, que se hincha para ahuyentar de su madriguera a los vecinos. Ahora había agrandado la ventana que daba al tejado del rabadán Arcangelo, y decía que necesitaba la casa del vecino para construir encima la cocina y convertir la ventana en puerta.

—Mire, compadre Arcangelo, ¿no puedo estar sin cocina! Es preciso que sea usted razonable.

El compadre Arcangelo no lo era en absoluto, y se obstinaba en querer morir en la casa donde naciera. Sólo estaba en ella los sábados, pero esas piedras lo conocían; si pensaba en el pueblo o en los pastos del Carramone, siempre los veía a través de aquella puertecita parchada y desde aquella ventana sin vidrios. “Está bien, está bien”, decía para sí mismo el reverendo. “¡Cabeza de aldeano! Hay que hacerlo razonar por la fuerza”.

Y por la ventana del reverendo llovían sobre el tejado del rabadán cacharros rotos, piedras, agua sucia, que reducían el rincón donde estaba la cama en algo peor que una porqueriza. Si el rabadán protestaba a gritos, el reverendo se ponía a gritar desde arriba, más fuerte que él.

—¿Acaso no puedo tener una maceta de albahaca en la ventana? ¿No soy dueño de regar mis flores?

El rabadán tenía muy dura la cabeza, peor que sus carneros, y recurrió a la Justicia. Llegaron el juez, el escribano y don Licciu Papa, para ver si el reverendo era dueño de regar sus flores, que ese día

brillaban por su ausencia en la ventana, porque el reverendo las quitaba cada vez que llegaba la Justicia y volvía a ponerlas en cuanto la Justicia daba las espaldas. El juez no disponía de tiempo para vigilar el tejado del rabadán Arcangelo, ni de pasar por ahí a cada rato, y sus visitas costaban dinero.

Quedaba la cuestión de saber si la ventana del reverendo debía estar enrejada o no, y el juez, el escribano y todos miraban el tejado con los anteojos puestos, le tomaban medidas y más medidas al tejadito enlamado, como si se tratara del tejado de un barón. El reverendo invocó ciertos derechos antiguos para no poner la reja en la ventana y conservar algunas tejas salidizas, hasta que nadie pudo entender nada, y el pobre rabadán también se quedó mirando quién sabe qué, tratando de entender qué culpa tenía su tejado. Perdió el sueño y hasta la sonrisa; los gastos aumentaban, y tuvo que encargarle el rebaño al muchacho que le ayudaba para poder andar tras el juez y el escribano. Para colmo de males, sus borregos morían como moscas con los primeros fríos del invierno

porque, decían, el Señor lo castigaba por andarse metiendo con la Iglesia.

—¡Quédese, pues, con la casa! —le dijo al fin al reverendo, porque después de tantos pleitos y gastos sólo le quedaba el dinero para comprar una soga con la cual colgarse de una viga. Quería echarse al hombro su alforja y marcharse con la hija para estar con los borregos, porque no deseaba ver nunca más aquella casa.

Pero también entró en la palestra el barón, su otro vecino, que también tenía ventanas y tejas que daban hacia el tejado del rabadán Arcangelo; y, puesto que el reverendo quería construir la cocina, él también tenía necesidad de ampliar la despensa; de modo que el pobre borreguero ya no sabía de quién era su casa. El reverendo halló la manera de evitar un pleito con el barón, y, como buenos amigos, se dividieron la casa del inspector, quien, al reconocer esta otra servidumbre, tuvo que reducir en un cuarto el precio de la casa.

Nina, la hija del inspector Arcangelo, al ver que debían abandonar la casa e irse del pueblo, no

dejaba de llorar, como si tuviera el corazón pegado a aquellos muros y a los clavos de las paredes. Su pobre padre intentaba consolarla como podía, diciéndole que en las cuevas del Garamonte se vivía como príncipes, sin vecinos ni puerqueros. Pero las comadres, que conocían toda la historia, entre ellas guiñaban un ojo, murmurando:

—En el Garamonte el *señorito* no podrá ir a verla de noche, cuando el compadre Arcangelo esté con sus borregos. Por eso la Nina llora como una fuente.

Apenas lo supo el rabadán, empezó a maldecir y a gritar:

—¡Malvada! ¿Con quién voy a casarte ahora?

Pero la Nina no pensaba en casarse. Sólo quería estar donde estaba el señorito, a quien podía ver ella en cuanto se levantaba, todos los días, y hacerle señas de si podía ir a encontrarla por la noche. De tal manera había caído la Nina, viendo al señorito desde la ventana; y él, en un principio, le sonreía y le mandaba besos con el humo de su pipa, mientras las vecinas reventaban

de envidia. Después, poco a poco, vino el amor: sólo tenía ojos para él, y se lo dijo a su padre con toda claridad:

—Váyase a donde usted quiera, porque yo de aquí no me muevo.

El señorito le había prometido que él se encargaría de ella. Un trago muy amargo para el rabadán; habló con don Licciu Papa, para llevarse a la hija por la fuerza, y le dijo:

—Cuando nos vayamos de aquí, nadie sabrá de nuestras desgracias.

Pero el juez le respondió que la Nina era mayor de edad y dueña de hacer lo que quisiera.

—¡Ah, conque es dueña de hacerlo! —protestaba el rabadán—. ¡Yo también soy dueño de hacerlo!

Y cuando encontró al señorito, de un garrotazo le partió la cabeza.

En cuanto lo ataron muy bien, acudió don Licciu Papa gritando:

—¡Paso a la Justicia! ¡Paso a la Justicia!

Y, en presencia de la Justicia, le dieron un abogado defensor.

—Por primera vez, la Justicia no me va a costar nada —dijo el rabadán Arcangelo.

Y fue mejor para él, porque el abogado logró probar, como dos más dos son cuatro, que el rabadán no lo había hecho adrede, que no había querido matar al señorito con un garrote de peral silvestre, cosa propia de su oficio, para asestarlo en los cuernos de los carneros cuando no querían entrar en razón.

Lo condenaron a cinco años de prisión. La Nina se quedó con el señorito, el barón amplió su despena y el reverendo construyó una casa nueva sobre la vieja del rabadán, con un balcón y dos ventanas verdes.

EL MISTERIO

Cada vez que lo contaba, se le salían tales lagrimones al tío Giovanni que parecían mentira en su cara de esbirro.

Habían plantado el teatro en la placita de la iglesia: arrayanes, encinitas y enteras ramas de olivo, con frondas tal cual, porque nadie se rehusó a darlos para el sagrado misterio.

El tío Memmo, al ver que el sacristán tronchaba ramas completas en su cercado, oía en su estómago aquellos golpes de hoz y le gritaba:

—¿No es usted cristiano, compadre Calogero?
¿Acaso no lo bautizó el cura, y no se apiada de ese olivo?

Pero su mujer, también con lágrimas en los ojos, intentaba calmarlo:

—Es para el misterio, déjalo en paz. El Señor nos dará un buen año. ¿No ves que la siembra se muere de sed?

Toda amarilla, del verde amarillento que tienen los niños enfermos, ¡pobrecita!, sobre la tierra blanca y dura como una costra, que se la tragaba y reseca la garganta tan sólo de verla.

—Ésta es una cosa de don Angelino —rezongaba el compadre Calogero—, para tener leña y embolsarse el dinero de las limosnas.

Don Angelino, el párroco, había trabajado ocho días como un peón, con el sacristán, haciendo hoyos, clavando palos, colgando farolitos de papel rojo, colocando al fondo el telón nuevo del hacendado Nunzio, recién casado, que, deseoso de quedar bien, también había regalado los faroles de la entrada al bosque.

El misterio representaba la huida a Egipto, y el papel de María santísima se lo dieron al compadre Nanni, que era bajo de estatura y se rasuró bien

la barba. En cuanto hubo aparecido —llevando en brazos al Niño Jesús, que era el hijo de la comadre Menica— y le dijo a los ladrones “Ésta es mi sangre”, la gente se golpeó el pecho con piedras y se puso a gritar al unísono: “¡Ten misericordia de mí, Virgen santa”.

Pero Janu y el maestro Cola, que eran los ladrones, con falsas barbas de cordero, no hacían caso alguno y querían robarle al Hijo santo para llevárselo a Herodes. El párroco los había elegido bien para hacer dicho papel: eran dos hombres con corazón de piedra, porque el Pinto, después del pleito que tuvo con el compadre Janu a causa de una higuera en el huerto, no dejaba de echarle en cara:

—¡Usted es el ladrón de la *huida a Egipto*!

Don Angelino, con el cartapacio en mano, iba apuntando tras el telón del hacendado Nunzio:

—“Vanos son, oh mujer, tus ruegos, porque yo piedad no tengo”. Le toca a usted, compadre Janu: “Piedad no tengo...”.

¡Los dos truhanes habían olvidado sus parlamentos! ¡Ni eso sabían hacer! La Virgen María les

rogaba tan encarecidamente que toda la concurrencia murmuraba:

—El compadre Nanni parece un bobo vestido de María santísima. De no ser así, ensartaría a los dos ladrones con la navaja que guarda en el bolsillo.

Y en cuanto San José entró al escenario, con su barba de borra blanca, buscando a su esposa en medio del bosque que le llegaba al pecho, la multitud se desternilló de risa, porque los ladrones, la Virgen y San José hubieran podido tocarse con las manos, en lugar de, como estaba escrito en el misterio, perseguirse los unos a los otros sin alcanzarse. En ello consistía el milagro. Porque si los malandrines lograban atrapar a la Virgen, a San José y al Niño Jesús, todos los presentes los harían pedazos. ¡Dios nos libre!

La comadre Filippa —que tenía al marido en la cárcel por haber matado a golpes de azadón al vecino de la viña, que le robaba las tunas— lloraba como una fuente al ver a San José perseguido por los ladrones peor que un conejo; y pensaba en su ma-

rido, cuando llegó a la pequeña cabaña de la viña, todo jadeante, con los gendarmes tras él, y le dijo:

—Dame un poco de agua. ¡No puedo más!

Luego lo esposaron, como a Jesús en el huerto, y se lo llevaron en una jaula de hierro, para procesarlo, con la gorra entre las manos y los cabellos que parecían una maleza gris después de tantos meses de prisión. Aún lo tenía delante de los ojos, oyendo al juez y a los testigos, con su cara amarillenta, de encarcelado. Y cuando se lo llevaron por mar, que el pobrecito no conocía, con la canasta al hombro y atado a los compañeros de galera, él se volvió a mirarla por última vez, con esa misma cara, porque del mar no regresa nadie, y ya no se supo más de él.

—¡Tú sabes dónde está él, madre dolorosa! —mascullaba la viuda del vivo, sentada sobre los talones, rezando por el pobrecito, pareciéndole que lo veía allá, a lo lejos, en la negrura. Sólo ella podía saber qué clase de angustia debía de haber en el corazón de la Virgen en el momento en que los ladrones estaban ahí, para apresar por la capa a San José.

—¡Ahora vean el encuentro del patriarca San José con los malandrines! —decía don Angelino, enjugándose el sudor con un pañuelo. Y Trippa, el carnicero, aporreaba la tambora: “¡Zum! ¡Zum! ¡Zum!”, para dar a entender que los ladrones desgñaban a San José. Las comadres se pusieron a gritar, los otros cogieron piedras para romperle la jeta a aquellos dos bribones, que no eran otra cosa que Janu y el compadre Cola, gritando:

—¡Dejen en paz al patriarca San José, malditos esbirros!

El hacendado Nunzio, preocupado por su telón, les pedía a gritos que no lo rompieran. Entonces don Angelino asomó la cabeza desde su guarida, con una barba de ocho días, con el afán de calmarlos, con palabras y con manos:

—¡Déjenlos! ¡Déjenlos! Así está escrito en la obra.

¡Pero qué obra había escrito! Dijo que toda la obra era de su invención. Habría sido capaz de crucificar a Cristo con sus propias manos, para cobrarle el dinero de la misa. ¿Acaso al compadre Rocco, un padre de cinco hijos, no lo sepultó sin

ningún trapo porque no pudo pagarle nada? Lo enterraron bajo las piedras de la iglesia, de noche, con tanta oscuridad, que no se veía nada al bajarlo a la sepultura, para toda la eternidad. ¿Acaso no le expropió la casucha al tío Menico, porque la había construido cerca del pedregal de la iglesia, imponiéndole un pago que éste jamás logró costearle? Cuando construyó la casita, contento, transportando piedras con sus manos, nunca imaginó que el párroco lo obligaría a venderla para poder pagar el censo. ¿Qué tanto eran dos tarís al año? Lo difícil era juntarlos antes de que venciera el plazo, y don Angelino le respondía, encogiendo los hombros:

—¿Qué puedo hacer yo, hermano mío? No es cosa mía, es cosa de la Iglesia.

Igual que el maestro Calogero, el sacristán repetía:

—Sírvele al altar, que te dará pan —y se colgaba de la cuerda del campanario, tocando a más no poder, mientras Trippa aporreaba la tambora y las mujeres vociferaban:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Al recordarlo, el tío Giovanni sentía que se le erizaban los viejos pelos.

Exactamente un año después, la víspera del Viernes Santo, el maestro Cola y Nanni se encontraron en el mismo lugar, de noche y ya con la luna de Pascua, y había en la placita una claridad semejante a la del día.

Nanni estaba agazapado detrás del campanario para cerciorarse de quién se veía con la comadre Venera, porque dos o tres veces la había sorprendido muy nerviosa y desfajada, y había oído que alguno se saltaba el cancel del huerto.

—¿Quién estaba contigo? Es mejor que me lo digas. Si quieres a otro, yo me largo sin decir nada más. ¡Pero no soporto que me adornes la cabeza!

Ella juraba que no era cierto; juraba por el alma del marido y ponía de testigos al Señor y a la Virgen, colgados en la cabecera de la cama y, con las manos cruzadas sobre el pecho, besaba el vestido de algodón azul celeste que le prestará al compadre Nanni para hacer el papel de la Virgen María.

—¡Piensa bien en lo que dices! ¡Piénsalo!

Nanni no sabía que la Venera se había enamorado del maestro Cola al verlo representar al ladrón en el misterio, con aquella barba de piel de cordero. Y pensó: “Es necesario acechar al conejo, como el cazador, para verlo con los propios ojos”. La mujer le dijo al otro:

—Tenga cuidado con el compadre Nanni. Algo se le ha metido en la cabeza; lo sé por la manera en que me mira y por revisar todo en cuanto llega.

Cola tenía a su madre, que dependía enteramente de él, y ya no deseaba correr el riesgo de buscar a la comadre Venera. Pasaron uno, dos, tres días, hasta que el diablo lo tentó con la luz de la luna, que penetraba hasta la cama a través de los postigos y ponía ante sus ojos, a cada momento, la callejuela solitaria y la puerta de la viuda en la placita, frente al campanario.

Nanni aguardaba en la sombra, a un paso de la placita blanqueada por la luna, en medio de un silencio interrumpido por los cuartos de hora del reloj de Viagrande, mirando el trote de los perros

que husmeaban en todos los rincones, hurgando en la basura. Finalmente oyó unos pasos ante la puerta de la Venera, una mano que la tocaba despacio, una, dos veces; luego, de modo más leve, pero apresurado, como alguien al que le palpita el corazón lleno de susto y deseo. Nanni sentía aquellos golpes dentro de su corazón.

La puerta se abrió despacio, muy despacio, en una espiral más negra en la sombra, y se oyó un escopetazo. El maestro Cola se desplomó, gritando:

—¡Madre mía, me matan!

Nadie oyó ni vio nada, por temor a la justicia. La misma comadre Venera declaró que ella dormía. Sólo la madre, al oír el escopetazo, sintió que lo recibía en las entrañas y, así como estaba, corrió a recoger a Cola de la puerta de la viuda, gritando:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Los vecinos se asomaban con los quinqués en la mano, y sólo seguía cerrada aquella puerta contra la cual la madre, desesperada, imprecaba así:

—¡Malvada! ¡Malvada! ¡Mataste a mi hijo!

La madre, arrodillada al pie de la cama del herido, le rezaba a Dios, apretando sus manos con tanta fuerza y con ojos tan secos que parecía una loca:

—¡Señor, Señor! ¡Es mi hijo, Señor!

¡Qué mala Pascua le dio el Señor! ¡Exactamente el Viernes Santo, mientras pasaba la procesión, con el tambor y don Angelino coronado de espinas? ¡Ah!, cuánta negrura había en aquella casa, pese a que por la puerta abierta de par en par veíase el sol y los bellos sembradíos; pese a que esa vez la gente no había tenido necesidad de rogarle a Dios un buen año y se olvidó de don Angelino, quien, a solas, se martirizaba con los cilicios (y no paró ahí la cosa, porque cuando el sacristán fue a hacer leña, so pretexto del misterio, lo amenazaron con romperle las piernas a pedradas si no se iba de inmediato). Ahora que todos estaban contentos, sólo en su casa se lloraba. En su casa, sola. Postrada ante aquel camastro, como un costal de trapos, deshecha y decrepita de pronto, con los cabellos grises, despeinados. No escuchaba a ninguno de los que llenaban el cuarto, sólo por curiosidad.

Solamente veía los ojos empañados del hijo y la nariz afilada. Llamaron al médico y a la comadre Bárbara, que decía la buena ventura, y la pobre madre tuvo que pagarle la misa a don Angelino. El médico meneaba la cabeza.

—Aquí se necesita algo más que la misa de don Angelino —decían las comadres—. Aquí es necesario el algodón de fray Sanzio el ermitaño, o la vela de la Virgen de Valverde, que es tan milagrosa.

El herido, con el algodón bendito sobre el vientre y la vela delante de la cara, abría los ojos empañados para mirar a los vecinos, uno tras otro, tratando de sonreírle a la madre, con los labios pálidos, para darle a entender que se sentía mejor, de veras, con el algodón milagroso sobre el vientre. Decía que sí con la cabeza, con la sonrisa triste de los moribundos que aseguran sentirse mejor. El médico, en cambio, decía que no; que no pasaría la noche. Y don Angelino, para no desacreditar la mercancía, no dejaba de repetir:

—Es necesario tener fe para ver milagros. Si no se tiene fe, es como lavarle la cabeza al asno. Los san-

tos, las reliquias y el algodón bendito son buenas cosas cuando se tiene fe.

La pobre madre tenía tanta fe que hablaba de tú a tú con los santos y la Virgen, y le decía a la vela bendita, deprisa y con los dientes apretados:

—¡Señor, Señor! ¡Tú vas a hacerme el milagro!
¡No vas a quitarme a mi hijo, Señor!

El hijo escuchaba con mucha atención, mirando fijamente la vela, sonriendo y diciendo que sí con la cabeza.

Toda la aldea enloqueció al barajar los números de tal hecho, pero el mejor par fue para doña Venera. Es más, habría tenido la tercia si se consideraba la sangre hallada en la placita, puesto que el maestro Cola, dando traspiés, había ido a caer exactamente en el sitio donde el año anterior hizo el papel de ladrón en el misterio. Sin embargo, doña Venera tuvo que dejar la aldea, porque ya nadie le compraba el pan en su puesto, y la llamaban “la excomulgada”. El compadre Janu anduvo prófugo algún tiempo, escondiéndose aquí y allá; pero, al sentir la primera hambre del invierno, lo atraparon

de noche, cerca de las primeras casas de la aldea, donde esperaba al muchacho que solía llevarle pan a escondidas. Lo procesaron y enviaron al otro lado del mar, adonde estaba el marido de la comadre Filippa.

¡También a él, por habersele ocurrido ponerse el vestido de “la excomulgada” y hacer el papel de la Virgen santísima!

MALARIA

Parece que uno puede tocarla con las manos, porque allí sube de la tierra gorda y humeante por doquier, en torno de las montañas que la encierran, desde Agnone al Mongibello, encapuchado de nieve, o estancada en la llanura, semejante al pesado bochorno de julio. Allí sale y se pone el sol candente, la luna pálida y la Puddara, que parece navegar en un océano que se evapora; los pájaros y las margaritas blancas de la primavera y el verano caliente; por allí pasan las largas y negras filas de los patos en los nubarrones de otoño, y el río resplandece como si fuera de metal, entre las

orillas anchas y solitarias, blancas, deslavadas y llenas de guijarros. Al fondo se halla el lago de Lentini, como un estanque de bordes aplanados, sin ninguna barca, sin ningún árbol en las orillas, liso e inmóvil. En el guijarral pastan unos cuantos bueyes, con desgano, enlodados hasta el pecho, de pelambre hirsuta. Cuando suena el cencerro de la manada en medio de aquel silencio, salen volando las aguzanieves, silenciosas, y el pastor, amarillo de fiebre y blanco de polvo, abre por un instante los párpados hinchados, alza la cabeza bajo la sombra de los juncos secos.

La malaria entra en los huesos con el pan, y al abrir la boca para hablar, mientras caminas por los sofocantes caminos llenos de polvo y de sol, y sientes que se te doblan las rodillas, es preciso apegarte a la carga de la mula, que va despacio y con la cabeza baja. Lentini, Francofonte y Paternó en vano intentan escalar, como ovejas descarriadas, las primeras colinas que escapan de la llanura, y se rodean de naranjales, de viñas, de huertos siempre verdes; la malaria atrapa a los habitantes

en las calles despobladas y los clava delante de las puertas de las casas cuarteadas por el sol, temblando de fiebre bajo el gabán, y con todas las cobijas sobre los hombros.

En la llanura, a lo largo de los caminos devorados por el sol, las pocas casas tienen un aspecto melancólico, entre montones de abono humeante, junto a cobertizos maltrechos; atados al pesebre vacío, con la mirada opaca, los caballos esperan el relevo.

O a orillas del lago, bajo la parra decrepita que cubre la puerta del mesón, con sus cuartotes vacíos, el mesonero dormita con la cabeza cubierta por un pañuelo; de vez en cuando, mira el campo sin nadie, por si acaso se acerca un viajero sediento. O garitas blancas, de madera, empenachadas por cuatro eucaliptos flacos y grises, a lo largo de los rieles, que cortan en dos la llanura como un golpe de hacha, donde vuela la locomotora, pitando como el viento de otoño, y por la noche coruscan sus chispas fogosas. O, en fin, aquí y allá, fincas aisladas, con los tejados sostenidos por pilares

rústicos, con postigos desgoznados, frente a la era agrietada, a la sombra de altas gavillas de paja, donde duermen las gallinas con la testa bajo el ala y el asno agacha la cabeza, con el hocico aún lleno de paja, y el perro se yergue alerta y ladra cada vez que se desprende un pedazo de revoque o ve moverse una lagartija o una hoja en el campo inerte.

En cuanto el sol se oculta, se asoman a la puerta hombres tostados por el sol, con grandes sombreros de paja y holgados calzones de manta, bostezando y estirando los brazos; también aparecen mujeres con poca ropa, amamantando a niños flacos y amarillentos, sin que nadie sepa cómo podrán desarrollarse y adquirir el color moreno, ni cómo retozarán en la hierba cuando llegue el verano, la era recupere su verdor y el campo sonría bajo el sol. No se sabe dónde estaba toda esa gente que, los domingos, va a oír misa a las iglesitas solitarias, rodeadas de extensas nopaleras, donde se oye la campana rajada en la inmensa llanura.

Pero donde hay malaria es tierra bendita de Dios. En junio las espigas se inclinan bajo el peso;

los surcos vaporizan, como si tuviesen sangre en las venas, en cuanto los penetra en noviembre la reja del arado. Así, pues, es necesario que quien siembre y coseche caiga también como espiga madura, porque el Señor dijo: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”. El sudor de la fiebre deja a algunos tumbados sobre el jergón de maíz, ya sin necesidad de tomar sulfato o infusiones de eucalipto: se les sube a la carreta del heno, al lomo del asno o sobre una escalera, con un costal sobre la cara, para llevarlo a la iglesita solitaria, por entre los nopales espinosos, de los cuales nadie come sus frutos. Las mujeres lloran en corro; los hombres sólo miran, fumando.

Así se llevaron al guardia rural de Valsavoia, llamado Croce, después de pasar treinta años tomando sulfato e infusiones de eucalipto. En primavera se sentía mejor; pero en otoño, después del paso de los patos, se encasquetaba el pañuelo en la cabeza y sólo se lo veía a la puerta cada dos días; ya era sólo piel y huesos, con una panza como de tambora, por lo cual le llamaban *el Sapo*, por su modo de

actuar burdo y salvaje y porque sus ojos eran ya enormes y opacos. Antes de morir, decía una y otra vez: “No tengan miedo; el patrón se encargará de mis hijos”. Y con aquellos ojotes atónitos miraba a cada uno de los que, sosteniendo las velas, estuvieron rodeando su lecho. El tío Menico, el cabrero, que estaba enterado de muchas cosas, dijo que el moribundo debía de tener el hígado duro y pesado como una piedra.

Alguien agregó:

—¡Ahora todo le importa poco! ¡Se hizo rico y engordó a costa del patrón, y sus hijos no necesitan de nadie! ¿Acaso creen que por la linda cara del patrón haya tomado todo el sulfato y la malaria durante treinta años?

El compadre Carmine, el mesonero del lago, había perdido de igual modo a todos sus hijos, uno tras otro: dos machos y dos hembras. En cuanto a las hembras, ¡paciencia!; pero los machos se le fueron muriendo ya siendo grandes, cuando podían ganarse el pan. Él sabía de qué modo la fiebre derrotaba a un muchacho y, tras dos o tres años

de pesares, no volvió a gastar ningún dinero en sulfato e infusiones; sangraba una cuba de buen vino y preparaba todas las salsas conocidas para el pescado, a fin de suscitar el apetito del enfermo. En la mañana, salía a pescar en su barquita, y regresaba con robalos y anguilas, gruesas como un brazo; luego le decía al hijo, parado ante la cama y con lágrimas en los ojos:

—¡Ten! ¡Come!

El resto de la pesca se lo llevaba Nanni, el carretero, para venderlo en la ciudad.

—¡El lago da y quita! —le decía Nanni, viendo llorar a escondidas al compadre Carmine—. ¿Qué le vamos a hacer?

El lago le había dado a ganar. Y en Navidad, cuando las anguilas se venden bien, cenaban alegremente en la casa del lago, frente al fuego, macarrones, salchichas y otros dones de Dios, mientras que, afuera, el viento aullaba como un lobo hambriento y con frío. De tal manera, los sobrevivientes se consolaban al pensar en sus muertos. Pero, poco a poco, se iban enflacando;

la madre se encorvaba como un gancho a causa de las angustias, y el padre, alto y gordo, estaba siempre en la puerta, a fin de no ver los cuartotes vacíos, donde antes trabajaban y cantaban sus muchachos. El último que le quedaba, no quería morir; lloraba y se desesperaba cuando tenía fiebre, y hasta se arrojó a las aguas del lago pese a su temor a la muerte. Pero el padre, buen nadador, lo rescató del agua y le dijo, gritando, que la fiebre sería peor que antes.

—¡Ay —sollozaba el muchacho, mesándose los cabellos—, yo no tengo ninguna esperanza!

—Igual que su hermana Ágata, que no quería morir porque era madre —observó el compadre Carmine frente a su mujer, que estaba sentada junto al lecho; y ella, que no lloraba desde hacía mucho tiempo, afirmaba con movimientos de cabeza, encorvada como un gancho.

Ella, reducida a vivir así, y el marido, alto y gordo, tenían el cuero duro, y se quedaron a cuidar la casa. La malaria no se mete con todos. No falta alguno que viva cien años, como Cirino el idiota,

que no tenía rey ni reino, ni oficio ni beneficio, ni padre ni madre, ni casa donde dormir, ni pan que comer. Todos lo conocían en cuarenta millas a la redonda, por ir de una hacienda a otra, ayudando a cuidar los bueyes y a transportar el abono, a desollar animales muertos, a hacer trabajos que nadie quería hacer, a cambio de un pedazo de pan. Dormía en las zanjas, en las laderas de las lomas, debajo de los matorrales, bajo cualquier cobertizo, viviendo de la caridad, vagando como un perro sin dueño, descamisado y descalzo, con dos trapos a guisa de pantalón, ceñidos por un mecate, que medio cubrían sus piernas flacas y negras. Tenía la costumbre de ir cantando a voz en cuello, bajo el sol que tundía su cabeza desnuda, amarillo como el azafrán. Él no tomaba sulfato ni medicinas; él no era presa de las fiebres. Cien veces lo habían hallado tendido en los caminos, pensando que estaba muerto. En fin, la malaria lo dejaba aparte, por no saber ya qué hacer con él. Después de comerle el cerebro y la pulpa de las piernas, se le metió a la panza, hinchada como un

barril, dejándolo feliz como una Pascua y contento de cantar bajo el sol mejor que cualquier grillo. El idiota prefería pasar el tiempo frente al mesón de Valsavoia, porque por ahí pasaba gente, y él corría varias millas detrás de las personas, gritando ¡uuh, uuh!, hasta que le arrojaban alguna moneda. El mesonero recogía las monedas que le daban, permitiéndole dormir en el galpón, sobre el forraje de los caballos; y cuando éstos se coceaban, Cirino corría a despertar al patrón, gritando ¡uuh, uuh! En la mañana los cepillaba y cuidaba.

Más tarde, lo atrajo el ferrocarril que construyeron cerca del mesón. Los carreteros y los viandantes escasearon en los caminos, y el idiota no sabía qué pensar; se quedaba mirando horas y más horas el vuelo de las golondrinas, sin saber qué sucedía. Lo adivinó la primera vez que vio a mucha gente encajonada en los vagones que llegaron a la estación. A partir de entonces, esperaba al tren todos los días, con gran exactitud, como si tuviera un reloj en la cabeza; y mientras pasaba delante de él, lanzándole a la cara el humo y el

estrépito, corría a la par del tren, con los brazos al aire, gritándole, colérico y amenazante: ¡Uuh, uuh!

El mesonero, cada vez que veía pasar el tren resoplando en la malaria, guardaba silencio, pero escupía en dirección del convoy y meneaba la cabeza frente al galpón desierto y los barriles vacíos. En un principio su negocio marchaba tan bien que tuvo cuatro mujeres, una tras otra, y se ganó el apodo de *Matamujeres*, y no faltó quien dijera que ya tenía callo y que pensaba tener a la quinta, si la hija del quintero Turi Orichiazza dejaba de decirle: “¡Dios me libre! ¡Ni aunque fuera de oro ese cristiano! ¡Se come al prójimo como si fuera un cocodrilo!”.

Pero no era cierto que ya tuviera callo, porque, cuando se le murió la comadre Santa, que era la tercera, no quiso desayunar, no se llevó a la boca ni un pedazo de pan ni un sorbo de agua, y lloraba a mares tras la barra del mesón.

—Esta vez voy a casarme con una que esté acostumbrada a la malaria —dijo en esa ocasión—. ¡No quiero tener más penas por tal motivo!

La malaria le mataba a las mujeres, una tras otra, pero a él lo dejaba tal cual, tan viejo y arrugado que nadie hubiera podido imaginar que aquel hombre tuviese un homicidio a sus espaldas, aun cuando intentara casarse por cuarta vez. Siempre las buscaba jóvenes y apetitosas, porque sin ellas el mesón no marchaba bien y los parroquianos se ausentaban. Ahora sólo le quedaba el compadre Mommu, el guardavía del ferrocarril, un hombre que nunca hablaba e iba a beber su vaso de vino entre un tren y otro, sentado junto a la puerta y con los zapatos en la mano, para que descansaran sus pies.

“A éste no le hace nada la malaria”, pensaba Matamujeres, pero sin decir nada, y en caso de que lo tumbara como a una mosca, nadie se encargaría de los rieles. Desde que empezó a ver a ese hombre, que le amargaba la existencia, sólo le quedaron dos enemigos en el mundo: el ferrocarril, que le robaba los clientes, y la malaria, que se llevaba a sus mujeres. Todos los demás en la llanura, hasta donde la vista llegaba, aun estando en cama, tenían

a alguien, que se iba poco a poco, aquejado por la fiebre, abatido y sentado a la puerta, con el pañuelo en la cabeza y el gabán puesto. Se recreaban mirando el sembradío, próspero y verde como el terciopelo; o las espigas que ondulaban como el mar, oyendo el largo canturreo de los segadores, dispuestos como una fila de soldados, y en cada sendero se oía la gaita, detrás de la cual llegaban de Calabria los enjambres de campesinos para la cosecha, todos ellos polvorientos y encorvados bajo las pesadas alforjas; los hombres adelante, las mujeres detrás, claudicantes y mirando el camino que se prolongaba, con el rostro moreno y cansado. Al borde de las zanjas, detrás de los matorrales de áloes, sonaba el silbato del guardián, entre las silenciosas espigas maduras, inmóviles, también invadidas por el silencio de la noche.

Matamujeres pensaba: “Toda esa gente se medio mata para volver a casa con algo de dinero”. ¡Pero él no! Él no esperaba ninguna cosecha, nada, y le faltaba el ánimo para cantar. La noche caía con tanta tristeza en el mesón oscuro. A esa hora, el tren

pasaba a lo lejos, pitando, y el compadre Mommu permanecía en la garita, con la banderola en la mano. Poco después, cuando el tren se desvanecía en la tiniebla, se oía a Cirino el idiota, que corría tras él, gritando ¡uuh, uuh! Y Matamujeres, sentado a la puerta del mesón oscuro y desierto, pensaba que para los pasajeros no existía la malaria.

Finalmente, cuando ya no pudo pagar el alquiler del mesón, el propietario lo lanzó después de cincuenta y siete años de estar ahí; Matamujeres también tuvo que buscar un empleo en el ferrocarril, para sostener en la mano la banderola cada vez que pasara el tren.

Entonces, cansado de correr todo el día a lo largo de los rieles, abatido por los años y los sinsabores, miraba pasar dos veces al día la larga fila de vagones repletos de gente, de alegres grupos de cazadores, que se dispersaban por la llanura. A veces, un campesino tocaba el acordeón con la cabeza inclinada, arrinconado en un asiento de tercera clase; bellas señoras se asomaban a las ventanillas, con la cabeza cubierta por un velo;

la plata y el acero bruñidos de bolsos y valijas relumbraban bajo las lámparas esmeriladas; los altos respaldos eran mullidos y coronados de encajes. ¡Ah, qué bueno sería viajar allí, dormitando en paz! Parecía desfilar allí un fragmento de ciudad, con las luminarias de las calles y las tiendas deslumbrantes. Luego el tren se perdía en la vasta niebla de la noche, y el pobre, quitándose por un momento los zapatos, refunfuñaba: “¡Ah, para ellos no existe la malaria”.

LOS HUÉRFANOS

La pequeñita se asomó a la puerta, retorciendo entre los dedos una punta de su delantal, y dijo:

—Aquí estoy.

Luego, como nadie reparaba en ella, se puso a mirar tímidamente a las comadres, que amasaban el pan, e insistió:

—Me dijeron que viniera a la casa de la comadre Sidora.

—Ven acá, ven acá —gritó la comadre Sidora desde el cuchitril del horno, colorada como un jitomate—. Espérame y te hago una buena hogaza.

—Si mandaron acá a la niña, quiere decir que le llevaron el viático a la comadre Nunzia —observó la Licodiana.

Una de las comadres que ayudaba a amasar el pan volvió la cabeza, sin apartar las manos de la masa, con los brazos desnudos hasta el codo, y le preguntó a la niña:

—¿Cómo está tu madrastra?

La niña, que no conocía a esa comadre, la miró con sus grandes ojos muy abiertos; luego, agachando la cabeza y retorciendo con mayor fuerza la punta de su delantal, respondió en voz baja:

—Está en cama.

—¿Acaso no oyeron que allí está el Señor? —dijo la Licodiana—. En este momento han de estar gritando a la puerta las vecinas.

—Apenas termine de hornear el pan, yo también iré un momento, para ver qué se necesita —dijo la comadre Sidora—. El compadre Meno perderá el brazo derecho si se le muere esta otra mujer. Algunos no tienen suerte con las mujeres; lo mismo les

pasa a los que son desafortunados con los animales. Tantas tienen, tantas pierden. ¡Nada más vean a la comadre Ángela!

—Anoche vi al compadre Meno a la puerta de su casa, antes del rosario —agregó la Licodiana—; acababa de volver de la viña y se sonaba la nariz con un pañuelo.

—Pero él —terció la comadre que amasaba el pan— tiene buena mano para matar mujeres. En menos de tres años se ha comido a dos hijas del rabadán Nino, ¡una tras otra! Falta poco para que se coma a la tercera, y se va a quedar con todo lo que tiene el rabadán Nino.

—Pero ¿esta niña es hija de la comadre Nunzia, o de la primera mujer?

—Es hija de la primera. A esta otra la quería bien, como si fuera realmente su madre, porque la huerfanita era también su sobrina.

La pequeñita, oyendo que hablaban de ella, se puso a llorar en un rincón, quedito, quedito, para desahogar su pena, de la cual habíase defendido jugueteando con el delantal.

—Ven acá, ven acá —le dijo la comadre Sidora—. La hogaza está lista. Vamos, no llores. Piensa que tu mamá está en el cielo.

La niña se enjugó los ojos con los puños cerrados, y la comadre Sidora destapó el horno.

—¡Pobre de la comadre Nunzia! —llegó a decir una vecina, asomándose a la puerta—. Acaban de pasar los sepultureros.

—¡Válgame Dios, que soy hija de María! —exclamaron las comadres santiguándose.

La comadre Sidora sacó del horno la hogaza, le quitó la ceniza y se la dio a la niña, que la puso en su delantal y empezó a caminar, despacio despacio, soplándole encima.

—¿A dónde vas? —le preguntó la comadre Sidora—. Quédate aquí, porque en tu casa está el coco con su cara negra, que se lleva a la gente.

La huerfanita la oyó con toda seriedad, abriendo mucho los ojos. Luego dijo una y otra vez, tozuda:

—Voy a llevársela a mi mamá.

—Tu mamá ya no existe. Quédate aquí —repitió una vecina—. Cómetela tú.

La niña se ovilló, muy triste, en el batiente de la puerta, con la hogaza en las manos pero sin probarla.

De pronto, al ver que llegaba su padre, se levantó feliz y fue a su encuentro. El compadre Meno se sentó en un rincón, sin decir nada, con los brazos inertes entre las rodillas, con cara larga y labios blancos como el papel, debido a que no había probado nada desde el día anterior, víctima de su congoja. Miraba a las comadres, como diciéndoles: “¡Pobre de mí!”.

Viéndolo con el pañuelo negro en el cuello, las mujeres lo rodearon, con las manos manchadas de harina, compadeciéndose de él.

—No me diga nada, comadre Sidora —repetía él, meneando la cabeza—. ¡Nunca podré arrancarme esta espina clavada en mi corazón! ¡Esa mujer era una santa que, sin ofender a ninguna de las presentes, yo no me merecía! Aun ayer, que estaba tan mal, se levantó de la cama para ir a cuidar al potrillo recién destetado. No quería llamar al médico, para ahorrar y no gastar en medicinas. Nunca

volveré a encontrar a una mujer como ella. ¡Se lo digo yo! ¡Déjeme llorar, tengo razón!

Y seguía meneando la cabeza e inclinando los hombros, como si su desgracia se apoyara en ellos.

—Cuando quiera encontrar a otra mujer, sólo tiene que buscarla —agregó la comadre Licodiana, para reanimarlo.

—¡No! ¡No! —repetía el compadre Meno, agachando la cabeza, como un mulo—. ¡Dónde voy a encontrar a una mujer como ella, se lo digo yo!

La comadre Sidora lo interrumpió:

—No diga disparates, no está bien. Tiene que buscarse otra mujer, que le cuide a esta huerfanita; de no ser así, ¿quién se quedará con ella cuando usted vaya a la labor? ¿Va a dejarla en medio de la calle?

—¡Encuéntrenme otra mujer como ella! Ella no se lavaba para no ensuciar el agua; me ayudaba mejor que un mozo; era cariñosa y honesta, incapaz de robar ni una haba, y jamás abrió la boca para decirme dame. Además, aportó una buena dote, junto con otras cosas, que valían oro, cosas que

debo restituir porque no tuvimos un hijo. Me lo dijo el sacristán, cuando llevó el agua bendita. ¡Y cuánto quería a esta niñita, que le recordaba a su pobre hermana! Cualquiera otra, que no fuera su tía, habría visto mal a esta huerfanita.

—Si se casa con la tercera hija del rabadán Nino podrá conservarlo todo, para la huérfana y su dote —observó la Licodiana.

—Eso mismo digo yo; pero no me recuerde esas cosas, que aún tengo la boca amarga como la hiel.

—No hay que hablar de esas cosas ahora —apoyó la comadre Sidora—. Tiene que comer un bocado, compadre Meno, porque se ve muy decaído.

—¡No! ¡No! —repetía el compadre Meno—. No me hablen de comida, que siento un nudo en la garganta.

La comadre Sidora le puso, sobre un banco, pan caliente, aceitunas negras, un pedazo de queso de cabra y una jarra de vino. El pobrecito empezó a comer de mala gana, despacio, sin dejar de lamentarse, y observó, enternecido:

—Nadie hacía mejor el pan que aquella buena alma. ¡Hasta parecía de flor de harina! Y con unos cuantos hinojos preparaba una sopa para chuparse los dedos. Ahora tendré que comprarle el pan a ese ladrón del maestro Puddo, y tendré que olvidarme de la sopa caliente cada vez que vuelva a casa mojado como un pollito. En las noches, mientras la cuidaba, cansado de haber escardado todo el día, y yo mismo me oía roncar sentado junto a la cama, la buena alma me decía: “Ve a comer un poco de sopa; la dejé a un lado del fogón”. Siempre pensaba en mí, en la casa, en todo lo que había que hacer, en esto y en aquello, en todas las recomendaciones, como cuando va a hacerse un largo viaje, y seguía haciéndolo, hasta medio dormida. Y ya se iba al otro mundo, pero contenta, con el crucifijo sobre el pecho y las manos enlazadas. ¡Esa santa no necesita misas ni rosarios! El dinero para el cura sería dinero tirado a la calle.

—¡Mundo de pesares! —exclamó la vecina—. A la comadre Ángela, aquí cerca, se le está muriendo el burro a causa de los retortijones.

—¡Mis pesares son mayores! —concluyó el compadre Meno, limpiándose la boca con el revés de la mano—. No, no me obliguen a comer más, porque los bocados caen en mi estómago como si fueran de plomo. Mejor come tú, mi pobre inocente, que no comprendes nada. Ya no tendrás a nadie que te lave y te peine. Ya no tendrás a tu mamá, que te tenga bajo las alas, como una clueca, porque estás arruinada como yo. Te encontré una, ¡pero nunca tendrás una madrastra como aquella, hija mía!

La pequeña, enternecida, adelantaba el labio inferior y cubríase los ojos con los puños apretados.

—No, no puede seguir así —repetía la comadre Sidora—. Necesita buscarse otra mujer, que le cuide a esta pobre huerfanita, que queda en medio de la calle.

—¿Y yo dónde quedo? ¿Quién va a cuidar ahora mi potrillo, la casa y las gallinas? ¡Déjeme llorar, comadre Sidora! Debí haber muerto yo, en lugar de esa buena alma.

—¡Calle, calle, que no sabe lo que dice! Usted no sabe lo que quiere decir una casa sin hombre.

—Es verdad —dijo el compadre Meno, reconfortado.

—¡Nada más mire a la pobre comadre Ángela! Primero se le murió el marido, luego el hijo grande, ¡y ahora se le está muriendo el burro!

—Si el burro tiene retortijones, hay que sangrarlo en la parte que van los aparejos —dijo el compadre Meno.

—Venga a verlo usted que sabe —dijo la vecina—. Haga la caridad, en nombre del alma de su mujer.

El compadre Meno se levantó para ir con la comadre Ángela, mientras la huerfanita corría detrás de ellos, como un pollito. La comadre Sidora, como toda buena ama de casa, le recordó:

—¿Y la casa? ¿La ha dejado sola, sin nadie?

—La cerré con llave; además, enfrente vive la prima Alfia, que le echa un ojo.

El asno de la vecina Ángela estaba tendido en medio del patio, con el hocico frío y las orejas colgando, coceando con las cuatro patas al aire cuando sentía los retortijones, que contraían sus

flancos como un fuelle. La viuda, sentada sobre unas piedras, con las manos hundidas en los cabellos grises, con los ojos secos y desesperados, miraba aquella escena, pálida como una muerta.

El compadre Meno dio vueltas en torno del animal, tocándole las orejas, viendo sus ojos opacos; y en cuanto hubo visto que la sangre le salía bajo los aparejos, negra, gota a gota, formando grumos en los pelos hirsutos, preguntó:

—¿Ya lo sangraron?

La viuda lo miró a la cara, con disgusto, y dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Entonces, no hay nada más que hacer —concluyó el compadre Meno, y se puso a mirar al asno, que se estiraba sobre las piedras, rígido y con la pelambre enmarañada, como un gato muerto—. ¡Es la voluntad de Dios, hermana! —le dijo para consolarla—. Usted y yo estamos arruinados.

Se sentó sobre las piedras, junto a la viuda, con la hijita entre las rodillas, y se quedaron viendo al pobre animal, que coceaba con las cuatro patas al aire, de vez en cuando, igual que un moribundo.

Cuando terminó de hornear el pan, la comadre Sidora apareció en el patio, acompañada por la prima Alfia, que se había puesto su vestido nuevo y la pañoleta en la cabeza, y, llevándolo aparte, le dijo al compadre Meno:

—El rabadán Nino no le va a dar a la otra hija, porque a usted se le mueren como moscas y pierde la dote. Además, Santa es demasiado joven y existe el peligro de que le llene de hijos la casa.

—Si fueran varones, menos mal. Lo que temo es que sean hembritas. ¡Soy tan desgraciado!

—Sería mejor la prima Alfia, que ya no es tan joven y tiene lo suyo: la casa y un pedazo de viña.

El compadre Meno volvió los ojos a la prima Alfia, que, con las manos sobre el vientre, fingía ver al asno, y dijo:

—Estando así las cosas, podríamos hablarlo. Pero ¡soy tan desgraciado!

La comadre Sidora lo interrumpió:

—Póngase a pensar en quienes son más desgraciados que usted, ¡piénselo!

—No hay nadie más desgraciado que yo. ¡Dónde hallar a una mujer como aquella! ¡Aunque llegara a casarme diez veces, jamás la olvidaría! Tampoco la olvidará esta pobre huerfanita.

—Cálmese, porque la olvidará. Y también la niña. ¿Acaso no se olvidó de su madre verdadera? ¡Mire a la vecina Ángela, ahora que se le muere el burro y no tiene otro! ¡Ella sí no lo va a olvidar nunca!

La prima Alfia vio que era tiempo de acercarse, y, con cara compungida, empezó a elogiar a la muerta. Con sus propias manos la había arreglado en la caja, poniéndole sobre el rostro un pañuelo de tela fina. En cuanto a blanquería, no le faltaba. Y el compadre Meno, enternecido, se volvió hacia la vecina Ángela, que estaba inmóvil como una piedra.

—¿Qué espera para desollar al burro? Al menos ganará algo con la zalea.

LAS POSESIONES

En el Crucero de Lentini –que se extiende como un pedazo de mar muerto, con los rastrojos requemados del Llano de Catania, los naranjos siempre verdes de Francofonte, los alcornoques grises de Resecone y los desiertos campos de pastoreo de Passaneto y de Passanitello–, el caminante se preguntaba, a fin de escapar del aburrimiento provocado por el camino polvoriento, bajo el tórrido cielo caliginoso, en esa hora en que los cascabeles de la calesa suenan tristemente y el calesero canta su canción melancólica, para no dejarse vencer por el sueño de la malaria:

—¿De quién es todo esto?

Y él mismo se respondía:

—De Mazzarò.

Y al pasar a un lado de una hacienda, tan grande como un pueblo, con almacenes que parecían iglesias, una gran cantidad de gallinas echadas a la sombra del pozo y mujeres que se volvían a ver quién pasaba, preguntábase de nuevo:

—¿Y aquí?

—De Mazzarò.

Y, camina que camina, mientras la malaria apesantaba sus ojos, lo sobresaltaba el inesperado ladrido de un perro en un viñedo inmenso, que cubría todo el llano y gran parte del cerro; un viñedo inmóvil, como si el polvo pesara sobre él, con un guardián que, tendido boca abajo, sobre la escopeta, alzaba la cabeza y abría un ojo para ver quién pasaba.

—También de Mazzarò.

Luego seguía un olivar muy tupido, como un bosque, donde nunca medraba la mala hierba y la cosecha se prolongaba hasta marzo. Era el olivar de

Mazzarò. Y al atardecer, cuando el sol se ocultaba como fuego y la campiña se velaba de tristeza, se veían las largas filas de las yuntas de Mazzarò que regresaban del barbecho, y los bueyes que cruzaban lentamente el vado, con el hocico en el agua oscura. En los distantes campos de pastoreo de la Canziria, en la pendiente umbrosa, se veían las grandes manchas blanquecinas de los rebaños de Mazzarò; se oía el silbido de los pastores resonando en los barrancos y, de manera intermitente, el cencerro y su canto solitario perdiéndose en el valle.

—Todo es de Mazzarò.

Parecía que era de Mazzarò hasta el sol que se ocultaba, las cigarras que zurriaban, los pájaros que alzaban el vuelo para ir a refugiarse entre los terrones y el cernícalo en el bosque. Hubiérase dicho que Mazzarò era enorme, que estaba tendido en toda la extensión de la tierra y que todos caminaban sobre su panza. Pero no; el calesero decía que era un hombrecillo por el cual no se daría ni un cacahuete al verlo; que su única cosa prominente era la barriga, y nadie sabía cómo lograba llenarla

con tan poco pan; que ese hombre era rico como un cerdo, pero de cabeza brillante.

Y, en efecto, con esa cabeza brillante había logrado acumular tantas posesiones, precisamente donde antes iba a zapar, a podar y a segar durante todo el día, bajo el sol y la lluvia, pese a la furia del viento, descalzo y tan mal vestido, que todos recordaban haberlo pateado en el trasero, los mismos que ahora lo llamaban *excelencia* y permanecían frente a él con la gorra en la mano. Pero no se ensoberbeció al ver que todas las excelencias del pueblo eran sus deudores, y decía que ‘excelencia’ quiere decir pobre diablo y mal pagador. Y siguió usando la gorra, sólo que ahora era de seda negra, su único lujo, y hasta llegó a ponerse un sombrero de fieltro, porque era más barato que la gorra de seda. Sus propiedades llegaban hasta donde alcanzaba la vista, que él tenía muy buena: a diestra y siniestra, al frente y a la espalda, en el monte y en la llanura. Más de cinco mil bocas, sin contar los pájaros del cielo y los animales de la tierra, comían de sus terrenos, amén de la suya, que comía menos que todas, pues se conformaba con

comer una rebanada de pan y un pedazo de queso engullidos aprisa y de pie, en un rincón del almacén, grande como una iglesia, empolvado por el tamo del trigo, mientras los campesinos descargaban los costales, o al abrigo de un pajar, cuando el viento barría el campo helado durante la siembra, o con la cabeza dentro de un canasto, en los calientes días de la cosecha. No tomaba vino, no fumaba, aunque sus huertos produjeran mucho tabaco a orillas del río, con hojas tan anchas y altas como un niño, que vendía a 95 liras. No tenía el vicio del juego, ni el de las mujeres. Sólo mantuvo a una mujer, a su madre, por la cual tuvo que desembolsar doce tarís cuando la llevaron al cementerio.

Cuando anduvo, descalzo, trabajando en aquellas tierras que ahora eran suyas, meditó muy bien en lo que significa la propiedad, y supo lo que cuesta ganar tres tarís al día en el mes de julio, con el cuerpo agachado durante catorce horas, con el capataz a caballo, que da chicotazos cada vez que uno quiere enderezarse. Ningún minuto de su vida dejó de pensar en adquirir propiedades,

y ahora sus yuntas eran tan numerosas como las filas de cuervos que llegaban en noviembre, tan largas que parecían interminables; asimismo, las filas de los mulos que cargaban las semillas, y las de las mujeres acuclilladas en el lodo, desde octubre hasta marzo, que recogen las olivas; incontables también las urracas, que llegan a robarlas. Durante la vendimia acudían a sus viñedos enteras aldeas, y si se oía cantar en el campo era por la vendimia de Mazzarò. En la cosecha, sus segadores parecían soldados y, para mantener a tanta gente con bizcocho en la mañana, pan y naranja en el almuerzo y la merienda, y la lasaña en la noche, eran necesarios montones de dinero; la lasaña se ponía en artesas, anchas como tinas de baño. Por ello ahora, cuando iba a caballo tras las filas de sus segadores, con el chicote en la mano, no perdía de vista a ninguno de ellos, diciendo una y otra vez: “¡Agáchense, muchachos!”. Siempre andaba con la mano en el bolsillo, para pagar las contribuciones, y el rey le cobraba tantas que a Mazzarò le daba calentura cada vez que las pagaba.

Pero todos los años sus almacenes, grandes como iglesias, se llenaban tanto de trigo que era necesario levantar el techo para que cupiera; y cada vez que vendía vino se necesitaba más de un día para contar el dinero, todo en monedas de plata, porque no aceptaba el sucio papel moneda, el cual compraba luego para pagarle al rey o a los demás; en las ferias, el ganado de Mazzarò desfilaba por más de medio día y, después de inundar con él todas las calles, cubría todo el espacio de la feria, y con frecuencia, el santo y la banda le cedían el paso, o tenían que marchar por otra calle. Todo lo había conseguido por sí mismo, con sus manos y su cabeza, con no dormir en la noche, con desasosiegos y malaria, trabajando todo el santo día, caminando bajo el sol y la lluvia, desgastando sus botas y sus mulas. Sólo él no se desgastaba al pensar en sus propiedades, porque era lo único que tenía en el mundo; sin hijos, sin sobrinos, sin parientes. Cuando alguien está hecho de tal modo, significa que vive solamente para las propiedades.

Y las propiedades estaban hechas para él, como una calamidad, porque a las propiedades les gusta

estar con quien las conserva y no las derrocha, como hubo de sucederle al barón que fue patrón de Mazzarò, que, por lástima, aceptó a éste en sus campos, casi desnudo, y fue patrón de todas las praderas, de todos aquellos bosques, viñedos y rebaños, el cual, cuando iba a caballo para ver sus tierras en compañía de sus campesinos, parecía el rey, y le preparaban alojamiento y comida especiales, de modo que todos se enteraban de la hora en que llegaría ese bobo y no se dejaban agarrar con las manos en la masa. Mazzarò decía:

—Éste quiere que lo roben.

Se moría de risa al sobarse después de que el barón le pateaba el trasero, y murmuraba: “El que es gagnápiro no debe salir de su casa. Una propiedad no es de quien la hereda, sino de quien sabe ganársela”.

Él, en cambio, en cuanto fue propietario, nunca mandaba a decir que vigilaría la cosecha o la vendimia, ni el cómo ni el cuándo. Llegaba de improviso, a pie, a caballo o en mula, sin compañía alguna, con un pedazo de pan en su alforja;

dormía junto a sus gavillas, con los ojos abiertos y la escopeta entre las piernas.

De tal manera, Mazzarò fue adueñándose de todas las propiedades del barón, quien tuvo que salir primero de los olivares, luego de los viñedos, de los campos de pastoreo, de las haciendas y, finalmente, de su palacio, porque casi todos los días el barón tenía que firmar algún documento de transferencia, y Mazzarò estampaba su cruz debajo de la firma del aristócrata. Del palacio, el barón sólo pudo conservar el escudo de piedra que ostentaba el portón, la única cosa que no quiso vender, y le dijo a Mazzarò:

—De todas mis propiedades, es la única que no es para ti.

Y era verdad: Mazzarò no sabía qué iba a hacer con dicho escudo, por el cual no pagaría ni un bledo. El barón seguía tuteándolo, pero ya no le pateaba el trasero.

“¡Pero qué buena suerte tiene Mazzarò!”, decía la gente, sin saber lo que le había costado amasar esa fortuna: cuántas fatigas, cuántos embustes,

cuántos riesgos de ir a dar a la cárcel; y cómo esa cabeza, que era tan brillante, tuvo que trabajar día y noche, mejor que una rueda de molino, antes de ser el dueño de tal fortuna. Cuando el propietario de un terreno limítrofe se obstinaba en no cedérselo, o quería aprovecharse de Mazzarò, éste hallaba siempre una estratagema para obligarlo a vender, pese a la desconfianza de los campesinos. Acostumbraba hablar muy bien de la fertilidad de alguna tierra, que no producía ni moras silvestres, y lograba convencer de que ésa era la tierra prometida; de modo que el pobre diablo la alquilaba, esperanzado en obtener grandes ganancias, y, a la postre, el aparcerero perdía no sólo el alquiler, sino también su casa, que iba a dar a manos de Mazzarò. ¡Y cuántos disgustos tenía que soportar Mazzarò! Aparceros que se quejaban del mal año; deudores que mandaban en procesión a sus mujeres, que se mesaban los cabellos y se daban golpes de pecho, diciendo que no tenían qué comer, y rogándole que no los dejara en la calle, que no les quitara la mula o el burro.

—¿Acaso no ven lo que yo como? —respondía él—. ¡Pan y cebolla, a pesar de tener los almacenes llenos y de ser el dueño de todo!

Cuando le pedían un puñado de habas, replicaba:

—¿Acaso creen que me las robé? ¿No saben lo que cuesta sembrarlas, escardarlas y cosecharlas?

Cuando le pedían una pobre moneda, decía no tenerla.

Y era cierto. Porque en el bolsillo no cargaba nunca doce tarís, y el dinero entraba y salía de su casa como un río. Por lo demás, el dinero no le importaba, y decía que no era una propiedad; y, en cuanto juntaba una cierta suma, compraba de inmediato un pedazo de tierra, dado que deseaba tener tantas tierras como el rey, y ser mejor que el rey, en vista de que el rey no puede venderlas ni decir que son suyas.

Su única inquietud era la de envejecer, la de tener que dejar las tierras donde estaban. Después de consumir la vida en la adquisición de propiedades, el hecho de tener que dejarlas cuando se desean otras más ¡era una injusticia de Dios! Pasaba horas

y más horas sentado en un canasto, con el mentón en las manos, contemplando el verdor de sus parras y los campos cubiertos de espigas, ondeando como el mar; y los olivares que velaban la montaña como una niebla. Si un muchacho pasaba frente a él, casi desnudo y encorvado bajo la carga, como un burro cansado, le golpeaba las piernas con su bastón, sólo por envidia, murmurando:

—¡Nada más vean al que tiene muchos años por delante! ¡A éste, que nada tiene!

Y cuando le dijeron que se acercaba la hora de abandonar para siempre sus posesiones y debía pensar en su alma, salió al patio, como un loco, y, tropezando aquí y allá, mató a garrotazos a sus gansos y a sus pavos, gritando:

—¡Que todo lo que tengo se vaya conmigo!

HISTORIA DEL ASNO DE SAN JOSÉ

Lo compraron en la feria de Buccheri, cuando aún era un burrito que, en cuanto veía a una burra, iba a hurgarle las ubres. Con ello se ganaba topetazos y golpes en la grupa, y era preciso gritarle: “¡Arre!”. El compadre Neli, al verlo tan testarudo y tan listo, que sólo sacudía ligeramente las orejas y se lamía el hocico al recibir los golpes, se dijo: “Me conviene”, y se dirigió al dueño del animal, con la mano dentro del bolsillo, donde tenía treinta y cinco liras.

—Es un buen burrito —decía el dueño—, y vale más de treinta y cinco liras. No importa que tenga el pelo blanco con manchas negras como una urraca.

Ahora le muestro a la madre, que tenemos en el bosque, porque el burrito quiere estar siempre pegado a las ubres. ¡Ya verá qué buena burra! Trabaja mejor que un mulo, y ha tenido más hijos que pelos. Hablando con toda franqueza, no sé cómo es que el burrito salió manchado. Pero tiene buen esqueleto, ¡yo sé lo que le digo! Los hombres no valen sólo por el bigote. ¡Mire el pecho que tiene, y sus piernas parecen pilares! Vea qué paradas tiene las orejas. A un burro con tales orejas puede atarlo a un carro, a un arado, a lo que usted quiera, y cargarlo con cuatro haces de cebada, mejor que a un mulo, para el santo día que es hoy. Nada más vea qué cola tiene; ¡de ella pueden colgarse usted y todos sus parientes!

El compadre Neli lo sabía mejor que él; pero no era un tonto para decir que sí, y seguía con la mano en el bolsillo, encogiéndose de hombros y arrugando la nariz, mientras el dueño hacía caminar al burrito delante del cliente.

—¡Uhm! —rezongaba el compadre Neli—. Con ese pelo, parece el burro de San José. Todas las

bestias de ese color son *cobardes*, y cuando uno viene al pueblo con ellas la gente se ríe. ¿Cuánto voy a regalarle por el asno de San José?

El dueño le volvió la espalda, enfurecido, gritando que, si no se conocía de animales o no se tenía dinero para comprarlos, era mejor no asistir a la feria y no hacer que los cristianos perdieran el tiempo, y menos en ese santo día.

El compadre Neli lo dejó desahogarse, y se fue de ahí con su hermano, que tiraba de la manga del jubón diciéndole a voz en cuello que si quería malgastar el dinero en aquel animal tan feo lo agarraría a patadas.

Pero no dejaban de mirar al sesgo el asno de San José, y el dueño fingía pelar habas, con la cuerda del ronزال entre las piernas. Mientras tanto, el compadre Neli caminaba por entre las grupas de mulos y caballos, deteniéndose a mirarlos, enterándose del precio, regateando, como si fuera a comprar media feria, pero sin soltar las treinta y cinco liras que llevaba en el bolsillo. Su hermano le decía al oído, señalando el asno de San José:

—¡Nos conviene!

La mujer del dueño iba a ver a éste con frecuencia, para ver qué pasaba y, al ver al marido con la cuerda del ronzal entre las piernas, volvió a preguntarle:

—¿La Virgen no manda todavía a alguien que compre el burrito?

El marido respondió:

—¡Todavía no! Vino uno a tratarlo, y le gustó. Pero es muy agarrado, y se fue con su dinero. Míralo, es aquel, el de la gorra blanca, el que está junto a los borregos. No ha comprado nada, y eso quiere decir que volverá.

La mujer se disponía a sentarse en una piedra, cerca del asno, para ver si lo compraban, pero el marido agregó:

—¡Vete! Si se dan cuenta de que estás en ascuas no se cierra el negocio.

Mientras tanto, el burrito no perdía la ocasión de hurgar entre las piernas de las burras que pasaban, por estar hambriento, y en cuanto abría el hocico para rebuznar el dueño lo apaleaba, disgustado porque nadie lo quería.

—¡Sigue allí! —decía el compadre Neli al oído del hermano, fingiendo que volvía a pasar cerca sólo para comprar garbanzos tostados—. Si esperamos hasta el avemaría podremos comprarlo con una rebaja de cinco liras.

El sol de mayo picaba tanto que, en ciertos momentos, en medio del vocerío y el hormigueo de la feria, reinaba un gran silencio, como si no hubiese nadie, y la dueña del burrito volvía a decirle a su marido:

—No te enterques por sólo cinco liras. Recuerda que no hay dinero para la compra; además, el burrito se come en un mes esas cinco liras.

—Si no te vas —dijo el marido—, ¡te doy una buena patada!

Y siguieron pasando horas y más horas en la feria, pero nadie se detenía donde estaba el asno de San José, a pesar de que su dueño había escogido el sitio más humilde, junto a las bestias más baratas, a fin de que la pelambre del burrito, parecida a la de una urraca, no desmereciera junto a las buenas mulas bayas y a los caballos

relucientes. En toda aquella feria, sólo el compadre Neli sería capaz de adquirir el asno de San José, pues todos los demás se reían al verlo. El burrito, de tanto esperar bajo los rayos del sol, meneaba la cabeza; su dueño estaba sentado tristemente en las piedras, con las manos entre las rodillas y el ronزال en las manos, mirando, a la caída del sol, las sombras de las bestias sin comprador. Entonces el compadre Neli, junto con su hermano y un amigo, sonsacado para tal ocasión, pasaron cerca del burrito, fingiendo ver hacia otra parte, y el dueño del animalito también torció la cabeza, para que ellos no vieran que estaba allí esperándolos. El amigo del compadre Neli dijo, como si la idea se le hubiese ocurrido a él:

—Vea nada más: ¡es el asno de San José! ¿Por qué no lo compra, compadre Neli?

—Hice tratos esta mañana, pero cuesta mucho. Para colmo, la gente se reiría de mí al verme con un asno avacado. ¡Por eso no acaba de venderlo!

—Es verdad; pero lo que cuenta no es la pinta, sino lo que puede servirle.

Y le preguntó al dueño:

—¿Cuánto hay que regalarle por el asno de San José?

La dueña del burrito, al ver que seguían los tratos, se acercó poco a poco, con las manos reunidas sobre la esclavina.

—¡No me hable de eso! —gritó el compadre Neli, alejándose un poco—. ¡No siga hablando de eso!

—Si no lo quiere, ni modo —dijo el dueño—. Si no lo quiere él, lo comprará otro. “¡Pobre del que no tiene nada que vender en la feria!”.

—¡Pero quiero que me escuche, caray! —gritaba el amigo—. ¿Acaso no puedo decir nada?

Y corría para agarrar al compadre Neli por el jubón; luego iba a hablarle al oído del dueño del burrito, el cual se disponía a volver a su casa con el animal, y, sujetando a éste por los hombros, le susurró:

—¡Óigame bien! Por cinco liras más, o cinco liras menos, va a dejar de vender ese burrito, que no vale un puro, y créame que sólo un tonto como mi compadre puede comprárselo.

Y abrazaba también a la dueña del animalito, a fin de convencerla; pero ella se encogía de hombros, diciendo con cara torva:

—Nada tengo que ver yo, son cosas de mi hombre. Pero si se lo vende por menos de cuarenta liras ¡será una tontería, porque vale mucho más!

—¡Esta mañana cometí la locura de ofrecerle treinta y cinco liras! —replicaba el compadre Neli—. ¿Qué comprador le ha ofrecido más que yo? En toda la feria sólo quedan cuatro borregos roñosos y el asno de San José. Ahora le ofrezco sólo treinta liras.

—¡Tómalas! —le sugería quedito la señora, con lágrimas en los ojos—. No tenemos dinero para la compra, y Turiddu necesita el sulfato, porque otra vez tiene fiebre.

—¡Caray! —gritaba su marido—. ¡Si no te callas vas a sentir el ronzal!

—¡Treinta y dos y media, vamos! —dijo el amigo, palmeándole el hombro—. ¡Ni usted ni yo! ¡Esta vez debe valer mi palabra, por todos los santos del paraíso! Y ni siquiera deseo un vaso de vino. ¿No ve que ya se puso el sol? ¿Qué esperan todavía ustedes dos?

Agarró el ronزال de las manos del dueño, mientras el compadre Neli, rezongando todavía, sacaba del bolsillo las treinta y cinco liras; se las dio sin mirarlas, como si le arrancaran el hígado. El amigo se apartó un poco y, a la vista de la señora, las contó sobre una piedra, mientras el marido se alejaba de allí, como un asno, maldiciendo y golpeándose con los puños.

Dejó que lo alcanzara la mujer, que, muy despacio, contaba de nuevo las monedas en el pañuelo, y le preguntó:

—¿Están completas?

—Sí; están completas. ¡Alabado sea San Cayetano! Ahora iré a la botica.

—¡Les tomé el pelo! Se los hubiera vendido por veinte liras; los burros con esa pinta son cobardes.

Y el compadre Neli, tirando del burrito al bajar la cuesta, decía:

—¡Le robé el burrito, verdad de Dios! Nada tiene que ver la pinta. Nada más vea qué fuertes son las patas del animalito, compadre. Vale más de cuarenta liras, yo sé lo que le digo.

—De no haber estado yo —dijo el amigo— no lo habría conseguido. Tengo aquí sus dos liras y media. Si usted quiere, nos las bebemos a la salud del burrito.

El animalito la necesitaba para desquitar las treinta y dos liras y media que había costado y la paja que comería. Mientras tanto, saltaba detrás del compadre Neli, mordiéndole suavemente el jubón, como si supiera que era el jubón del amo nuevo y no le importara dejar para siempre el establo tibio, junto a su madre, donde frotaba el hocico en el pesebre, maromeaba con el carnero y provocaba al cerdo en su cubil. Y la señora, que contaba otra vez las monedas en el mostrador del boticario, ni siquiera pensaba que había visto nacer el burrito, albinegro, con la piel brillante como la seda, sin que aún lo sostuvieran las patas, y se acurrucaba en el patio, bajo el sol; tampoco pensaba en toda la hierba que le había dado para que creciera. La única que se acordaba de él era la burra, que alargaba el cuello en la puerta del establo; pero, cuando ya no tuvo las ubres llenas de leche, también se olvidó de él.

—Ya verán —decía el compadre Neli— que este burrito podrá con cuatro haces de cebada, mejor que un mulo. Cuando cosechemos, lo pondré a trillar.

Durante la trilla, el burrito, atado por el cuello a las otras bestias, mulos viejos y caballos derrenegados, tanto brincoteaba sobre las gavillas todo el santo día que, en la tarde, exhausto, no probaba ni un bocado de paja, donde lo ponían a descansar en cuanto se levantaba el vientecillo y los campesinos despajaban gritando: “¡Viva María!”.

Entonces bajaba el hocico y las orejas, como un asno hecho y derecho, con los ojos apagados, como cansado de mirar el inmenso campo polvoriento; y el polvo, aquí y allá, se arremolinaba en las eras, y hubiérase dicho que sólo existía para dejar morir de sed y vagar por las gavillas. Al anochecer, regresaba a la aldea con las alforjas llenas; el peón del amo seguía vareándole las patas, entre los matorrales del sendero, que parecían vivos por los trinos de los paros carboneros y el olor de las nébedas y del romero, que el asno aspiraría con gusto si no lo llevaran siempre al trote, con tanta sangre en las

patas que tuvieron que llevarlo al herrador. Eso le importó poco al amo, porque la cosecha era buena y el burrito ya había rendido las treinta y dos liras y media. El amo decía: “Ya hizo el trabajo, y si lo vendo en veinte liras salgo ganando”.

El único que quería bien al burrito era el muchacho que lo hacía trotar por el sendero; y lloraba mientras el herrador le quemaba las pezuñas con los hierros candentes y el burrito se retorció, con la cola al aire y las orejas paradas, como cuando correteaba en la feria. Intentaba zafarse del bozal, torcía los ojos cada vez que el herrador se acercaba a cambiarle las herraduras, y su piel humeaba como el pescado en la sartén. El compadre Neli le gritaba a su muchacho:

—¿Por qué lloras, idiota? Ya hizo su trabajo; y ahora, después de la cosecha, lo venderemos para comprar un mulo, que es mejor.

Hay ciertas cosas que los muchachos no entienden y, tras la venta del burrito, el hijo del compadre Neli solía visitarlo para acariciarle los bellos y el cuello, y el burrito lo olfateaba con cariño, porque

los asnos fueron hechos para ser atados donde el amo quiere y su fortuna cambia de establo en establo. Cirino compró el asno de San José porque éste aún tenía una cicatriz en la cuartilla, y la mujer del compadre Neli, cuando veía pasar el asno con el patrón nuevo, decía: “Él nos dio la buena suerte; su cuero blanco y negro es la alegría de la era. Ahora las cosas van de mal en peor, y tanto, que tuvimos que vender hasta el mulo”.

El finquero Cirino ató al asno al arado, junto con la yegua vieja, y tiraba de él todo el día, milla tras milla, desde que las alondras empezaban a trinar en el cielo blanco del alba hasta que los petirrojos corrían a refugiarse entre los rastrojos, temblando de frío, con vuelo breve y su silbido melancólico en la niebla extendida como el mar. Y, en vista de que el asno era más bajo que la yegua, le ponían un costalito de forraje en el aparejo, bajo el yugo, y con trabajo de más lograba arrancar los terrones endurecidos por el hielo, a fuerza de empujones. El finquero Cirino decía: “Le ahorra trabajo a la yegua, que es vieja. ¡Ese asno de

San José tiene un corazón tan grande como el Llano de Catania!”.

Se lo decía también a su mujer, que caminaba a su zaga, envuelta en su esclavina, esparciendo con parsimonia la simiente:

—El año pinta muy mal. ¡Dios no quiera que le ocurra una desgracia y quedemos arruinados!

La mujer miraba que el año sería muy malo en su parcela pedregosa, de tierra blanca y agrietada por falta de lluvia y porque la poca agua que llegaba era la de la niebla, que se come la semilla. Cuando llegó la hora de zapar, la siembra parecía la barba del diablo, rala y amarilla, como si la hubieran quemado con cerillos. “¡A pesar del buen barbecho! —se lamentaba Cirino, quitándose el jubón—. El asno ha trabajado como un mulo... ¡Pero es de mal agüero!”.

—Nada tiene que ver el asno, porque al compadre Neli le dio buena suerte —repuso la mujer—. La desgracia es sólo nuestra.

Y fue así que el asno de San José tuvo otro amo en cuanto Cirino volvió del sembradío con la hoz al hombro, sin cosecha alguna, pese a todas las

estampas de santos colgadas de las espiguitas y del dinero que les costó la bendición del cura.

—¡Así lo quiere el diablo! —repetía Cirino delante de las pobres espigas, que no quería ni siquiera el asno, y escupía al cielo todo azul, sin una sola gota de agua. El compadre Luciano, el carretero, encontrose con Cirino y el asno, que llevaba las alforjas vacías, y le dijo:

—¿Cuánto quiere que le regale por el asno de San José?

—Deme lo que usted quiera. ¡Maldito sea él y el santo que lo hizo! —respondió Cirino—. Ya no tenemos pan que comer ni cebada para los animales.

—Le doy quince liras porque usted está en apuros; pero el asno no vale tanto y no creo que aguante seis meses más. ¡Vea qué amolado está!

—¡Pudiste pedirle más! —se puso a rezongar la mujer de Cirino después de cerrar el trato.

—Al compadre Luciano se le murió la mula; no tiene dinero para comprarse otra. De no haber comprado el asno de San José, de nada le habría servido el carro y los arneses. ¡Ya verás si ese asno lo vuelve rico!

El asno aprendió también a tirar del carro, que era demasiado grande para él y para su lomo. Era imposible que durara seis meses más subiendo las cuestas, cosa que lograba gracias a los garrotazos que le daba el compadre Luciano, a fin de persuadirlo; y cuando iba en el llano era peor para él, porque toda la carga le caía encima y lo empujaba tanto que debía encorvar el lomo, con aquellas pobres patas roídas por el fuego, que hacían reír a la gente. Cuando caía al suelo eran necesarios todos los ángeles del paraíso para levantarlo. Pero el compadre Luciano sabía que le llevaba tres quintales de carga mejor que un mulo, y le pagaban cinco tarís por quintal.

—Cada día que aguanta el asno de San José son quince tarís ganados —decía—, y come menos que un mulo.

Las personas que subían lentamente detrás del carro, al ver que clavaba las patas con mucho esfuerzo, enarcando el lomo, jadeante y con los ojos opacos, algunas veces sugerían: “Ponga una piedra en las ruedas, mientras se repone ese pobre

animal”. Pero el compadre Luciano respondía: “Si lo hago, no podré ganar quince tarís al día. Con su pellejo salvo el mío. Cuando ya no pueda hacer este trabajo, se lo venderé al del yeso, porque será un buen animal para él. No es verdad que los asnos de San José sean cobardes. Se lo compré al compadre Cirino a cambio de una bicoca, ahora que está pobre”.

Así, pues, el asno de San José fue a dar a las manos del yesero, que tenía una veintena de asnos, todos macilentos y moribundos, que le llevaban los sacos de yeso y comían los yerbajos que podían arrancar a orillas del camino. El yesero no lo quería por estar cubierto de cicatrices, peor que sus otras bestias, con las patas surcadas por el fuego, el lomo con mataduras, la cruz roída por la albarda del arado, por las rodillas raspadas por las caídas y, para colmo, por la pelambre avacada, que iba a desentonar con sus demás animales.

—Eso nada tiene que ver —repuso el compadre Luciano—. Va a servirle hasta para reconocer de lejos a sus asnos.

Y concluyó el negocio haciéndole una rebaja de dos tarís sobre las siete liras que le pidiera. Al asno de San José no lo habría podido reconocer ni siquiera la dueña que lo vio nacer, por lo cambiado que estaba, con el hocico agachado y las orejas como paraguas cuando llevaba los costales de yeso, torciendo las ancas a cada garrotazo que le daba el muchacho que arreaba la recua. Pero también había cambiado la dueña a causa del mal año, del hambre y las fiebres que todos padecían en la llanura; también había cambiado ella, su marido y su Turiddu, sin dinero para comprarle el sulfato, porque no todos los días era posible vender un asno de San José, ni siquiera por treinta y cinco liras.

En el invierno, con la escasez de trabajo y de leña para cocer el yeso, con los senderos helados, sin una hoja en los matorrales ni rastros en las zanjás cubiertas de hielo, la vida era más dura para los pobres animales, y hasta los amos sabían que en invierno se comía la mitad. Durante la noche, las bestias quedaban a la intemperie, junto al horno, y se protegían del frío apretándose entre

ellas. Pero las estrellas, brillantes como espadas, las traspasaban por entero y, pese a la dureza de su cuero, todas las mataduras los hacían estremecer y temblaban de frío.

No obstante, hay tantos cristianos que no la pasan mejor, que ni siquiera tienen el pedazo de capa que apenas cubría al muchacho dormido junto al horno. Cerca de allí vivía una pobre viuda, en una casucha más destartalada que el horno de yeso, donde las estrellas entraban como espadas por el tejado, como si fuera a cielo raso, y el viento hacía revolotear los cuatro trapos que la cubrían. Había sido lavandera, pero dejó tal oficio porque cada quien lava sus trapos, cuando los lava, y ahora que había crecido su muchacho se ganaba la vida vendiendo leña en la aldea. Nadie conocía a su marido y nadie sabía de dónde sacaba la leña que vendía: lo sabía su muchacho, que la pepenaba aquí y allá, corriendo el riesgo de llevarse un escopetazo de los camperos.

—Si usted tuviera un asno —le decía el yesero, a fin de venderle el asno de San José, que ya no podía

más—, podría llevar a la aldea hatos más gruesos, ahora que su muchacho ha crecido.

La pobre mujer tenía algunas liras en un nudo de su pañuelo, las cuales sacó para el yesero, porque bien se dice que “lo que es viejo va a dar a la casa del loco”.

Y fue así que el pobre asno de San José vivió menos mal sus últimos días, porque la viuda lo tenía como un tesoro, gracias a todo aquel dinero que le había costado. Por la noche le llevaba heno y paja, y lo tenía en la casucha, junto a la cama, porque el asno le daba calor, como un fogoncito, y en este mundo una mano lava la otra. La mujer, llevando delante al asno, tan cargado de leña que no se le veían las orejas, hacía castillos en el aire. El muchacho talaba los arbustos, aventurándose en los límites del bosque, para aumentar la carga. Ambos consideraban que se harían ricos con ese oficio, hasta que el campero del barón sorprendió al muchacho robando estacas y lo tundió a garrotazos. Hubo que curar al muchacho, y el médico se comió el dinero del pañuelo, la provisión

de la leña y todo lo que había para vender, que no era mucho. De modo que una noche, mientras su muchacho desvariaba por la calentura, con el rostro vuelto hacia la pared, sin un bocado de pan en casa, la mujer salió de la casucha hablando sola, como si también tuviera fiebre; fue a tronchar las ramas de un almendro cercano, y al amanecer cargó al asno para ir a venderlo. Pero el asno, al subir la cuesta bajo todo aquel peso, cayó sobre sus rodillas, como el asno de San José frente al Niño Jesús, y ya no quiso levantarse.

—¡Ánimas santas! —gritaba la mujer—. ¡Llévenme ustedes esa carga de leña!

Los viandantes jalaban al burro por la cola y le mordían las orejas, para levantarlo.

—¿Acaso no ven que está muriéndose? —dijo al fin un carretero, y lo dejaron en paz, porque el asno tenía ya los ojos de pez muerto, helados los belfos y algún estremecimiento en la piel.

La mujer pensaba en su muchacho, que desvariaba con el rostro colorado por la fiebre, y balbucía:

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

—Si usted quiere venderlo con la leña, puedo darle cinco tarís —dijo el carretero, que llevaba el carro sin carga. Y, al ver que la mujer lo miraba con mirada extraviada, agregó:— Le compro sólo la leña, porque el asno ya sólo sirve para esto...

Y le dio una patada al cadáver, que sonó como un tambor destemplado.

PAN NEGRO

En cuanto cerró los ojos el compadre Nanni, antes de que el cura se quitara la estola y saliera de allí con el aspersorio bajo el brazo, estalló la guerra entre los hijos del difunto, para ver a quién le tocaba pagar el entierro.

La enfermedad del compadre Nanni había durado mucho, una de esas enfermedades que se comen la carne y todos los bienes de una casa. Cada vez que el médico abría el recetario sobre sus rodillas, el compadre Nanni le miraba las manos con preocupación y mascullaba:

—¡Ojalá no sea muy larga la receta, por caridad!

El médico desempeñaba su oficio. En este mundo cada quien tiene su oficio. Al desempeñar el suyo, el compadre Nanni pescó las fiebres en la Lamia, benditas tierras de Dios, cuyas siembras eran tan altas como un hombre. Los vecinos se lo advertían:

—Compadre Nanni, ¡esa aparcería le costará la vida!

—¡No soy un barón —respondía él—, para hacer lo que me dé la gana!

Los hermanos, que eran como los dedos de una mano mientras vivía el padre, ahora tenían que pensar en sus propios asuntos. Santo tenía mujer y niños muy pequeños; a Lucía le faltaba la dote, casi en la calle; y Carmenio, si quería comer, tenía que buscarse un patrón y ganarse el pan fuera de casa. No se sabía a quién de los tres, que vivían en la inopia, le tocaba mantener a la madre, una mujer vieja y enfermiza. ¡Es una bendición poder llorar a los muertos sin pensar en otras cosas!

Los bueyes, los borregos y la provisión del granero fueron a dar a casa del patrón. Sólo quedaba la casa negra, con la cama vacía y las caras de los huérfanos,

también oscuras. Santo se mudó a esa casa, con la Roja, diciendo que él se encargaría de la mamá. “Lo hace para ahorrarse el alquiler”, decían las malas lenguas. Carmenio reunió unas cuantas cosas y se fue a trabajar como pastor del rabadán Vito, que tenía una territa en Cameni. Y Lucía, para no estar junto a la cuñada, amenazaba con irse de sirvienta.

—¡No! —decía Santo—. Van a decir que mi hermana es criada de otros.

—¡Él quisiera que lo fuera de la Roja! —rezonaba Lucía.

Lo peor de todo era que la cuñada había llegado a la familia como un quiste.

—¿Qué puedo hacer yo, si ya la tengo? —suspiraba Santo, encogiéndose de hombros—. ¡Tuve que hacerle caso a la buena alma de mi padre antes de que muriera!

Esa buena alma se lo dijo:

—Olvídate de la Nena, que no tiene dote, ni tierra ni techo.

Pero la Nena siempre estaba muy cerca de él, en Castelluccio, mientras zapaba, segaba, recogía

las espigas o apartaba las piedras bajo los pies; o cuando descansaba a la puerta de la vecindad, con la espalda apoyada en el muro, en la hora que moría el sol y callaban todas las cosas.

—Compadre Santo, si Dios quiere, este año no serán inútiles sus fatigas.

—Compadre Santo, si la cosecha es buena, debe alquilar el campo grande, el del llano, porque allí han estado los borregos y no se ha sembrado desde hace dos años.

—Compadre Santo, si dispongo de tiempo, este invierno voy a hacerle un par de calcetas, para que no sienta el frío.

Santo conoció a la Nena cuando trabajaba en Castelluccio; era una muchacha pelirroja, hija del campero, y nadie la quería.

Por tal motivo, la pobrecita le hacía fiestas a cualquier perro que pasara, y se quitaba el pan de la boca para regalarle al compadre Santo una gorra de seda negra cada día de Santa Agripina, o vino y un pedazo de queso cuando llegaba a Castelluccio.

—Por favor, acepte esto, compadre Santo. Es el mismo vino que toma el patrón.

O bien:

—Me di cuenta de que la semana pasada le faltaba el companaje.

Santo no sabía decir que no y aceptaba todo cuanto le daba. A lo más, por gentileza, respondía:

—No está bien, comadre Nena, que usted se quite algo de la boca para dármele.

—Me hace más feliz si lo tiene usted.

Todos los sábados, en la noche, cuando Santo regresaba a casa, la buena alma le repetía:

—Olvídate de la Nena, que no tiene esto; olvídate de la Nena, que no tiene aquello.

—Yo sé que no tengo nada —decía la Nena, sentada en la tapia y viendo el sol que se ocultaba—. No tengo tierra ni casa, y mi poca blanquería ha servido para llevarme el pan a la boca. Mi padre es un pobre campero, que vive a espaldas del patrón, y nadie quiere cargar con el peso de una mujer sin dote.

Pero ella tenía la nuca blanca, como todas las pelirrojas, y mientras inclinaba la cabeza, con to-

das aquellas ideas dentro, el sol le doraba, detrás de las orejas, sus cabellos de oro y sus mejillas cubiertas de una pelusilla muy fina, como los duraznos. Santo miraba aquellos ojos azules, como la flor del lino, y los pechos robustos, que ondeaban igual que los trigales.

—No se angustie, comadre Nena —le decía—. Maridos no le faltarán.

Ella meneaba negativamente la cabeza, y los aretes rojos, que parecían de coral, acariciaban sus mejillas.

—No, no, compadre Santo. Sé que no soy bonita y que nadie me quiere.

—¡Mire! —dijo él de pronto, queriendo expresar una idea—. ¡Nada más mire lo que son los pareceres! Dicen que los cabellos rojos son feos; pero, ahora que los veo en usted, no me asombran.

La buena alma de su padre, al ver que Santo estaba encaprichado en casarse con la Nena, un domingo le dijo:

—¿Quieres casarte forzosamente con la Roja? Dime: ¿la quieres por la fuerza?

Y Santo, recargado en el muro y con las manos a la espalda, no se atrevía a levantar la cabeza; pero decía que sí, que sí, meneándola una y otra vez, que sin la Roja no podría estar, que ésa era la voluntad de Dios.

—Tienes que pensar si puedes mantener a una mujer. Sabes que no puedo darte nada. Sólo una cosa podemos decirte tu madre y yo: piénsalo bien antes de casarte, porque el pan es escaso y los hijos llegan pronto.

La madre, acurrucada en la silla, lo jalaba del jubón, diciéndole en voz baja, con toda seriedad:

—Mejor enamórate de la viuda del finquero Mariano, que es rica y sin pretensiones, por ser coja.

—Sí, cómo no —refunfuñaba Santo—. ¡Ella tendrá que conformarse con un pordiosero como yo...!

El compadre Nanni también confirmó que dicha viuda buscaba un marido tan rico como ella, a pesar de ser coja. Lo malo de ese asunto estaba en que los nietos también podían nacer cojos.

—Tienes que pensarlo bien —le repetía a su muchacho—. Piensa que el pan es escaso y los hijos llegan pronto.

Poco después, el día de Santa Brígida, Santo encontró casualmente a la Roja, que recogía espárragos en la vereda, y se ruborizó al verlo, como si no supiera que él debía pasar por allí al volver al pueblo, y dejó caer el borde de su falda, que tenía arremangada hasta la cintura, para andar de bruces en la nopalera. El joven la miraba, ruborizado también, sin decir nada. En fin, se puso a charlar y dijo que la semana había terminado y regresaba a casa.

—¿No tiene algún recado para el pueblo, comadre Nena? Usted mande.

—Si tuviera que vender estos espárragos, haríamos juntos el camino.

Y, en vista de que él sólo atinaba a decir que sí con la cabeza, ella agregó, apoyando la barbilla sobre el pecho que ondulaba:

—Pero usted no me querría, porque las mujeres son un estorbo.

—Yo la llevaría en brazos, comadre Nena.

Entonces ella se puso a masticar la punta de la pañoleta roja que le cubría la cabeza. El compadre Santo tampoco sabía qué más decir; la miraba y la

miraba, pasándose la alforja de un hombro al otro, como si le estorbara. Las nébedas y los romeros estaban de fiesta, y la cumbre del monte, vista por entre los nopales, se teñía con el rojo del ocaso.

—Ahora váyase. Váyase, que se hace tarde.

Y se ponía a escuchar el alboroto de los paros carboneros. Pero Santo seguía inmóvil.

—Váyase, que pueden vernos solos aquí.

Pero el compadre Santo, cuando estaba a punto de ponerse en marcha, volvió a pensar en la idea de llevarla en brazos y cambió de nuevo la posición de la alforja. Sus ojos buscaban los de ella, que de nuevo veían los espárragos entre las piedras, con el semblante encendido, como si el ocaso le diera en plena cara.

—No, compadre Santo, regrese solo; soy una pobre muchacha sin dote.

—Dejemos que obre la Providencia, dejemos que obre...

Ella decía que no, que no era para él, con cara sombría y amoscada. El compadre Santo se echó la alforja a la espalda y empezó a caminar con la

cabeza agachada. La Roja lo detuvo para regalarle los espárragos cortados para él. Harían un buen platillo si aceptaba comerlos en nombre de su amor. Y le extendía las dos puntas del colmado delantal. Santo le pasó un brazo sobre la cintura y la besó en la mejilla, con el corazón oprimido.

En ese mismo instante apareció el padre y la muchacha huyó de ahí, espantada. El campero tenía el fusil al hombro, dispuesto a matar al compadre Santo, por traidor.

—¡No! ¡Mis intenciones son buenas! —decía el muchacho con las manos en alto—. Quiero casarme con su hija, de veras. No lo digo por temor al fusil, porque soy un hombre de bien, y la Providencia nos ayudará a que no hagamos nada malo.

Al domingo siguiente se realizaron los esponsales, con la muchacha vestida de fiesta y el campero con botas nuevas, que lo hacían caminar como pato doméstico. El vino y las habas tostadas alegraron a todos, incluso al campero, a pesar de tener encima la malaria; y la mamá sacó del baúl unos rollos de tela, que guardaba para la dote de

Lucía, ya de dieciocho años, y que antes de ir a la misa dominical se cepillaba el cabello durante media hora viéndose en el agua de la palangana.

Santo, con las manos dentro de los bolsillos del jubón, se regocijaba al ver los cabellos rojos de la novia, los rollos de tela y toda la alegría debida a ese domingo. El campero, con la nariz roja, saltaba de gusto en sus botas nuevas y quería besar a todos, uno tras otro.

—¡A mí no! —gritaba Lucía, enojada por las telas que le quitaban—. Esa agua no es para mí.

Y se quedó sentada en un rincón, poniendo mala cara, como si supiera lo que le tocaría cuando su padre cerrara para siempre los ojos.

Ahora, en efecto, le tocaba hacer el pan, barrer toda la casa en lugar de la cuñada que, en cuanto Dios amanecía, se iba al campo con el marido, pese a estar encinta de nuevo, dado que para llenar de chiquillos la casa era mejor que una gata. A la sazón, ya no había regalitos de Pascua ni del día de Santa Agripina; nada de palabritas que intercambiar con el compadre Santo, cuando

se veían en Castelluccio. El tramposo campero se había salido con la suya al casar a la hija sin dote, y el compadre Santo tenía que mantenerla. Desde que tuvo a la Nena, vio que faltaba el pan para los dos, y debían sacarlo de la tierra de Licciardo, con el sudor de sus frentes.

Mientras se dirigían a Licciardo, con las alforjas al hombro, secándose el sudor con la manga de la camisa, siempre pensaban en la siembra, porque delante de ellos sólo veían piedras. La siembra era como el pensamiento de un enfermo cada vez más grave: primero amarilla, luego enlodada por el exceso de lluvia; después, cuando parecía mejorar, asomaban los hierbajos, que Nena arrancaba con las manos destrozadas, uno tras otro, agachada, con aquella panzota, arremangando la falda hasta las rodillas para no echarla a perder. No sentía el peso de la gravidez ni el dolor de los riñones, como si cada plantita que libraba de la cizaña fuera un hijo suyo. Y cuando descansaba en la orilla de la siembra, todavía acezante, acomodándose los cabellos detrás de las orejas, imaginaba ver la espigas de junio, altas

y ondeando al viento; se veía haciendo cuentas con el marido, mientras él clavaba la zapa en la hierba de la orilla. Tanto de simiente, tanto debía dar al fin de la cosecha; los tallos no eran gruesos, pero la siembra era tupida. Bastaba con que marzo no fuera muy seco y que lloviera lo suficiente. ¡Santa Agripina se encargaría de eso! El cielo estaba negro y el sol, dorado, se demoraba en el poniente de fuego, iluminando el campo verde, y las alondras se posaban en los terrones como puntos negros. La primavera empezaba a despuntar por todas partes, en los cercados de nopales, en los matorrales del sendero, entre las piedras, en los tejados de las casas, verde como la esperanza. Y Santo, caminando pesadamente a la zaga de su compañera, encorvada bajo el peso del rastrojo para los animales y con la enorme panza, sentía una gran ternura por la pobrecita, y le confiaba, con voz jadeante a causa de la subida, lo que iba a hacer si el Señor bendecía la siembra hasta el final. Ya no hablaban de los cabellos rojos, de si eran bonitos o feos, ni de otras tonterías. Y cuando el traicionero mayo echó a per-

der con sus nieblas todas las fatigas y esperanzas del buen año, marido y mujer, sentados de nuevo en la orilla de la siembra, mirando el campo que se amarillecía a simple vista, como un enfermo que se va al otro mundo, con los codos sobre las rodillas y los ojos opacos, Santo dijo:

—Esto es un castigo de Dios. ¡La buena alma de mi padre me lo dijo!

En la casa del pobre penetró el mal humor de la callejuela negra y fangosa. Marido y mujer se rehuían, enfurruñados; peleaban cada vez que la Roja pedía dinero para el gasto; y si no había leña para el invierno, si el marido regresaba tarde a casa, si la mujer se volvía lenta y perezosa por la gravidez, aparecían las caras largas, los insultos y hasta los golpes. Santo jalaba a la Nena por los cabellos rojos, ella le clavaba las uñas en la cara: acudían los vecinos y ella aseguraba, gritando, que ese excomulgado quería hacerla abortar, sin importarle que mandaría un alma al limbo. Luego, cuando Nena parió, hicieron las paces. A Santo le gustaba cargar en brazos a la niña, como

si ella fuese una princesa; corría para mostrarla a parientes y amigos, feliz de la vida. A la mujer, mientras estuvo en cama, le preparaba calditos, le pelaba el arroz y no quería separarse de ella, a fin de que nada le faltara. Se asomaba a la puerta con la niña en brazos, como una nodriza; y, cuando alguien pasaba, decía:

—¡Es hembra, compadre! La desgracia me persigue: me dio una niña. Mi mujer no sabe hacer otra cosa.

La Roja se desahogaba con Lucía cada vez que su marido la golpeaba. Y ésta, que nada quería saber de los problemas hogareños, replicaba diciéndole que, sin tener marido, tenía que cargar con la lata de los hijos ajenos. La suegra, pobrecita, queriendo que se acabaran los pleitos, repetía:

—La culpa es mía, porque ya no sirvo para nada. No puedo ganarme el pan que me como.

Ella sólo era buena para ver y guardarse todos los líos: las angustias de Santo; los lloriqueos de su mujer; la ilusión del hijo que no tenía y que llevaba clavada en el corazón, como un clavo; el mal humor

de la hermana, que ni siquiera tenía un buen vestido para ir a las fiestas y no veía pasar ni un perro bajo su ventana. Los domingos, hallándose en el corro de las comadres, que le preguntaban por qué siempre estaba en casa, ella respondía, alzando los hombros:

—¡Y para qué! ¿Para que me vean el vestido de seda que no tengo?

Al corro de las comadres llegaba algunas veces Pino el Tomo, el de las ranas, que no abría la boca y se quedaba recargado en el muro, con las manos en los bolsillos, escupiendo a diestra y siniestra. Nadie sabía qué rayos iba a hacer allí; pero, cuando se asomaba a la puerta la comadre Lucía, Pino la miraba al sesgo, fingiendo que se volvía para escupir. Por la noche, cuando todas las puertas estaban cerradas, se atrevía a cantarle detrás de la puerta, haciendo él mismo la parte del bajo: “¡uuhm!, ¡uuhm!, ¡uuhm!”.

A veces, los jóvenes que regresaban tarde a casa y reconocían su voz se burlaban de él remedando el croar de las ranas.

Lucía, mientras tanto, simulaba hacer algo en la casa, con la cabeza agachada y lejos de la luz para que no

le vieran la cara. Cuando la cuñada refunfuñaba: “¡Ya empezó la música!”, Lucía replicaba al punto, como una víbora: “¿Hasta la música le disgusta? ¡En esta cárcel no debe haberla para los ojos ni para las orejas!”.

La madre, que también veía y escuchaba todo, decía, mirando a la hija, que aquella música le gustaba. Lucía simulaba no darse cuenta de nada. Sin embargo, cada vez que pasaba el de las ranas se asomaba a la puerta con el huso en la mano. Tomo, en cuanto regresaba del río, recorría el pueblo y siempre iba a dar al barrio de Lucía, con el canasto de ranas en la mano, pregonando: “¡Peces-cantantes, peces-cantantes!”, como si los pobres de aquellas callejuelas pudieran comprarlos.

—¡Han de ser buenos para los enfermos! —decía Lucía, con ganas de hablar con Tomo; pero la madre no quería que gastaran por ella.

El Tomo, al ver que Lucía lo miraba de soslayo, con la barbilla en el pecho, aminoraba el paso frente a la puerta. Los domingos se animaba a acercarse un poco más; se sentaba en el escalón, con las manos entre las piernas, y relataba a las mujeres

del corro cómo atrapaba las ranas, porque para ello había que emplear mucha maña. Pino el Tomo era más mañoso que un asno rojo, y se esperaba a que se fueran las comadres para decirle a Lucía:

—Los sembradíos necesitan la lluvia. Las olivas serán escasas este año.

—Yo creo que son cosas que a usted no le interesan realmente, porque vive de las ranas.

—Oiga, hermana mía: todos somos como dedos de una misma mano, y como una teja, que le da agua a la otra. Si no se cosecha ni trigo ni aceite, el pueblo se queda sin dinero y nadie me compra las ranas. ¿No es cierto?

El “hermana mía” bajaba hasta su corazón con dulzura de miel, y Lucía pensaba en ello al caer la noche, cuando hilaba junto a la luz de la lámpara, fantaseando una y otra vez con esas palabras, mientras el huso giraba.

Hubiérase dicho que la mamá se lo leyó en aquellos giros; y, puesto que habían transcurrido dos semanas sin que pasara el vendedor de ranas y no se oían ya las cancioncitas, le dijo a la nuera:

—¡Qué triste es el invierno! No se oye ninguna alma en el vecindario.

Era preciso tener cerrada la puerta, por el frío, y por el postigo sólo se veía la puerta de enfrente, negra por la lluvia, o a algún vecino que volvía a casa bajo el capote mojado. Pino el Tomo no aparecía, y un pobre enfermo tenía necesidad de un caldo de ranas, dijo Lucía.

—Lo más seguro es que ahora se gane el pan de otro modo —respondía la cuñada—. Es un pobre oficio, de quien no sabe hacer otra cosa.

Santo, que un sábado en la noche intervenía en la conversación, le salió a la hermana con un sermoncito cariñoso:

—No me agrada el cuento de Pino. ¡Qué gran partido para mi hermana! ¡Es alguien que vive de las ranas, que está todo el santo día con las piernas en remojo! Búscate un campesino que, aunque no tenga dinero, sea de tu misma clase.

Lucía guardaba silencio, con la cabeza inclinada, el entrecejo fruncido y mordiéndose los labios para no despotricar.

—¿Y dónde voy a encontrarlo?

¡Como si a ella le tocara encontrarlo! El único que encontró brillaba ahora por su ausencia, quizá porque la Roja le hizo un desaire, por ser tan indiscreta y envidiosa. Santo hablaba siempre por dictado de su mujer, la cual decía en todas partes que el joven de las ranas era un holgazán, cosa que, de seguro, había llegado a oídos del compadre Pino.

Por tal motivo, en cualquier momento estallaba la guerra entre las dos cuñadas:

—¡Aquí yo no soy la patrona! —refunfuñaba Lucía—. En esta casa la patrona es esa enredosa que atrapó a mi hermano para casarse con él.

—De haber sabido lo que me esperaba, jamás me habría casado con su hermano. Si antes necesitaba un pan, ahora necesito cinco.

—A usted qué le importa que el de las ranas tenga o no un oficio. Cuando sea mi marido, él sabrá cómo mantenerme.

La mamá, pobrecita, intervenía para apaciguarlas; pero era mujer de pocas palabras, y sólo sabía

correr hacia una, luego hacia otra, con las manos en los cabellos, tartamudeando:

—¡Por amor de Dios! ¡Por amor de Dios!

Pero las mujeres no le hacían caso, y empezaron a rasguñarse la cara después de que a la Roja se le escapara un insulto:

—¡Rabiosa!

—¡Rabiosa lo serás tú, que te robaste a mi hermano!

En tales ocasiones intervenía Santo, golpeando a las dos para imponer la paz, y la Roja protestaba llorando:

—¡Se lo decía por su bien! Porque cuando una se casa sin dote los líos no tardan en aparecer.

Y Santo, al ver que la hermana no dejaba de gritar y de arrancarse los cabellos, volvía a decirle, a fin de aplacarla:

—Ella es mi mujer, ¿qué quieres que haga? Ella te quiere, lo dice por tu bien. ¿No te das cuenta de lo que hemos ganado con casarnos?

Lucía se quejaba con la madre:

—¡Pues yo quiero ganar lo que ganan gracias a mí! ¡Me voy a trabajar de sirvienta! Aquí, cuando ven a un buen cristiano, lo botan.

Y pensaba en el de las ranas, que ya no se aparecía.

Luego se supo que estaba con la viuda del finquero Mariano, y que pensaban casarse. Era cierto que no tenía un oficio, pero era un joven hecho y derecho, guapo como San Vito, y la coja tenía el dinero suficiente para tener el hombre que le gustara. Y le dijo:

—Mire, compadre Pino, toda esta blanquería; estos aretes y estos collares son de oro; esta tinaja está llena de aceite de oliva, y aquel enrejado está lleno de habas. Si se siente contento, podrá vivir rascándose el ombligo, sin ninguna necesidad de estar con las piernas hundidas en el pantano para atrapar las ranas.

—Yo estaría contento —decía el Tomo.

Pero no dejaba de pensar en los ojos negros de Lucía, que lo buscaban bajo el bastidor de la ventana, y en las caderas de la coja, que se meneaban como las de las ranas cuando andaba en la casa mostrándole todas sus propiedades. Pero una vez que no pudo comer en tres días y le tocó estar en casa de la viuda, comiendo y bebiendo, mirando

llover en el umbral de la puerta, se convenció de que debía darle el sí.

—Lo hice solamente por necesidad, ¡se lo juro! —le dijo a la comadre Lucía cuando volvió a buscarla frente a la puerta—. Si el año no hubiera sido tan malo ¡jamás me habría casado con la coja, comadre Lucía!

—¡Vaya a decírselo a la coja! —le decía la muchacha, verde por la bilis—. Sólo le digo que no vuelva a poner un pie aquí.

La coja también le decía lo mismo, amenazándolo con echarlo de su casa, desnudo y hambriento como lo había recibido.

—¿No sabes que, primero Dios, estás obligado conmigo por el pan que te comes?

A su marido no le faltaba nada: andaba bien vestido, bien cebado, con zapatos, sin más que hacer que holgazanear todo el día en la plaza, charlando con el carnicero y el pescador, con las manos en la espalda y el vientre repleto, viendo cómo vendían su mercancía.

—¿Ése es su oficio, el de vagabundo? —decía la Roja.

Lucía defendíalo diciendo que no hacía nada por tener una mujer que se encargaba de él.

—Si se hubiera casado conmigo, trabajaría para mantenerme.

Santo, con la cabeza entre las manos, pensaba en que su misma mujer le había aconsejado que se casara con la coja, y que él era culpable de haber dejado escapar el pan de la boca.

—Cuando somos jóvenes —le predicaba a la hermana— tenemos muchos grillos en la cabeza, como tú, y sólo buscamos lo que nos gusta, sin pensar en el futuro. ¡Pregúntale a la Roja si volvería a hacer lo que hicimos...!

La Roja, acuclillada en el umbral, aprobaba con la cabeza, mientras sus niños chillaban en torno suyo, jalándola de la ropa y de los cabellos. Y lloriqueaba:

—¡Si al menos el Señor no nos mandara la cruz de los hijos!

A los mayorcitos se los llevaba al campo todas las mañanas, como una burra con burritos; a la más pequeña, dentro del morral, a la espalda, y a la

más grandecita, de la mano. Los otros se quedaban en casa, desesperando a la cuñada. La del morral y la que trotaba detrás de la madre, tropezando a cada paso con los terrones, lloraban a dúo, por el frío de la madrugada; y la madre, de vez en cuando, debía detenerse, rascándose la cabeza y suspirando:

—¡Ay, Dios mío!

Calentaba con su aliento las manitas amoratadas de la más pequeña, o la sacaba del morral para amamantarla, sin dejar de caminar. Su marido iba delante, encorvado bajo la carga, deteniéndose una y otra vez, volviéndose apenas para darle tiempo de que ella lo alcanzara, jadeante y casi arrastrando a la niña que llevaba de la mano, con el seno al aire, no para ver los cabellos de la Roja o su seno que ondeaba, como en Castelluccio. Ahora, ella lo exponía al sol y al hielo como cosa que sólo servía para amamantar, como el de una burra. Una verdadera bestia de carga —en cuanto a esto, no podía quejarse su marido—, porque zapaba, sembraba y segaba mejor que un hombre, arremangándose la falda, con las piernas negras hasta la mitad. Ella

tenía ya veintiséis años, y ni por asomo pensaba en zapatillas y medias azules.

—Estamos viejos —decía su marido—, tenemos que pensar en los hijos.

Se ayudaban, al menos, como dos bueyes de una misma yunta. Esto era el matrimonio. Lucía se lamentaba:

—Sé que cargo con todos los problemas que dan los hijos, sin tener marido. Pero cuando cierre los ojos esa viejecita, me darán un pedazo de pan. De no ser así, me lanzarán a la calle.

La madre, pobrecita, no sabía qué decir, y la escuchaba sentada junto a la cama, con la pañoleta en la cabeza y el rostro amarillento por la enfermedad. Durante el día se asomaba a la puerta, a tomar el sol, y se quedaba allí, en silencio, hasta que el ocaso palidecía sobre los negruzcos tejados de enfrente y las comadres llamaban a las gallinas.

Cuando el doctor iba a visitarla y la hija acercaba la vela a la cara de la madre, la viejecita le preguntaba al médico, con una sonrisa tímida:

—Por caridad, su señoría... ¿Esto va para largo?

Y Santo, que tenía un corazón de oro, intervenía:
—No me importa gastar en medicinas, a fin de que ella siga aquí y la encuentre en su rincón cuando yo llegue a casa. Además, ella también trabajó a su debido tiempo, y cuando seamos viejos nuestros hijos harán lo mismo con nosotros.

Y ocurrió que Carmenio pescó las fiebres en Cameni. Si el patrón hubiera sido rico le habría comprado las medicinas; pero el rabadán Vito era un pobre diablo que la iba pasando gracias a su escasa manada, y al muchacho lo tenía sólo por caridad, en vista de que él habría podido cuidar aquellas cuatro ovejas, de no ser por el temor que le inspiraba la malaria. Además, quería hacer una buena obra dándole el pan al huerfanito del compadre Nanni, para agradar a la Providencia, que debía ayudarlo si había justicia en el cielo. ¿Qué más podía hacer si sólo contaba con un pedazo de tierra en el Cameni, donde la malaria se cuajaba como la nieve y Carmenio había pescado la terciana? Un día que el muchacho sentía los huesos rotos a causa de la fiebre y se dejó vencer

por el sueño, al abrigo de una peña que estampaba su sombra en el camino polvoriento, mientras los moscardones zumbaban en el bochorno de mayo, las ovejas invadieron la siembra del vecino, un pobre barbecho, un poco más grande que un pañuelo, medio comido ya por el calor. No obstante, el tío Cheli, al abrigo de una enramada, cuidaba dicha siembra como a la niña de sus ojos, que le costaba tantos sudores y era su esperanza del año. Al ver a la ovejas correteando, puso el grito en el cielo:

—¡Ea!, ¿acaso no comen pan esos cristianos?

Carmenio despertó al sentir las patadas y los golpes que le daba el tío Cheli, que se puso a correr como un loco, gritando y llorando, tras las ovejas desbandadas. Como si no fuera bastante sentir los huesos rotos a causa de la terciana, ¡Carmenio tenía que sufrir aquellos golpes! Carmenio repetía que al vecino había que pagarle el daño con algo más que ayes y lamentos.

—Un año perdido, un invierno sin pan para mis hijos. ¡Nada más ve el daño que hiciste, asesino! ¡Si te arrancara la piel, no bastaría!

El tío Cheli buscó testigos para citarlos ante el juez, junto con las ovejas del rabadán Vito. Cuando éste y su mujer recibieron la citación, poco faltó para que les diera un infarto.

—¡El bribón de Carmenio será la causa de nuestra ruina! ¡Así nos paga, después de que lo ayudamos! Con los gastos que haremos, el tío Cheli nos va a dejar sin nada.

El pobrecito corrió al Cameni en pleno mediodía, con los ojos nublados por la desesperación y todas las desgracias que le caían encima, y a cada patada y a cada sopapo que le asestaba a Carmenio le decía, jadeando:

—¡Nos has arruinado! ¡Nos vas a dejar sin nada, bribón!

—Pero ¿acaso no ve lo mal que estoy? —intentaba responder Carmenio, esquivando los golpes—. ¿Qué culpa tengo yo, si no podía estar en pie por la fiebre? La fiebre me tumbó a traición, junto a la peña.

Pero tuvo que irse de allí a toda prisa, dejar el rebaño y decirle adiós al crédito de dos onzas que

tenía con el rabadán, que se resignaría a pescar de nuevo la malaria, para colmo de sus desgracias.

Carmenio regresó a su casa con el hatillo ensartado en el bordón, en muy mal estado, pero no dijo nada. Solamente la madre se afligía al verlo tan pálido y macilento, sin saber qué pensar. Lo supo más tarde por don Venerando, que vivía cerca y tenía un poco de tierra en Cameni, junto al barbecho del tío Cheli.

—¡No le digas a nadie el motivo por el cual te corrió el tío Vito! —le aconsejaba la madre al muchacho—. Si no, nadie te va a dar trabajo.

Santo agregaba:

—No digas que tienes la terciana; nadie te dará trabajo si sabe que estás enfermo.

Sin embargo, don Venerando le encargó que cuidara el rebaño de Santa Margarita, donde el rabadán lo robaba a mansalva y hacía más daño que las ovejas en la siembra.

—Voy a darte medicinas, para que no tengas el pretexto de dormirte y dejar sueltas a las ovejas.

Don Venerando estaba encariñado con toda la familia a causa de Lucía, a la cual veía desde el balcón cuando tomaba el fresco después del almuerzo.

—Si también me dan a la muchacha, le pagaré seis tarís al mes.

Decía, además, que Carmenio podría llevarse a la madre a Santa Margarita, en vista de que la vieja empeoraba cada día, y que allá, al menos, no le faltarían huevos, leche y caldo de borrego, cuando muriera alguno. La Roja se despojó de lo mejor para que llevara algo de ropa blanca. Se acercaba el tiempo de sembrar, y ellos no podían ir y venir diario de Licciardo. Esta vez, Lucía dijo en serio que iría a servir en casa de don Venerando.

Montaron a la viejita en el burro. Santo por un lado, Carmenio por el otro, el bulto sobre las ancas. Mientras acomodaban a la mamá, ésta le dijo a Lucía, con ojos serios y cara descolorida:

—Quién sabe si volveremos a vernos. Quién sabe si volveremos a vernos. Dicen que volveré en abril. Ten temor de Dios cuando estés en casa del amo. Allí, al menos, no te faltará nada.

Lucía sollozaba cubriéndose la cara con el mandil; la Roja también, pobrecita. En ese momento hacían las paces, se abrazaban para llorar juntas.

—La Roja es de buen corazón —decía su marido—. Lo malo es que no somos ricos para querernos siempre bien. Cuando las gallinas no tienen nada que picotear en la jaula, se picotean entre ellas.

Lucía estaba bien en la casa de don Venerando, y tanto, que solía decir que sólo muerta saldría de ella, para demostrarle su gratitud al patrón. Allí tenía pan y sopa a manos llenas, un vaso de vino al día y su plato de carne los domingos y días de fiesta, y por la noche tenía tiempo de ponerse su mejor ropita. En esa misma casa le había puesto el ojo a un buen partido: a Brasi, el galopín de la cocina, que también ayudaba en el campo cuando era menester. El patrón se había enriquecido del mismo modo, sirviéndole al barón; ahora le llamaban *don* y era dueño de tierras y animales a montones. A Lucía —por pertenecer a una familia acomodada caída en desgracia, honesta— le asignaron las tareas menos duras: lavar los platos, bajar al sótano y cuidar el gallinero; ade-

más, un tabuco para dormir, tan amplio que parecía una pequeña habitación, con cama y cómoda. Así, pues, ella pensaba que dejaría esa casa sólo muerta. Mientras tanto, le hacía ojitos a Brasi, confiándole que dentro de tres o cuatro años tendría un dinerillo ahorrado, para “ir al mundo”, si Dios se lo permitía.

A Brasi no le interesaba ese tema, pero le gustaba Lucía por tener los ojos negros como el carbón y toda la gracia que Dios le había dado. A ella también le gustaba Brasi, que era bajito de estatura, con cabellos ensortijados y un hociquito, fino y malicioso, de perro de caza. Mientras lavaban los platos o echaban leña bajo el caldero, él inventaba travesuras para hacer reír, como si le hiciera cosquillas. Le arrojaba un poco de agua en la nuca, le introducía hojas en las trenzas. Ella reía quedito, para que no la oyeran los patrones; se escondía a un lado del horno, con la cara colorada, igual que una brasa, arrojándole a la cara trapos de cocina y varejones, mientras el agua le escurría en la espalda, como una delicia.

—Y con la carne se hacen las albóndigas...; haga la suya, que yo hice ya la mía.

—¡Yo no! —respondía ella—. A mí no me gustan estos juegos.

Brasi fingía mortificación. Levantaba las hojas que le había lanzado a la cara, para introducírselas en el pecho, debajo de la blusa, refunfuñando:

—Esto es mío. Pero no la toco. Esto es mío y debe estar aquí. Si quiere que ponga en el mismo sitio algo más que sea mío...

Y amenazaba con arrancarse un mechón de cabellos, para dárselos, sacando toda la lengua.

Ella lo repelía dándole ciertos manotazos de campesina, que lo hacían agacharse y evitaban que pudiera dormir bien durante la noche, según decía él. Lo jalaba de los cabellos, como a un perrito, sintiendo un cierto placer al hundir los dedos en aquella lana mórbida y ensortijada.

—¡Desahóguese! ¡Desahóguese! Yo no soy quisquilloso como usted, y dejaría que sus manos me machacaran como una salchicha.

Don Venerando los sorprendió una vez en esos jueguitos, y puso el grito en el cielo. No aceptaba enredos amorosos en su casa, y si eso se repetía los

sacaría a patadas a los dos. Pero cuando él hallaba sola a la muchacha en la cocina, le pellizcaba un cachetito, luego quería acariciarla con dos dedos.

—¡No! ¡No! —protestaba Lucía—. A mí no me gustan estos juegos. Si usted vuelve a hacerlo, agarro mis cosas y me voy.

—¡Pero sí te gustan los de él! ¿Y los del amo no? No me vengas con cuentos. ¿No sabes que puedo regalarte anillos y aretes de oro, y que, si así lo quiero, puedo darte la dote?

Y podía dársela, de veras, lo confirmaba Brasi, porque el patrón tenía dinero a manos llenas, y su mujer portaba manto de seda, como una dama, ahora que estaba más flaca y vieja que una momia. Por tal motivo, bajaba a la cocina a chancear con las muchachas; poco después, a cuidar sus intereses: cuánta leña ardía y cuánta carne se cocía. Era rico, sí, pero sabía cuánto costaban las cosas, y peleaba todo el día con su mujer, a la que ahora, siendo ya la patrona, se le subían los humos a la cabeza y se quejaba del humo de la leña y del mal olor de las cebollas.

—Voy a ganarme la dote con mis propias manos —refunfuñaba Lucía—. La hija de mi madre debe ser una muchacha honesta cuando un cristiano quiera casarse con ella.

—¡Está bien! —respondía el patrón—. ¡Ya verás qué buena dote es la honestidad y cuántos vendrán a buscarla!

Si los macarrones estaban demasiado cocidos, o si Lucía llevaba a la mesa dos huevos estrellados con los bordes un poco quemados, don Venerando la regañaba a más no poder; delante de la esposa era otro hombre, de voz estentórea y barriga al frente. ¿Creían que iban a hacer chanchullo con la carne de puerco? ¡Dos personas del servicio eran capaces de comérselo vivo! La bendita señora no quería que los vecinos se enteraran de tales papelones, y con voz chillona le decía a la criada:

—Descuidada, inútil, ¡vete a la cocina!

Lucía se iba a llorar a un lado del horno. Brasi la consolaba con su cara de ratero.

—¿Qué le importa? Déjelos que canten. Si le hacemos caso a los patrones, pobres de nosotros.

¿Los huevos olían a quemado? ¡Peor para ellos! Yo no podía partir leña en el patio y cuidar los huevos al mismo tiempo. ¡Me hacen trabajar de cocinero y de peón, y quieren que se les sirva como si fueran reyes! ¿Ya no se acuerdan de cuando él comía pan y cebolla bajo un olivo, mientras ella paleaba la paja?

El cocinero y la criada hablaban de su “mala suerte”, de que eran hijos de padres respetables caídos en desgracia, de que sus parientes habían sido más que el patrón. El padre de Brasi era constructor de carruajes, ¡nada menos!, pero la culpa de todo la tenía el hijo, que no quiso aprender el oficio y se encaprichó en andar vagabundeando en las ferias, tras la carreta de un comerciante: con él aprendió a cocinar y cuidar los animales.

Lucía repasaba la lista de sus desgracias: el padre, los animales, la Roja, los años malos. Los dos, ella y Brasi, parecían hechos el uno para el otro.

—¿La historia de la Roja con su hermano?
—preguntaba Brasi.

—¿Para qué? ¡Gracias!

Porque no quería afrentarlo. A él no le importaba que ella fuese campesina. Los dos eran pobres y hubiera sido mejor arrojarle a la cisterna con una piedra atada al cuello.

Lucía pasaba aquellos tragos amargos sin decir nada, y, si deseaba llorar, iba a esconderse en su tabuco, cuando no estaba Brasi. Después de estar juntos frente al fuego todo el santo día, ya amaba a ese cristiano. A ella le tocaban los regaños y los gritos del patrón; pero a Brasi le servía el mejor plato, le colmaba su vaso de vino, iba al patio a partir leña, aprendió a preparar los huevos y a cocer en su punto los macarrones. Brasi, en cuanto la veía persignarse, con el plato sobre las rodillas, antes de empezar a comer, le decía:

—Pero ¿no se da cuenta, alma de Dios?

Él se quejaba siempre de cualquier cosa: que esa casa era una cárcel, que sólo tenía tres horas en la noche, para pasear o ir a la hostería. Y cuando ella se animaba a preguntarle, con la cabeza baja y ruborizándose:

—¿A qué va a la hostería? No vaya, eso no es para usted.

—¡Se nota que usted es una campesina! Ustedes creen que el diablo vive en las hosterías. Yo nací en una tienda, de padres tenderos, querida. ¡No soy aldeano!

—Se lo he dicho por su bien. Allí se gasta dinero y siempre existe el peligro de pelear con alguien.

Brasi se enterneció al oír esas palabras y ver aquellos ojos que evitaban mirarlo. Sintióse halagado, le preguntó:

—¿Eso le interesa mucho?

—No me interesa. Lo digo por usted.

—¿No se aburre de estar aquí todo el día?

—No. Le doy gracias a Dios de estar como estoy, y querría que mis parientes estuvieran como yo, sin que les falte nada.

Ella estaba en el sótano, trasegando vino, con la jarra entre las piernas. Brasi había bajado ahí con ella, para alumbrarla en su trabajo. Como el sótano era grande y oscuro como una iglesia, no se oía ni una mosca en aquel subterráneo. Sólo ellos estaban allí. Brasi le pasó un brazo sobre la espalda y besó aquella boca, tan roja como el

coral. La pobre esperaba aquello, asustada, con los ojos fijos en la jarra. Ambos callaban, sólo se oía la respiración agitada de él y el gorgoteo del vino. De pronto, ella lanzó un grito ahogado y, retrocediendo algunos pasos, temblorosa, derramó en el suelo una cierta porción de espuma roja.

—¿Qué le pasa? —exclamó Brasi—. ¿Acaso le di un bofetón? Entonces ¿no me quiere usted?

Ella no se atrevía a mirarlo a la cara, pese al gran deseo de hacerlo. Miraba el vino derramado, apenada, y dijo:

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¿Qué hice? ¡Es el vino del patrón!

—¿Y qué? El patrón tiene vino de sobra. Mejor piense en mí. ¿No me quiere? Dígamelo. ¿Sí o no?

Ella permitió que la tomara de la mano, sin responder; y cuando Brasi le pidió que le devolviera el beso, lo hizo al punto, colorada por algo más que la vergüenza.

—¿Es la primera vez que la besan? —le preguntó Brasi, lleno de risa—. ¡Qué bueno! Pero no tiemble, que no quiero matarla.

—Sí; yo también lo quiero, y me moría de ganas de decírselo. Tiemblo pero de miedo, a causa del vino...

—¡Quién lo hubiera dicho! ¿De veras? ¿Y desde cuándo? ¿Por qué no me lo había dicho?

—Desde que dijimos que estábamos hechos el uno para el otro.

—¡Ah! —dijo Brasi, rascándose la cabeza—. Vayamos arriba, que puede venir el patrón.

Ella estaba dichosa, considerando que con ese beso él había sellado en su boca la promesa del matrimonio. Pero él no habló de eso en lo más mínimo, y, si Lucía tocaba esa tecla, respondía al punto:

—Pero ¿por qué tanta prisa? ¿Qué caso tiene echarse el yugo al cuello, si podemos estar juntos, como marido y mujer?

—No; no es lo mismo. Ahora usted está por un lado y yo por el mío; pero ya casados seremos una misma cosa.

—¿Y qué cosa seremos? Además, no estamos hechos de la misma pasta. Ten paciencia. ¡Si al menos tuvieras algo de dote!

—¡Ah, qué corazón tan negro tiene usted! ¡No! ¡Usted nunca me ha querido!

—Claro que la quiero. Si sigo aquí, es por usted; pero no hablemos de esa cosa.

—¡No! ¡Ese pan no me lo trago! ¡Déjeme en paz y ya no me mire!

Ahora sabía lo que eran los hombres: mentirosos y traidores. Ya no quería saber nada de ellos. ¡Deseaba arrojarle de cabeza a la cisterna, irse de hija de María o lanzar su honra por la ventana! ¿De qué le servía sin tener dote? Quería perder la cabeza con el vejistorio del patrón, a fin de procurarse la dote y la vergüenza. ¡Y ya! Don Venerando la acosaba, ora con las buenas, ora con las malas, para ver si ponían mucha leña en el fogón, o cuánto aceite gastaban en las frituras; mandaba a Brasi a la calle, a comprarle tabaco, para pellizcarle la mejilla a Lucía, corriendo tras ella en toda la cocina, pero de puntillas, para que su mujer no se diera cuenta, ¡y regañaba a la muchacha por no respetarlo, por hacerlo correr de ese modo!

—¡No! ¡No! —repetía ella, como gata enfurecida—. ¡Antes agarro mis cosas y me voy!

—¿Y qué vas a comer? ¿Dónde vas a encontrar un marido, si no tienes dote? ¡Mira estos aretitos! Luego te regalaré veinte onzas para tu dote. Por veinte onzas, Brasi se dejaría sacar los ojos.

¡Ah, cuán negro era el corazón de Brasi! La dejaba en las manazas temblorosas del patrón, que la sobaban aquí y allá. La dejaba para que se pusiera a pensar en su pobre madre, en su casa saqueada y llena de necesidades, en Pino el Tomo, que la plantó para ir a comerse el pan de la viuda. La dejaba para que la tentaran los aretitos y las veinte onzas para la dote.

Un buen día entró en la cocina con la cara trastornada y los pendientes de oro, que se balanceaban en sus mejillas. Brasi abrió desmesuradamente los ojos y le dijo:

—¡Qué bella se ve así, comadre Lucía!

—¡Ah! ¿Le gusto así? Está bien, está bien.

Después de verle los aretes y otras cosas más, Brasi nada escatimó con tal de mostrarse servicial y premuroso, como si ella fuese otra patrona. Le dejaba el plato más lleno y el mejor sitio al lado

del fogón. Se desahogaba con ella diciéndole que los dos sólo eran unos pobretones, y que era bueno para el alma confiar en alguien a quien se quiere bien; que, en cuanto lograra reunir veinte onzas, él abriría una taberna y se casaría. Él en la cocina, su mujer en el mostrador. De tal modo, no recibiría órdenes de ningún patrón. Si el patrón deseaba ayudarlos, podía hacerlo fácilmente, porque para él veinte onzas eran casi nada. Brasi no sería melindroso, ¡para nada! En este mundo, una mano lava a la otra. No era culpa suya ganarse el pan a como diera lugar. La pobreza no es pecado.

Ella se ruborizaba, palidecía, se le rasaban de lágrimas los ojos, luego ocultaba su rostro con el delantal. Después de pasar cierto tiempo, no dejó que nadie la viera fuera de casa; nadie la vio en misa ni en el confesionario, ni en la Pascua ni en la Navidad.

Se arrumbó en la parte más oscura de la cocina, con la cabeza inclinada, cubierta por el vestido nuevo, de cintura muy ancha, que le regalara el patrón.

Brasi la consolaba con buenas palabras. Le pasaba el brazo en el cuello, palpaba y elogiaba la tela

fina del vestido. Aquellos aretes de oro parecían estar hechos para ella. Quien anda bien vestido y con dinero en la bolsa no tiene razón para avergonzarse ni para agachar la cabeza; máxime si se tienen unos ojos tan lindos como los de la comadre Lucía. La pobre se daba ánimo mirándolo a la cara, aún temerosa, diciendo:

—¿De veras, maestro Brasi? ¿Todavía me quiere usted?

—¡Sí, desde luego! —respondía Brasi, poniendo la mano sobre su corazón—. Pero ¿qué culpa tengo de ser pobre y de no poder casarme con usted? Si usted tuviera veinte onzas de dote, me casaría con usted con los ojos cerrados.

Ahora don Venerando veía con buenos ojos a Brasi; le regalaba trajes usados y botas raídas. Cuando bajaba al sótano, le ofrecía muy buenos tragos de vino, diciéndole:

—Ten. Bebe a mi salud.

La panza le bailaba de tanto reír al ver las muecas que hacía Brasi, o cuando éste le decía a ella, pálido como un muerto:

—¡El patrón es un caballero, comadre Lucía! No debe importarle lo que digan los vecinos; gente envidiosa y muerta de hambre, que querrían estar en su lugar.

Algunos meses después, Santo, el hermano, oyó tal cosa en la plaza, y fue corriendo en busca de su mujer. Siempre habían sido pobres, pero honrados. La Roja, llena de espanto, fue a buscar a la cuñada; pero, sumamente trastornada, ni siquiera pudo hablar. Al volver a casa, delante del marido, le dijo a éste, serena y levemente ruborizada:

—¡Si vieras nada más! Tiene un arcón, así de alto, lleno de ropa blanca, anillos, pendientes y collares de oro fino. Además, veinte onzas para la dote. ¡Es un milagro de Dios!

—¡No importa! —repetía una y otra vez el hermano, lleno de rabia—. ¡Bien pudo esperar a que mi madre muriera!

Esto sucedió el año de la nieve, cuando se cayeron muchos techos y hubo una gran mortandad de animales. ¡Dios nos libre!

En la Lamia y en la montaña de Santa Margarita, en cuanto los bueyes veían caer la tarde descolorida, cargada de infaustos nubarrones, empezaban a mugir; la gente se asomaba a las ventanas de sus casas a otear el mar distante, con la mano a guisa de visera, sin decir nada. La campana del Monasterio Viejo doblaba para ahuyentar la mala noche; en el cerro del castillo hormigueaban las comadres, negras en el horizonte pálido, para ver en el cielo *la cola del dragón*, una franja negra como la pez, que olía a azufre y era señal de una mala noche. Las mujeres conjuraban al dragón haciendo cuernos con los dedos, mostrándole el vestidito de la Virgen sobre el pecho desnudo, escupiéndole a la cara, jalando la cruz hasta el ombligo, rezándole a Dios y a las ánimas del purgatorio, a Santa Lucía, que era su víspera, para que protegiera los campos y los animales, también a sus hombres, sobre todo si andaban fuera del pueblo. Al empezar el invierno, Carmenio llevó el rebaño a Santa Margarita. Esa tarde la madre no se sentía bien; daba vueltas en la cama, con los ojos muy abiertos; no estaba quieta, como antes; quería esto,

quería aquello, quería levantarse o que la voltearan hacia la otra parte. La casucha estaba en la otra parte del torrente, al fondo del valle, entre dos grandes rocas que parecían querer trepar al techo. Al frente de ella, la cuesta, que empezaba a desaparecer en la oscuridad que subía del valle, sembrada de piedras negras, por entre las cuales se perdía la raya blanquecina del sendero. Antes de anoecer, llegaron los vecinos que vivían en la nopalera, para saber qué necesitaba la enferma, que ya no se movía en su cama, con la mirada perdida y el tizne en la nariz.

—¡Mala señal! —dijo el rabadán Decu—. Si no tuviera allá arriba los borregos, no te dejaría solo esta noche con el mal tiempo que se acerca. Si te urge algo, ¡llámame!

Carmenio decía que sí con la cabeza, apoyado en la jamba de la puerta, viéndolo alejarse paso a paso, perdiéndose en la noche. Tenía ganas de correr tras él, de ponerse a gritar, de arrancarse los cabellos.

—En todo caso —le gritó el rabadán Decu a lo lejos—, corre hacia la nopalera, allá arriba hay gente.

La nopalera podía verse aún perfilada contra el cielo, gracias a la última luz del crepúsculo en la cima de los montes. A lo lejos, muy lejos, en la Lamia y en la llanura se oía el aullido de los canes, que calaba en los huesos. Los borregos se atropellaban al pasar por la puerta del cercado, presos de loco terror, como si sintieran al lobo en las cercanías, y con el campanilleo brusco de los cencerros parecía que en las tinieblas se encendían muchos ojos de fuego. Los borregos se detuvieron, se quedaron inmóviles, apretados entre sí y con el hocico en la tierra al oír que el perro, sentado sobre su cola, lanzaba un aullido prolongado y lastimero.

—De haberlo sabido —se dijo Carmenio—, le habría dicho al rabadán Decu que no me dejara solo.

Afuera, en las tinieblas, se oían de vez en cuando los cencerros de los rebaños. El recuadro negro de la puerta parecía la boca de un horno. La cuesta, el valle profundo y la llanura de la Lamia se hundían en una negrura sin fondo; sólo se oía el fragor del torrente que, cada vez más caudaloso, amenazaba con llevarse la casucha.

De haberlo sabido, habría ido al pueblo antes de anochecer, para llamar al hermano, y, ciertamente, a esa hora estaría con él, también con Lucía y la cuñada.

La madre empezó a hablar, pero no entendió lo que decía; agitaba las manos demacradas.

—¡Mamá, mamá!, ¿qué quiere? Dígamelo, que aquí estoy yo.

Pero la madre no respondía. Meneaba la cabeza como queriendo decir ¡no, no! El muchacho le acercó la vela a la cara y se echó a llorar de miedo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —lloriqueaba Carmenio—. ¡Sólo yo estoy aquí y no puedo ayudarla!

Abrió la puerta y llamó a gritos a los de la nopalera. Pero nadie lo escuchaba.

En todas partes había una claridad densa; en la cuesta, en el valle, en la llanura, como un silencio hecho de borra de algodón. De pronto, le pareció oír el tañido ahogado de una campana, que llegaba de muy lejos, como cuajado en la nieve.

—¡Virgen Santísima! —sollozaba Carmenio—. ¿De quién será esa campana? ¿De los que viven

en la nopalera? –y se puso a gritar–: ¡Auxilio!
¡Auxilio, buenos cristianos!

Finalmente, en el cerro de la nopalera, se oyó una voz lejana, como la campana de Francofonte.

—¡Eaaa, eaaa! ¿Quién es... quién es?

—¡Auxilio, buenos cristianos! ¡Aquí, en la casa del rabadán Decuuu...!

—¡Ahhh...! ¡Córrele con los borregos... córrele con los borregos!

—¡No; no se trata de los borregos...!

En ese instante pasó una lechuza, que se puso a graznar sobre la casucha.

—¡Sólo esto faltaba! –se dijo Carmenio, persignándose–. La lechuza ha sentido el olor de los muertos. ¡Mi mamá está a punto de morir!

Entró de nuevo en la casucha, le preguntó a la madre:

—Mamá, ¿cómo se siente? ¡Respóndame!
¿Tiene frío?

A Carmenio le dieron ganas de llorar, porque ella, con la cara oscura, seguía sin decir nada. Encendió el fuego entre dos piedras del fogón y se

puso a mirar cómo empezaban a arder las ramas secas, como si hablaran. Cuando estaban con las manadas de Resecone, el pastor de Francofonte había narrado ciertas historias de brujas que montan escobas y hechizan las llamas de las chimeneas. Carmenio aún recordaba a la gente de aquella hacienda, que, reunida a la luz de un farol colgado de una pilastra del gran molino oscuro, escuchaba con ojos muy abiertos aquellas historias, y muy pocos se iban a dormir sin miedo esas noches.

Debajo de la camisa tenía una estampita de la Virgen y, atada a la muñeca, la cinta de Santa Agripina, ya negra de mugre. En el bolsillo llevaba su silbato de caña, que le recordaba las tardes de verano –¡iuh, iuh!–, cuando por doquier se deja entrar a los borregos a las rastrojeras doradas, y los grillos estallan a mediodía, y las alondras, trinando, bajan a refugiarse detrás de los terrones al caer la tarde, y se despierta el olor de la nébeda y del romero. ¡Iuh, iuh, Niño Jesús! Se acordó de la Navidad, cuando fue al pueblo y estuvo ante el altarcito iluminado y cubierto de ramas de naranjo;

de los muchachos, con quienes jugó al hoyuelo, con el buen sol de diciembre a la espalda. Y cómo, después, fueron todos a misa de gallo, jugando y riendo en las calles oscuras. La madre ya no decía nada, y él sentía una espina clavada en el corazón. Todavía faltaba mucho para la medianoche. Entre las piedras de las paredes sin enjarrar, parecía haber muchos ojos, helados y negros, mirando el fogón. Sobre su cama había un jubón, con las mangas extrañamente hinchadas; en la cabecera, la imagen de San Miguel y el diablo, que rechinaba sus dientes blancos, con las manos en los cabellos, entre las llamas zigzagueantes del infierno.

A la mañana siguiente, pálidos como muertos, llegaron Santo, la Roja con los niños y Lucía, que, en medio de aquella angustia, pensaba esconder su estado. En torno de la cama de la muerta se arrancaban los cabellos, se golpeaban la cabeza, sin pensar en otra cosa. Luego, cuando Santo se hubo percatado de la gran barriga de la hermana, que era una vergüenza, se puso a decir en medio de su lloriqueo:

—¡Al menos debiste haber esperado a que la viejita cerrara los ojos...!

Lucía respondió:

—¡Si lo hubiera sabido! Con las veinte onzas que tengo ahora, no le habrían faltado el médico y las medicinas.

—Ella está ya en el paraíso y ruega por nosotros, los pecadores –concluyó la Roja–. La pobrecita sabe que usted tiene ya la dote y está tranquila. El maestro Brasi ahora sí se casará con usted.

GENTE DE BIEN

Saben escribir, y es una desgracia. Deben soportar la escarcha del alba oscura y el solazo durante la siega, como cualquier pobre diablo, porque también están hechos de carne y hueso y deben ir a vigilar al prójimo, para que el prójimo no les robe el tiempo y el dinero de la jornada. Si se trata con ellos, con el canutillo anotan nombre y apellido —quién lo ha hecho—, y ya no hay manera de zafarse de sus libracos y de las deudas.

—Debes todavía dos costales de trigo del año pasado.

—¡La cosecha fue muy escasa, señor!

—¿Es mi culpa si no llueve? ¿Tengo que regar la siembra con un vaso?

—¡Señor, he dejado mi sangre en su tierra!

—¡Para eso te pago, tunante! Yo me desangro en los gastos del cultivo, y luego, si el año es malo, ustedes me dejan plantado con la aparcería y se van con la hoz bajo el brazo.

También dicen: “Vale más un pordiosero que un poderoso”, porque no se puede arrancarle la piel por su deuda. Por ello, quien no tiene nada debe pagar la tierra más cara que los otros, dado que el patrón arriesga más; y, si la cosecha es escasa, el aparcerero no pierde nada y puede irse con la hoz bajo el brazo. Pero irse de tal modo es una cosa muy fea, después de un año de fatigas, y con la perspectiva de un largo invierno sin pan.

Un mal año le mete a todos el diablo en el cuerpo. Una vez, durante la siega que parecía estar excomulgada de Dios, el fraile cuestor llegó a la hacienda de don Piddu, espoleando con los zuecos la panza de la buena mula baya, gritando desde lejos: “¡Vivan Jesús y María!”.

Don Piddu estaba sentado en un canasto maltrecho, mirando tristemente la era casi vacía, en medio de los rastrojos y bajo el cielo de fuego, el cual ni siquiera sentía en la cabeza desnuda a causa de la desesperación.

—¡Qué buena mula trae, fray Giuseppe! Vale más que esas cuatro mulas flacas, que nada tienen que trillar ni de comer.

—Es la mula de la colecta —respondió fray Giuseppe—. Bendita sea la caridad del prójimo. Vengo por la limosna.

—Bendito sea usted, que cosecha sin sembrar, y que cuando suena la campana se dirige al refectorio ¡a comerse la caridad del prójimo! Yo tengo cinco hijos y tengo que pensar cómo les voy a dar de comer. ¡Nada más vea qué buena va a ser la cosecha! El año anterior les di media tonelada de trigo para que San Francisco me diera un buen año y, en compensación, ya van tres meses que del cielo sólo llueve fuego.

Fray Giuseppe se secaba el sudor con un pañuelo.

—¿Tiene calor, fray Giuseppe? Ahorita lo refrescamos.

Y obligó a cuatro campesinos, enojados como él, a que le alzarán el sayal hasta la cabeza, para luego arrojarle encima varias cubetadas del agua vercosa del abrevadero.

—¡Santo diablote! —gritaba don Piddu—. Puesto que de nada sirve darle la limosna a Cristo, ¡ahora se la doy al diablo!

Y desde entonces no quiso ver en la era a los capuchinos, y prefirió que fueran por la limosna los de San Francisco de Paula.

Fray Giuseppe se la ató al dedo.

—¡Ah!, ¿conque don Piddu quiso verme los calzones? ¡Yo voy a dejarlo sin calzones y sin camisa!

Era un frailesote barbado, de cogote negro y ancho como buey de Módica, por lo cual, en los callejones y en los patios, era el oráculo de las comadres y de los campesinos.

—Procuren no hacer tratos con don Piddu. ¡Es un maldito de Dios, igual que su tierra!

Cuando llegaban los misioneros en los últimos días de carnaval, para dirigir los ejercicios espirituales de la cuaresma, si había un pecador

o una mala mujer, o incluso gente alegre, iban a predicar tras la puerta, en procesión y con el látigo al hombro. Fray Giuseppe señalaba la casa de don Piddu, diciendo que en todo le iba mal: malas cosechas, animales muertos, la mujer enferma, hijas casaderas, algunas ya quedadas. La señorita Saridda, la mayor, tenía casi treinta años, y exigía que la llamaran señorita Saridda, para no aumentarle la edad. El martes de carnaval, en el festín del alcalde, al fin tuvo novio, lo cual se supo gracias a Pietro Macca, que la vio estrechándole las manos a don Giovannino mientras bailaban una contradanza. Don Piddu gastó el poco dinero que tenía para llevar a la hija a dicho festín con un vestido de seda, escotado en forma de corazón, esperando que sirviera de algo. Los misioneros predicaban en contra de las tentaciones de la carne frente al portón del alcalde, suponiendo todos los pecados que se cometían dentro de esa casa; el alcalde ordenó que cerraran todas las ventanas para evitar que la gente rompiera los vidrios a pedradas.

La señorita Saridda volvió a su casa muy contenta, como si tuviese en el bolso un billete de lotería premiado. No pudo dormir esa noche, pensando en don Giovannino, sin saber que fray Giuseppe le diría a éste:

—Sería una locura que usted pensara casarse con la hija de don Piddu, a quien muy pronto le embargarán sus bienes.

A don Giovannino poco le importaba la dote, pero la deshonra del embargo era una cosa muy distinta.

La gente se arremolinaba frente al portón de don Piddu para ver cómo se llevaban los armarios y las cómodas, los cuales dejaban una marca blanca en la pared donde habían estado mucho tiempo; y las hijas, pálidas como la cera, hacían cualquier cosa para que la madre, acostada en su cama, no se enterara de lo que sucedía. La pobre mujer simulaba no darse cuenta de nada. Días antes, había ido con el marido a suplicarle al notario y al juez:

—Pagaremos mañana o pasado mañana.

Regresaron a casa abatidos; ella, escondiendo el rostro bajo la mantilla; él, cubriéndoselo con el capote. ¡Y ambos tenían sangre de barones! El día del embargo, Saridda, con lágrimas en los ojos, cerró todas las ventanas, porque quien antepone el *don* al propio nombre tampoco escapa a la vergüenza. Cuando lo emplearon como vigilante en los campos de Fiumegrande, por lástima, durante la siega, poco le importó que la malaria se comiera a los cristianos; lo único que le pesaba era que los campesinos, al discutir con él, suprimieran el *don* y lo tutearan.

Un pobre diablo, al menos, puede ganarse el pan mientras tenga salud y brazos. Se lo decía don Marcantonio Malerba cuando cayó en desgracia, lleno de hijos, con la mujer siempre encinta, que, pese a todo, debía hacer el pan, preparar la sopa y barrer las habitaciones. Los hombres de bien necesitan muchas cosas, tienen otras costumbres. Los muchachos de don Marcantonio, todo el día con el estómago vacío, no chistaban; el más grandecito, cuando el padre lo mandaba a comprar

pan o lechuga, a crédito, hacía el mandado con la cabeza agachada, ocultándose bajo el capote remendado.

El padre no dejaba de buscar algún empleo, rentando alguna tierra o tomándola como mediero. Volvía a su casa, a pie y más tarde que cualquier otro, poniéndose el chal de su mujer, que ella llamaba *pled*; veíase obligado a zapar él mismo, cuando nadie pasaba por el sendero.

Pero los domingos era un hombre de bien en el casino, junto a los otros hombres de bien; charlaba con ellos, con las manos en los bolsillos del pantalón y el cuello del capote muy alzado; jugaba al tresillo, con el mazo de cartas entre las piernas y calado el sombrero. A la una de la tarde todos salían de prisa, unos por aquí, otros por allá; también él, como si lo esperara el almuerzo en casa.

—¿Qué puedo hacer? —decía—. Con tantos hijos, es muy difícil vivir al día.

Sus muchachos se ruborizaban cada vez que el padre los mandaba a pedir prestado el grano para

la siembra, o al tío Masi o al hacendado Pinu un puñado de habas para la sopa, pero lo hacían como si ya fueran grandes.

Cuando llegó el fuego de Mongibello, destruyendo viñas y olivares, quienes tenían brazos para trabajar no murieron de hambre. Para los hombres de bien, que poseían tierras en esa región, habría sido mejor que la lava los hubiera sepultado, junto con sus tierras, sus hijos y demás cosas. La gente que no tenía tales intereses iba a ver la lava en las afueras del pueblo, con las manos en los bolsillos. Ora quemaba la viña de fulano, ora el sembradío de zutano; luego amenazaba al puente del camino, más tarde rodeaba la caseta. Algunos se atareaban levantando tejas, postigos, muebles; otros se apresuraban a desalojar los cuartos y salvar todo lo posible, perdiendo la cabeza a causa de la prisa y la desesperación, como en un hormiguero desbarajustado.

A don Marcantonio le llevaron la noticia mientras estaba a la mesa con la familia, frente a un plato de macarrones.

—Señor don Marco, la lava se dirige hacia acá, y no tarda en llegar el fuego a su viña.

Al desventurado se le cayó de la mano el tenedor. El custodio de la viña estaba ocupado en sacar los utensilios del lagar, las duelas de los barriles, todo lo que se podía salvar, mientras su mujer clavaba en la tierra carrizos con estampas de santos, diciendo avemarías.

Don Marco llegó con su asno, en medio del nubarrón oscuro, lleno de cenizas. Frente al lagar se veía la loma negra, que avanzaba alrededor de la viña, humeante, haciendo un ruido de vajilla rota, rompiéndose aquí y allá, dejando ver el fuego rojo que ardía dentro de ella. Lejos, aun antes de llegarles el fuego, los árboles más altos se agitaban en el aire quieto; poco después, humeaban y crujían, antes de formar una sola llamarada. Parecían antorchas que iban encendiéndose una tras otra en la tiniebla del campo silencioso, a lo largo del curso de la lava. La mujer del custodio del lagar cambiaba de sitio los carrizos con las imágenes benditas, a fin de que no se quemaran como cerillos; y llo-

ba, espantada, al ver aquella ruina, pensando en que el patrón, ya sin necesidad de un custodio, lo despediría. El perro gañía al ver cómo se quemaba la viña. El lagar, abierto ya y sin el techo, con tantos utensilios en el patio y en medio del campo espantado, parecía temblar de miedo mientras lo despojaban antes de abandonarlo.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó don Marco al custodio, que quería salvar las barricas y otras cosas del lagar—. Olvídese de eso. No va a quedar nada con que llenar las barricas.

Besó el rastrillo de la viña antes de abandonarla y volvió sobre sus pasos, tirando del asno por el bozal.

¡En el nombre de Dios! Ni los hombres de bien escapan de los contratiempos, por estar hechos de carne y hueso, igual que los prójimos. Y prueba de ello fue doña Marina, la otra hija de don Piddu, que se entregó al peón del establo al perder toda esperanza de casarse; los dos vivían en el campo, siempre a la cuarta pregunta. Los padres no podían darle nada de ropa nueva y no había perro que le ladrara. Al mediodía de una cálida jornada de ju-

lio, mientras los moscardones zumbaban en la era desierta y sus padres intentaban dormir cerca de un muro, doña Marina fue a buscar al muchacho detrás del pajar. Él se ponía rojo y tartamudeaba cada vez que ella lo miraba fijamente, de modo que ésta tuvo que agarrarlo por los cabellos para que le diera un beso.

Don Piddu estaba muerto de vergüenza. Después del embargo y de la miseria, pensó que no podía caer más bajo. La pobre madre lo supo cuando fue a comulgar en Pascua. ¡Era una santa! Don Piddu estaba recluido en el convento de los capuchinos, junto con los otros hombres de bien, para hacer los ejercicios espirituales. Los hombres de bien se reunían con sus campesinos, para confesarse y oír los sermones; y les pagaban los gastos a fin de que éstos y los peones se convirtieran y confesaran que habían robado y devolvieran lo que no era de ellos. Durante los ocho días de ejercicios espirituales, los hombres de bien y los plebeyos eran hermanos, como en el tiempo de Adán y Eva. Por humildad, los patrones

le servían en la mesa a sus sirvientes, cosa que a ellos se les atragantaba. En el refectorio, mientras los misioneros hablaban del infierno y del purgatorio, el ruido que hacían todas aquellas quijadas en movimiento hacía pensar en un establo lleno de bestias. Ese año, don Piddu no quería asistir a dichos ejercicios por no tener dinero para pagar su parte y porque ya no tenía nada que pudieran robarle los campesinos. Pero el juez le dijo que con ello daría un mal ejemplo y lo mandó santificarse. Esos ocho días fueron maná para aquellos que tenían algún asuntillo en la casa de un pobre diablo, sin el temor de que el marido llegara del campo en la hora menos pensada y les arruinara la fiesta. El portón del convento permanecía cerrado para todos, y los jóvenes adinerados salían de farra y no regresaban antes del amanecer.

A los oídos de don Piddu llegaron ciertas murmuraciones que se le escaparon a fray Giuseppe, y una noche se escabulló del convento, como si tuviera veinte años o la novia lo esperara, y no se sabe qué fue a sorprender en su casa. Lo cierto es que, cuando

volvió, antes de amanecer, estaba pálido como un muerto y parecía haber envejecido cien años. Esta vez se había sorprendido el contrabando y, en cuanto los mujeriegos volvían al convento, hallaban al padre misionero arrodillado detrás del portón, rezando por los pecados que los otros habían cometido. Don Piddu cayó de rodillas delante del misionero, para confesarse, llorando todas las lágrimas que tenía.

¡Ah, lo que había encontrado en su casa! ¡Precisamente en la habitación de su hija, a donde no entraba ni el sol! El muchacho del establo escapó por la ventana, y Mariana, pálida como una muerta, se atrevió a mirarlo a la cara, aferrándose a la jamba de la puerta, desesperada, dispuesta a defender al amante. Pasaron por su mente las otras hijas, su mujer enferma, jueces y gendarmes, todo en un baño de sangre.

—¡Tú! ¡Tú! —decía él.

La perversa temblaba, pero sin decir nada. Luego cayó de hinojos, con las manos reunidas, temerosa de que la matara. Él salió de allí, con las manos en los cabellos.

El confesor, que le aconsejaba ofrecer a Dios esa angustia, debió decirle: “Mire, su señoría: cuando a los pobres les ocurre una gran desgracia... ¡se quedan callados porque son pobres, porque no saben leer y no tienen más desahogo que el de ir a la cárcel!”.

LIBERTAD

Extendieron en el campanario un lienzo tricolor, tocaron las campanas a rebato y empezaron a gritar en la plaza: “¡Viva la libertad!”.

Como el mar tempestuoso. La muchedumbre ondeaba y espumajeaba frente al casino de los hombres de bien, frente al palacio municipal, en la escalinata de la iglesia: un mar de gorros blancos, guadañas y hoces destellantes. Luego irrumpió en una callejuela.

—¡Primero tú, barón, que ordenas azotar a tus campesinos!

Al frente de todos, una bruja de viejos cabellos erizados, armada solamente con sus uñas.

—¡Que muera el cura del diablo, que nos chupa el alma!

—¡Que muera el rico glotón, que ni siquiera puede escapar por lo gordo que está gracias a la sangre de los pobres!

—¡Que muera el esbirro, que juzga y condena solamente al que nada tiene!

—¡Que muera el guardabosques, que vende su carne y la del prójimo por dos tarís al día!

La sangre humeaba y embriagaba. Las hoces, las manos, las piedras, los trapos, ¡todo lleno de sangre!

—¡Que mueran los hombres de bien!

—¡Que mueran los *sombreros*!

—¡Mata! ¡Mata!

—¡Todos contra los *sombreros*!

Don Antonio se escabullía por una callejuela. El primer golpe ensangrentó su cara y lo hizo caer en la acera.

—¿Por qué? ¿Por qué me matan?

—¡Tú también vete al diablo!

Un pilluelo lisiado recogió del suelo un sombrero mugroso y escupió dentro de él.

—¡Mueran los *sombreros*!

—¡Viva la libertad!

—¡Ten, tú también! —le gritaron al reverendo que siempre amenazaba con el infierno a quienes robaban el pan. Él volvía de decir misa, con las ostias consagradas en la barriga.

—¡No me maten, porque estoy en pecado mortal!

Su pecado mortal era doña Lucía: se la había comprado al padre cuando ella tenía catorce años, durante el invierno del hambre, y junto con ella llenaba las calles de chiquillos hambreados. Si aquella carne de perro hubiera tenido algún valor, ahora habrían podido hartarse con ella, mientras la desgarraban con las hoces a la puerta de las casas y sobre las piedras de las calles. Al igual que el lobo hambriento, que cuando ataca a un rebaño no piensa en llenar su vientre y degüella sólo por la rabia.

El hijo de la señora, el boticario, se asomó para ver qué sucedía, y mientras cerraba de prisa el negocio pudo ver que don Paolo regresaba de la viña

montado en su burrito, con las alforjas vacías en la grupa. Don Paolo llevaba puesto un sombrero viejo, que su muchacha le había bordado años antes, cuando la plaga no había dañado aún su viña. Su mujer lo vio caer frente al portón, mientras ella y sus cinco hijos esperaban que don Paolo les llevara algo para la sopa.

—¡Paolo! ¡Paolo!

El primero le hirió el hombro con su guadaña. El segundo se le fue encima con la hoz, y lo destripó mientras él se aferraba a la aldaba con el brazo ensangrentado.

Pero lo peor sucedió en cuanto hubo caído el hijo del notario, un chiquillo de once años, rubio como el oro, que, no se sabe cómo, estaba en medio de la muchedumbre. Su padre se había erguido dos o tres veces antes de arrastrarse y llegar al basurero, gritándole:

—¡Neddu! ¡Neddu!

Neddu corría, presa del terror, con la boca y los ojos muy abiertos, pero sin poder gritar. Lo derribaron, luego se irguió sobre una rodilla, como su padre;

el torrente le pasó encima; uno le aplastó una mejilla con su zapatón; sin embargo, el chiquillo pedía misericordia con las manos. No quería morir como había visto morir a su padre. ¡Desgarraba el corazón! El leñador, apiadándose de él, le asestó un hachazo con las dos manos, como si quisiera abatir un roble de cincuenta años, pero temblaba como una hoja.

Otro le gritó:

—¡Bah! ¡Él también iba a ser notario!

Poco importaba. Ahora que tenían las manos bañadas de sangre era preciso derramar la que faltaba. ¡Que mueran todos ellos! ¡Que mueran los *sombreros*! Ya no era el hambre, los garrotazos, los atropellos lo que hacía hervir la cólera. Era la sangre inocente. Y las mujeres, más feroces aún, agitando los brazos demacrados, con las carnes tiernas bajo los vestidos en jirones, gritaban llenas de ira, en falsete:

—¡Tú venías a pedirle a Dios con tu vestido de seda!

—¡A ti te da asco arrodillarte cerca de la gente pobre!

—¡Toma!

—¡Toma!

Llegaban a las casas, subían las escaleras, entraban a las alcobas para romper las sedas y las telas finas. ¡Cuántos aretes arrancaron de las caras ensangrentadas! ¡Cuántos anillos de oro quitaron de las manos que intentaban defenderse de las hoces!

La baronesa mandó a poner una barricada detrás del portón: vigas, carretas y barriles llenos; los camperos, dispuestos a vender caro el pellejo, disparaban desde las ventanas. La muchedumbre agachaba la cabeza a cada escopetazo, porque no tenía armas para responder. Existía la pena de muerte para quien tuviese armas de fuego.

—¡Viva la libertad!

Y desfondaron el portón. Luego, en el patio, saltaron sobre los heridos. ¡Después se encargarían de los camperos! Antes querían la carne de la baronesa, alimentada de perdices y buen vino. Ella corría, desgredada, de cuarto en cuarto, con el lactante en brazos. Los cuartos eran muchos...

La muchedumbre rugía en los pasillos, acercándose a ella como la creciente de un río. El hijo mayor, de dieciséis años, todavía de carne blanca, como la de ella, señalaba la puerta con manos temblorosas, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Bastó un empujón para echarle la puerta encima. Él se agarraba de las piernas que lo atropellaban. Dejó de gritar. Su madre se había refugiado en un balcón, enloquecida, tapándole la boca al niño para que no gritara. El otro hijo, fuera de sí, quería defenderla con su cuerpo, como si tuviera cien manos, sujetando por el mango aquellas hoces. Los separaron en un dos por tres. Uno la agarró de los cabellos, otro del vestido, alzándola por encima del barandal. El carbonero le arrancó de los brazos al lactante. El otro hermano sólo pudo ver manchas negras y rojas. Lo pisotearon, le molieron los huesos a taconazos mientras él seguía mordiendo la mano que apretaba su cuello.

Y en ese furibundo carnaval del mes de julio, en medio de los gritos embriagados de la

muchedumbre hambrienta, siguieron tocando todo el día las campanas de Dios, sin misas ni rezos, como en cualquier pueblo de turcos. Cansados de la matanza, empezaron a desbandarse, cabizbajos, cabizbajos, sin hablar con ninguno de los compañeros. Antes de anochecer, todas las puertas estaban cerradas, temerosas, y en cada casa velaba una luz. En las calles sólo se oían los perros que husmeaban en los rincones, royendo huesos bajo el claro de luna que lavaba todo, mostrando ventanas y portones abiertos de las casas desiertas.

Amanecía. Era un domingo sin gente en la plaza ni campanas llamando a misa. El sacristán no salía de su casa, tampoco los sacerdotes. Los primeros en formar un corrillo en el atrio se miraban a la cara, recelosos, pensando en lo que el vecino debía de tener en su conciencia. Luego, al llegar otros más, se pusieron a murmurar: “No podían dejar que pasara el domingo sin misa, como los perros”. El casino estaba cerrado y no sabían a dónde ir a recibir las órdenes de los patrones para esa se-

mana. En el campanario seguía colgado el lienzo tricolor, flojo en el calor amarillo de julio.

Cuando la sombra del campanario se redujo un poco en el atrio, la gente empezó a reunirse en un rincón. Entre dos casas de la plaza, al fondo de una calle que descendía abruptamente, se veían los campos amarillentos de la llanura y los bosques oscuros en las faldas del Etna. Ahora debían repartirse aquellos campos y aquellos bosques. Cada uno calculaba mentalmente lo que le tocaría, mirando de reojo al vecino.

—La libertad tenía que ser para todos.

—¡Ese Nino Bestia y el Ramurazzo pretenderán que siga la prepotencia de los *sombreros*!

—Si no hay un perito que haga las mediciones de las tierras y un notario que las ponga en el papel, todos van a querer adueñarse de ellas por medio de la violencia.

—Y si luego te la gastas en la hostería, ¿vas a querer que se haga otra repartición?

—Ladrón tú y ladrón yo.

Ahora que había libertad, quien quisiera comer por dos tendría su fiesta como las de los hombres

de bien. El leñador alzaba las manos, como si aún empuñara su hacha.

Un día después, corrió el rumor de que el general llegaría al pueblo para impartir la justicia, aquel general que inspiraba mucho miedo. Empezaron a verse las camisetas rojas de los soldados, que subían lentamente por el barranco, dirigiéndose hacia el pueblo. Bastaría con hacer rodar piedras para aplastarlos a todos. Pero nadie se movió. Las mujeres gritaban, se arrancaban los cabellos. Los hombres, morenos y de luengas barbas, estaban sentados en el monte, con las manos entre las piernas, mirando acercarse a aquellos jóvenes exhaustos, encorvados bajo el peso del fusil enmohecido, y a aquel general bajito de estatura, montando su gran caballo negro, solo, a la cabeza de la tropa.

El general ordenó que llevaran paja a la iglesia, y, como un padre, les dijo a sus muchachos que durmieran. A la mañana siguiente, antes de amanecer, algunos soldados no se habían levantado al toque de la corneta; él entró en la iglesia, a caballo, blasfemando como un turco. Así era ese

hombre. Ordenó de inmediato que fusilaran a cinco o seis, entre los cuales se hallaba Pippo, el enano, Pizzanello y los primeros que estuvieron a la mano. El leñador, mientras lo hacían que se arrodillara junto a la pared del cementerio, lloraba como un niño, por ciertas palabras que le había dicho su madre y por el grito que ella lanzó en el momento que se lo arrebataron de los brazos. A lo lejos, en las calles más lejanas del pueblo, detrás de las puertas, se oían los disparos como si fueran cohetes de fiesta.

Luego llegaron los jueces de verdad, unos hombres de bien, anteojudos, montados en mulas y molidos por el viaje, que aún se quejaban del cansancio mientras interrogaban a los acusados en el refectorio del convento, sentados a ambos lados de la cátedra, y diciendo “¡ay!” cada vez que cambiaban de lado. Un proceso que parecía interminable. Los culpables fueron llevados a la ciudad, a pie, encadenados y en parejas, entre dos filas de soldados con mosquetones amartillados. Sus mujeres los seguían, corriendo en los largos caminos de los campos, a un lado de los surcos, en

las nopaleras, en medio de viñedos o de dorados campos de cebada, tropezando, jadeantes, llamándolos por su nombre en los recodos del camino cuando era posible ver de cerca las caras de los prisioneros. Los encerraron en la gran prisión de la ciudad, alta y enorme como un convento, agujereada de ventanas enrejadas. Si las mujeres deseaban ver a sus hombres, sólo podían hacerlo los lunes, tras el cancel de hierro y siempre en presencia de los guardianes. Los pobrecitos se ponían más amarillos en aquella sombra perenne, sin poder ver nunca el sol. Cada lunes estaban más taciturnos, respondían apenas, se quejaban menos. Los demás días, si las mujeres se reunían en la plaza, al pie de la prisión, los centinelas amenazaban con dispararles. Para colmo de males, ellas no sabían qué hacer ni dónde trabajar en la ciudad para ganarse el pan. Pasar la noche en el mesón era muy caro para ellas, y el pan blanco no llenaba el estómago. Cuando querían pasar la noche acurrucadas a la puerta de la iglesia, las arrestaban. Poco a poco fueron regresando a su pueblo, primero las esposas,

luego las madres. Una guapa muchacha se perdió en la ciudad y no se supo más de ella. Todos los pueblerinos volvieron a hacer lo mismo que antes. Los hombres de bien no podían trabajar la tierra con sus propias manos y la gente pobre no podía vivir sin los hombres de bien. Hicieron las paces. El huérfano del boticario le robó la mujer a Neli Pirru, para vengarse de él por haberle matado al padre. Él le repetía a la mujer, temerosa de que su marido le cortara la cara al salir de la cárcel:

—Ten calma, que de allí no va a salir nunca.

Hubiérase dicho que se habían olvidado de los presos, salvo algunas madres ya viejas o algún viejecito, cuando dirigían la vista al fondo de la llanura, donde estaba la ciudad; o los domingos, al ver que los demás hablaban de sus asuntos con los hombres de bien, frente al casino, con la gorra en la mano, convencidos de que al perro más flaco se le suben todas las pulgas.

El proceso duró tres años, ¡ni más ni menos! Tres años de cárcel y sin ver el sol. Los acusados parecían muertos sacados de la sepultura cada

vez que los conducían esposados al tribunal. Del pueblo llegaban algunas personas, las que podían: testigos, parientes y curiosos, para ver a los paisanos enjaulados tanto tiempo, como pájaros de cuenta. Neli Pirru podía ver allí al boticario, ¡emparentado ahora con él por mera traición!

Los hacían ponerse de pie uno tras otro.

—Usted ¿cómo se llama?

Cada quien decía su nombre y apellido y lo que había hecho. Los abogados, con togas muy holgadas, discutían, charlaban; luego, acalorados, echaban espuma por la boca, la cual secaban de inmediato con un pañuelo blanco, luego aspiraban un poco de rapé. Los jueces dormitaban detrás de unos anteojos que congelaban el corazón. Frente a éstos hallábase una fila de doce hombres de bien, cansados, aburridos, que no dejaban de bostezar, de rascarse la barba o de murmurar entre ellos. Ciertamente, los juristas comentaban que tales hombres de bien habían escapado a la furia del pueblo al declarar la libertad. Los pobres acusados intentaban leer en sus caras lo que ellos decían. Después se reunieron

para confabular entre sí. Los imputados estaban pálidos, con los ojos clavados en aquella puerta cerrada. En cuanto hubieron vuelto, el jefe de ellos, el que hablaba con la mano sobre la panza, estaba tan pálido como los acusados y dijo:

—¡Sobre mi honor y sobre mi conciencia...!

El carbonero, mientras volvían a ponerle las esposas, balbucía:

—¿A dónde me llevan? ¿A la cárcel? ¿Por qué? ¡Si ni siquiera me tocó un pedazo de tierra! ¡A mí me dijeron que había libertad...!

AL OTRO LADO DEL MAR

Envuelta en su pelliza, ella escuchaba apoyando la espalda en el camarote y fijando sus grandes ojos pensativos en las sombras vagabundas del mar. Las estrellas cintilaban sobre su cabeza, y alrededor sólo se oía el sordo rumor de la máquina y el rugido de las olas que se perdían en los horizontes ilimitados. En la popa, a sus espaldas, una voz que parecía lejana canturreaba quedamente una canción popular, acompañándose con el organillo.

Ella tal vez pensaba en las cálidas emociones experimentadas la noche anterior a la representación en el San Carlo, o en la ribera de Chiaia,

fulgurante de luminarias, que habían dejado atrás. Cogió el brazo de él, blandamente, con el abandono del aislamiento que los rodeaba, y se apoyó en el parapeto, mirando la estela fosforescente que dejaba el transbordador, cuya hélice abría abismos inexplorados, como si quisiera adivinar el misterio de otras existencias ignoradas. Del lado opuesto, en las tierras sobre las cuales se inclinaba Orión, otras existencias desconocidas y casi misteriosas palpitaban y sentían, ¿quién podía saberlo?, otras pobres dichas y dolores, semejantes a las que él narraba. La mujer pensaba en ello vagamente, con los labios apretados y los ojos fijos en la oscuridad del horizonte.

Antes de apartarse, permanecieron un rato en la puerta del camarote, en la claridad vacilante de la linterna. El camarero, vencido por la fatiga, dormía acurrucado en la escalera, quizá soñando en su casa de Génova. En la popa, la luz de la brújula iluminaba apenas la figura robusta que estaba al timón, inmóvil, con los ojos fijos en el cuadrante y la mente quién sabe dónde. Seguía en el aire la

triste canción siciliana, que narraba a su modo las dichas, las penas o las humildes esperanzas, en medio del rugido uniforme del mar y el vaivén regular e impasible de los pistones.

Hubiérase dicho que la mujer no se decidía a dejar el brazo de él. Al fin, alzó los ojos y le sonrió con tristeza:

—¡Mañana! —suspiró.

El hombre inclinó la cabeza, sin responder.

—¿Se acordará siempre de esta última noche?

Él no respondió.

—Yo sí —agregó la mujer.

Al amanecer se encontraron en el puente. La delicada carita de ella parecía abatida por el insomnio. La brisa le agitaba los mórbidos cabellos negros. Sicilia surgía como una nube al fondo del horizonte. De pronto, el Etna se cubrió de una luz dorada y rojiza, y en la costa blanquecina aparecieron ensenadas y promontorios oscuros. A bordo empezaban las faenas del primer servicio matutino. Los pasajeros subían al puente, pálidos, somnolientos, embozados, algunos con el puro en la

boca, tambaleantes. La grúa empezaba a rechinar y la canción de la noche callaba, como asustada por todo aquel movimiento. En el mar luciente y turquí, grandes veleros pasaban cerca de la popa, agitados por el oleaje de los navíos que parecían desiertos, con pocos hombres a bordo que, con una mano a guisa de visera, miraban pasar el soberbio vapor. Y, al fondo, veíanse barquillas y botes, como puntos negros, y las costas coronadas de espuma: a la izquierda, la Calabria; a la derecha, la arenosa Punta del Faro y Caribdis, que alargaba los brazos blancos hacia la altiva y rocosa Escila.

De improviso, en la larga línea de la costa, que parecía unida, se abrió el estrecho como un río turquí que se ensanchara de nuevo para volver al mar. La mujer expresó su asombro. Poco después, quiso que él le indicara cuáles eran las montañas de Licodia y la Piana de Catania, el Biviere de Lentini, con su costa llana. Él le indicó lo que había detrás de aquellas montañas azules: la llanura blanquecina y melancólica, las cuevas grises de los olivares, las ásperas peñas donde medran

los nopales, los empinados senderos, herbosos y perfumados. Hubiérase dicho que tales parajes se animaban con personajes legendarios mientras él se los mostraba. Más allá estaba la malaria; en aquella cuesta del Etna se hallaba el pueblito donde la libertad irrumpió como una venganza; más allá, los humildes dramas del Misterio y la justicia irónica de don Liccio Papa. Ella escuchaba, pero había olvidado incluso el drama palpitante en que los dos se agitaban, mientras Messina avanzaba hacia ellos con el vasto semicírculo de su quinta. De pronto, murmuró:

—¡Helo ahí!

De la orilla partía una barca en la cual se destacaba un pañuelo blanco, que se agitaba para saludar como un martín pescador en medio de la tempestad.

—¡Adiós! —murmuró el joven.

La mujer inclinó la cabeza, sin responder. Luego le estrechó con fuerza la mano, bajo la pelliza, y dio un paso atrás.

—Adiós no. ¡Hasta la vista!

—¿Cuándo?

—No lo sé; pero adiós no.

Él la vio ofrecerle los labios al hombre que llegaba a buscarla en la barca. En su mente pasaban larvas siniestras, fantasmas de los personajes de sus propias leyendas, con el semblante avieso y el cuchillo en la mano.

Pasaron los meses. Finalmente, la mujer le escribió que podía ir a encontrarse con ella.

“En una casita aislada, en medio de un viñedo, habrá una cruz marcada con gis en la puerta. Llegaré por el sendero que atraviesa el campo. Procure que nadie lo vea, o estaré perdida”.

Aún era otoño, pero llovía y el viento soplaba como en invierno. Él aguardaba detrás de la puerta, ansioso, palpitante, deseando que las líneas dibujadas por la lluvia en la claraboya empezaran a desaparecer. La hojarasca se arremolinaba detrás de la puerta, suscitando un rumor semejante al de un vestido. ¿Qué hacía ella? ¿Iría? El reloj del pueblito cercano decía que no cada cuarto

de hora. Al fin penetró un rayo de sol a través de unas tejas mal unidas. Todo el campo reverberaba. Los algarrobos se agitaban sobre el tejado, y al fondo, detrás del camino mojado, se abría paso el florido sendero de margaritas blancas y amarillas. Por ahí aparecería su sombrilla blanca, o a la derecha, sobre el borde de la tapia. Una avispa zumbaba en el rayo dorado que entraba en la casa, chocando contra los postigos, diciendo: “¡Está llegando, está llegando!”. La puertita se abrió de pronto, bruscamente, alarmando su sangre. ¡Era ella, toda de blanco! Blanco su vestido, blanco su rostro pálido. En cuanto lo hubo visto, se arrojó a sus brazos para besarle en la boca.

¿Cuántas horas pasaron en aquella pobre habitación ahumada? ¿Cuántas cosas se dijeron? La impasible y monótona carcoma seguía royendo las viejas vigas del tejado. El reloj del pueblito cercano dejaba caer las horas, una tras otra. A través del hoyo de un muro se veían los reflejos de las hojas agitadas, alternando sombras y luz verde, como en el fondo de un lago.

De repente, ella se frotó levemente los ojos, como perturbada, abrió la puerta y vio el sol que se ponía. Luego volvió a abrazarlo resueltamente y le dijo:

—No vuelvo a dejarte.

A pie, cogidos del brazo, llegaron a la pequeña estación cercana, perdida en la llanura desierta. ¡No dejarse nunca más! ¡Qué dicha ilimitada! Iban estrechándose el uno contra el otro, en silencio, como asustados, caminando por la campiña silenciosa, en la hora triste del anochecer.

Unos insectos zumbaban a orillas del sendero. De la tierra cuarteada se alzaba una niebla triste y pesada. Ninguna voz humana, ningún ladrido. En las tinieblas, a lo lejos, parpadeaba una lumbre solitaria. Luego llegó el tren, resoplante y encabritado. Partieron juntos, se fueron lejos, muy lejos, a vivir entre las montañas misteriosas de las cuales él le había hablado y que ella creía conocer.

¡Para siempre!

Para siempre. Se levantaban muy temprano, correteaban por los campos cubiertos de rocío; al mediodía se sentaban entre las plantas, a la sombra

de los abetos cuyas hojas blancas se estremecían sin que soplara el viento; felices de estar solos en medio del gran silencio. Miraban morir el día en las cumbres de los montes, cuando las ventanas se iluminaban de pronto, descubriendo casitas lejanas. La sombra subía por las sendas del valle, que asumían un aspecto melancólico; luego un rayo de oro se detenía un instante en las plantas de la tapia. Esas plantas también tenían su hora y su rayo de sol. Insectos minúsculos zumbaban en la luz tibia. Al volver el invierno, las plantas desaparecerían; el sol y la noche aún se alternarían en las piedras desnudas y tristes, húmedas de lluvia. De tal modo habían desaparecido en la loma desierta la casa del yeso y la hostería de Matamujeres. Sólo las ruinas negras y desmoronadas contrastaban en el púrpura del ocaso. La bifurcación de los rieles se extendía al fondo de la llanura, como un espejo empañado. Más acá, en los grandes campos de Mazzarò, veíanse los grises olivares, donde el ocaso descendía más oscuro; los viñedos verdes y las tierras de pastoreo desvanecíanse en la gloria del oeste. La gente aún

salía a la puerta de las haciendas, grandes como pueblos, para ver pasar a los viandantes. Nadie se acordaba ya de Cirino, del compadre Carmine ni de los demás. Eran menos que espectros. Sólo quedaba el paisaje, solemne e inmutable, con las anchas líneas orientales, de tonos cálidos y robustos. Esfinge misteriosa que representaba a los fantasmas pasajeros con un carácter de necesidad fatal. En el pueblito, los hijos de las víctimas habían hecho las paces con los instrumentos ciegos y sanguinarios de la libertad; el rabadán Arcangelo arrastraba la prolongada vejez a costa del señorito; una hija del compadre Santo se casó y vivía en casa del maestro Cola. En la hostería de la bifurcación un perro despeluzado y medio ciego, que los patrones sucesivos permitieron que estuviese a la puerta, le ladraba a los escasos viandantes que por ahí pasaban. Las plantas murieron poco a poco, y el búho se ponía a cantar en el bosque lejano.

¡Adiós, ocasos del pueblo lejano! ¡Adiós, abetos solitarios, a cuya sombra ella escuchó tantas veces las historias que él le contaba; que se estremecían

a su paso y vieron pasar a tanta gente; que vieron tantos amaneceres y tantos ocasos! Ella también está lejos.

Un día llegó de la ciudad una mala noticia. Bastó una palabra de un hombre lejano, del cual no podía hablar ella sin palidecer e inclinar la cabeza. Enamorados, jóvenes y ricos los dos, que pensaban estar unidos para siempre, bastó una palabra de aquel hombre para separarlos. No por la necesidad de pan, como le ocurriera a Pino el Tomo; ni por el cuchillo del celoso. Los separaba algo más sutil y más fuerte. Era la vida que vivían, de la cual estaban hechos. Los amantes enmudecían y agachaban la cabeza ante la voluntad del marido. Ella parecía temer ahora. En el momento de dejarlo, ella lloró todas las lágrimas que tenía, las mismas que él bebió con avidez; pero partió. ¿Quién sabe cuántas veces se acuerdan todavía de ese tiempo, de tantas ebriedades, fiestas febriles, hechos turbulentos y ásperos asuntos de la vida? ¿Cuántas veces se habrá acordado ella del pueblito lejano, del desierto en que estuvieron solos con su

amor; de la parra, a cuya sombra ella reclinó la cabeza en el hombro de él y le dijo, sonriendo, que la entristecían las camelias?

Las había, abundantes y soberbias, en el hermoso invernadero al que llegaban los alegres rumores de la fiesta, mucho tiempo después, cuando brotaban las púrpuras como la sangre y él ponía una de ellas en su cabello. ¡Adiós, ocasos distantes del pueblo lejano! También él, cuando alzaba la cabeza cansada de mirar en la aureola de la lámpara solitaria los espectros del pasado, ¡cuántas imágenes y cuántos recuerdos lo acosaban en la soledad de los campos y en el torbellino de las ciudades! ¡Cuántas cosas habían pasado, cuántas habían vivido esos dos corazones estando lejos el uno del otro!

Finalmente, volvieron a verse en el vértigo del carnaval. Él asistió a la fiesta para verla, con el alma cansada y el corazón oprimido por la angustia. Ella estaba allí, esplendente, rodeada y halagada de mil maneras. Pero también con el semblante cansado, con la sonrisa triste y distraída. Sus ojos

brillaron al encontrarse. Nada más. Ya tarde, estuvieron uno al lado del otro, como casualmente, a la sombra de unas palmas inmóviles.

—¡Mañana! —le dijo ella—. Quiero verlo mañana, a como dé lugar.

Su blanco y delicado seno palpitaba con fuerza bajo el encaje transparente; el abanico temblaba en sus manos. Luego inclinó la cabeza, con ojos fijos y abstractos; leves y fugaces rubores de magnolia aparecieron en su nuca. ¡Con cuánta fuerza latía el corazón de él, cuán trepidante y exquisita era la dicha de ese momento! Pero, al volver a verse al día siguiente, ya no era la misma cosa. ¿Por qué? Quién sabe... Ellos habían saboreado el fruto venenoso de la ciencia mundana; el placer refinado de la mirada y de las palabras cruzadas subrepticamente, en medio de doscientas personas; de una promesa más valiosa que la realidad, por haber sido murmurada detrás de un abanico y en medio del perfume de las flores, de los destellos de las gemas y de la excitación de la música. Cuando pudieron abrazarse, cuando juntaron sus labios y se dijeron

que se amaban, ambos pensaban en el deseo blando y agudo del rápido momento del día anterior, en el que, con muy pocas palabras, habíanse dicho que sus corazones seguían palpitando con gran fuerza cuando estaban juntos. Cuando se dejaron, al estrecharse la mano en la puerta, estaban tristes los dos, y no sólo porque debían decirse adiós, como si les faltara algo. Pero seguían estrechándose la mano, con el deseo de preguntarse: “¿Te acuerdas?”. Mas ninguno de los dos se atrevió a hacerlo. Ella le había dicho que partiría al día siguiente en el primer tren, y él la dejaba partir.

La vio alejarse por la calzada desierta; él permaneció allí, apoyando la frente en la persiana. Caía la tarde. Un organillo tocaba a lo lejos, a la puerta de una hostería.

Ella se iría en el primer tren al siguiente día. Le había dicho: “Es preciso que vaya con él”. Luego recibió un telegrama, en el cual ella escribió “Para siempre” y una fecha. La vida volvía a atraparlos, uno aquí y el otro allá, inexorablemente. Un día después, él también estaba en la estación, triste

y solo. La gente se abrazaba, se despedía; unos novios partían, risueños; una madre, una pobre anciana del condado, caminaba llorando detrás de su muchacho, un robusto mocetón en uniforme militar y con la mochila a la espalda, que buscaba la puerta de salida.

El convoy se puso en marcha. Primero desapareció la ciudad, las calles de luces hormigueantes, el suburbio y sus corros alegres. Luego empezó a pasar con rapidez la campiña solitaria, la pradera y los arroyuelos, que brillaban en la sombra. De vez en cuando, alguna casita con la chimenea humeante y gente reunida frente a una puerta. En el andén de una pequeña estación, ante el cual se había detenido el tren, dos enamorados habían escrito sus nombres con letras muy grandes. Él pensó que ella había pasado por ahí en la mañana y que también había visto esos nombres.

Lejos, muy lejos, mucho tiempo después, él recordaba algunas veces aquellos dos nombres humildes y desconocidos, en medio de la gente apresurada, del ruido, de la fiebre de la inmensa

actividad general, afanosa e inexorable; recordaba aquellos nombres en medio de los carruajes fastuosos, de los hombres que caminaban en el fango, entre los postes que sostenían enormes carteles, ante los espléndidos aparadores de gemas deslumbrantes, al lado de cuchitriles con filas de calaveras humanas y zapatos viejos. De vez en cuando, se oía el silbato de un tren que pasaba por un túnel o a ras de tierra, perdiéndose en la lejanía, hacia los horizontes pálidos, como un anhelo de lugares bañados por el sol. Entonces volvía a su memoria el nombre de aquellos dos desconocidos, que escribieron la historia de su dicha humilde en el muro de una casa ante la cual pasaba tanta gente. Dos jovencitos rubios y serenos, cogidos de la mano, paseaban lentamente en la calzada del parque; el joven le había regalado a la muchacha un ramito de rosas rojas, después de regatear un cuarto de hora con una viejecita andrajosa y triste; la jovencita, con las rosas en las manos, parecía una reina, lejos del grupo de las amazonas y de los carruajes de lujo. Cuando estuvieron a solas bajo

los grandes árboles de la ribera, se sentaron juntos y hablaron en voz baja, con la tranquila expansión de su afecto.

El sol se ocultaba en el poniente pálido, y hasta las calzadas desiertas llegaban las notas de un organillo, con el cual se ganaba el pan un mendicante de algún pueblo lejano, cantando en una lengua desconocida.

Adiós, dulce melancolía del ocaso; adiós, sombras discretas y vastos horizontes solitarios. Adiós, senderos perfumados, donde era tan grato pasear cogidos del brazo. Adiós, pobre gente, asombrada de ver pasar una pareja feliz.

A veces, cuando lo invadía la dulce tristeza de tales recuerdos, meditaba en los humildes actores de los humildes dramas con una vaga e inconsciente sensación de paz y olvido; recordaba aquella fecha y aquellas dos palabras: *Para siempre*, que ella le dejara en un momento de angustia, un momento más vivo en su memoria y en su corazón que cualquier dicha febril, y le hubiera gustado

escribir el nombre de ella en una página o en una piedra, al igual que aquellos dos desconocidos que escribieron en el muro de una estación lejana el recuerdo de su amor.

Por las calles

EN LA PLAZA DE LA SCALA

En verano hay que tener paciencia. Las noches son cortas, no hace frío; hay gente que pasea en los Bastiones hasta muy tarde, para aprovechar el fresco; si se corren las cortinas, uno puede esperar una buena propina. Se conversa con los compañeros para espantar el sueño, y los caballos duermen en cuatro patas. ¡Eso es el verdadero carnaval! Pero, cuando llega el otro, es duro de roer para los pobres diablos que están en el sitio esperando un viaje de un franco, con las riendas en las manos heladas, cubiertas de nieve, como la estatua de mármol que no deja de mirar lo que

sucede a la luz de los faroles, con sus cuatro hijitos que la rodean.

Y luego dicen que la nieve es alegre; lo dice la gente que sale del Cova con la nariz colorada o los que van a calentarse al baile de máscaras de la Scala, con las piernas desnudas. ¡Demonios! ¡Si al menos tuviéramos la capa de mármol de la estatua y nuestros hijos también fueran de mármol, para que no comieran!

¡Qué año tan monstruoso! ¡Que se lo lleve el diablo! No he podido ahorrar ni cinco liras.

Antes era posible gastar alegremente en la fonda y en la vinatería cercana. Qué lindos paseos campestres con los amigos, en Loreto y en Cagnola, sin mujer, sin hijos ni preocupaciones. ¡Ah, de no haber sido por Ghita, que se alzaba un poco la falda para enseñar sus medias rojas, trotando deprisa en la Plaza de la Scala! Unas medias que devoraban los ojos y un gracioso modo de mover las caderas, que hacían pestañear a Bigio y decirle cada vez que la veía:

—¿Coche?

En un principio, ella se ruborizaba; pero después empezó a sonreírle y acabó por tomar el coche. Durante tales viajes, Bigio, volviendo la cabeza a los cristales, le bajaba la luna y las estrellas; hasta que, un domingo, la llevó al palacio municipal, donde le pidió a un compañero que le cuidara el coche mientras él se casaba con Ghita.

Ahora que Ghita había enflacado como el caballo, veía que la hija trotaba del mismo modo, con botines altos y el sombrerito de lado, con el pretexto de estar aprendiendo el oficio de modista. Y lo hacía cuando en el café de enfrente estaban los gandules que, con los ojos, le decían cosas descaradas.

Era preciso tener paciencia, porque ése era el oficio de Adele. Y cada vez que Bigio metía su cuchara en ese asunto, Ghita le decía las verdades del barquero, insistiendo en que las muchachas deben abrirse su propio camino, echándole en cara que, si ella hubiese tenido el buen juicio de Adele, ahora podría viajar en un coche propio, por su cuenta, en lugar de tener un marido pobre.

Cuando Bigio veía pasar a Adele, contoneándose como la mamá con su vestido negro, bajo aquellas miradas que le gritaban: ¿Coche?, siempre lanzaba un latigazo al aire, con riesgo de tirarle la gorra al policía de guardia.

¡Demonios! Ya no era un potrillo soltero. Debía tascar el freno y llevar las cosas hasta el final. Para colmo de males, Ghita daba a luz un hijo tras otro, sin saber cómo iba a emplearlos. El mayor estaba en el tren militar, primer regimiento, pudiendo ser un buen cochero. El otro era palafrenero de la compañía de los ómnibus. El último quiso ser impresor porque había visto que los muchachos de la imprenta del barrio, con el gorrito de papel en la cabeza, compraban melocotones para el desayuno. Además, un manojito de chiquillas andrajosas, a las que Adele no les permitía seguirla y de las cuales se avergonzaba al encontrarlas en la calle. Ella quería andar sola, y tanto, que un buen día alzó el vuelo y nunca más volvió a la Calle de la Estrella. Cada vez que Bigio, desesperado, quería ir a buscarla en su coche, pero sin saber a dónde, Ghita le repetía:

—¿Qué pretendes? Adele está hecha para ser una señora.

Ghita se consolaba hablando con la portera, calentándose junto al brasero o en la vinatería, donde compraba, a escondidas, su traguito. Bigio paraba el coche en todas las hosterías, y, cuando ya estaba alebrestado, le parecía ver a la hija en cada pareja misteriosa que le solicitaba el servicio. Entonces, cuando la pareja se disponía a abordar el coche, Bigio le decía a la mujer: “Mírame”, pero todas ellas miraban hacia otra parte, cubriéndose la cara. Y cuando encontraba un coche en los Bastiones, con las cortinas corridas y avanzando despacio, o cuando una muchacha apeábase del coche para ir al baile, empezaba a imprecicar, con lo cual perdía la propina y la clientela.

¡Perra miseria!, como decía Ghita. ¡El dinero! ¡El dinero echa a perder todo en este mundo! Los que paseaban en coche con las cortinas cerradas; los que esperaban a las muchachas a la salida de los cafés; los que se frotaban las manos al salir del Cova, con la nariz colorada, eran gente que

gastaba cien liras o más en el teatro y en el baile, y había señoras que, para cubrirse los hombros, necesitaban una pelliza de mil liras. ¡Y las filas de carruajes deslumbrantes, que esperaban frente al Marino, con el soberbio tintineo de cascabeles y frenos de acero; y los palafreneros, que miraban de arriba abajo a los transeúntes, como si ellos también tascaran el freno! Lo mismo hacía su pobre muchacho, el de la sociedad anónima de coches de alquiler cuando estaba de servicio, con sus manos sucias dentro de los guantes de algodón, apoyándolas en los muslos, como la estatua de mármol, que no se hubiese dignado ver cara a cara al padre que lo trajera al mundo. Su predilecto era el otro hijo, el muchacho que ayudaba a imprimir el periódico. Bigio compraba el periódico y lo leía en la caseta, entre viaje y viaje, para enterarse de todas las injusticias y las bribonadas que hay en el mundo, y, leyéndolas, se desahogaba.

El periódico tenía razón. ¡Era necesario acabar con las injusticias y las bribonadas de este mundo! Todos iguales, como Dios nos hizo. Nada de

mantillas de mil liras ni de muchachas que dejan su casa para buscar fortuna; nada de ómnibus ni de tranvías, que le quitan el pan a la gente pobre. Si los coches eran necesarios, sólo debían existir los de alquiler, para dar el servicio en la Plaza de la Scala, y eliminar el número 26, que siempre hallaba el modo de ponerse a la cabeza de la fila.

A fuerza de leer el periódico, Bigio estaba muy enterado. Daba cátedra en la Plaza de la Scala, y todas las noches de verano pontificaba en medio de los colegas, vociferando y yendo de un coche a otro, a fin de pasar el tiempo. De vez en cuando, se acercaba al licorero, que se sentaba en una banca de la plaza con toda su mercancía en un canasto. Era muy divertido formar un corrillo a esa hora, tomando el fresco y a la espera de que un cliente solicitara el servicio. El lugar era bueno. Cerca de allí está la Galería, dos teatros, siete cafés, y, si hay una manifestación en Milán, los manifestantes tienen que pasar por la plaza, con la banda tocando a la cabeza. Pero en invierno la cosa es muy diferente. Las horas transcurren con lentitud en esa

plaza tan blanca, que parece un camposanto, con faroles solitarios en torno de la estatua congelada. Otros pensamientos le pasan por la mente: las caballerizas de los señores, donde hace tanto frío; Adele, que halló la manera de pasar la noche sin frío. Hasta el que predica en el periódico la igualdad, a esa hora, duerme tranquilamente o regresa del teatro, bien cubierto por su pelliza.

El Café Martini está abierto hasta muy tarde, y tan iluminado que parece calentar con tan sólo acercarse a los vidrios de las puertas, empañados por el gran frío que hay en el exterior. De tal modo, los parroquianos pueden beber y desvelarse sin que nadie los vea; pero si a un pobre borracho se le ocurre andar en la calle a tales horas, nunca falta alguien que se burle de él. Enfrente, las ventanas del club permanecen abiertas hasta el amanecer. Ahí están los señores que no saben qué hacer con su tiempo ni con su dinero. Cuando se cansan de jugar, ordenan que toquen el silbato y regresan a casa en coche, gastando solamente una lira. ¡Ah, si pudiera estar en el pescante esa pobre mujer que

pasa la noche vendiendo café en un portal de la Galería, a dos centavos la taza! ¡Si ella supiera que ese señor lleva miles de liras en el abrigo, ganadas en dos horas de juego; ese señor que camina en la oscuridad, adormilado, a orillas del canal...!

¡Cuántos pobres diablos fingen entretenerse, yendo y viniendo a todo lo largo de la Galería desierta, soportando el viento helado que sopla en todas partes, esperando que el custodio se haga de la vista gorda para acurrucarse en el vano de una puerta con sus abrigos sucios y rotos!

Ellos no se quejan, no imprimen periódicos ni marchan en primera fila de las manifestaciones. Los manifestantes van a pie, no gastan en coche.

EN EL BAILE DE MÁSCARAS

Había llevado una canasta de botellas, de las que tienen el cuello plateado, al palco de la condesa, y, con el pretexto de esperar a que las consumieran, aguardaba, de pie, junto a la puerta. En el palco había cinco personas; era difícil que las bebieran todas y algo podría sobrar, incluso en los platos. Así, pues, le había dicho a sus mujeres: “Espérenme en la puerta del teatro, con la gente que ve pasar a los señores”.

Y allí, en la puerta del palco, los servidores lo miraban de reojo, con sus carotas de cura, cosa que ni siquiera hacían sus patrones, a quienes podía

ver a través de los cristales, mucho menos tiesos y vanidosos que sus sirvientes enfundados en sus flamantes libreas.

Entraban y salían de ese palco muchos señores de corbata blanca y flor en el ojal, semejantes a los lacayos de los carruajes de gala en un puerto de mar. Cada vez que se abría dicha puerta, se escuchaba un rugido de música y de alegría; veíanse las luminarias de los palcos de enfrente y una multitud de colores: rojos, blancos, azules; pecheras blancas, hombros y brazos desnudos. La condesa también tenía los hombros desnudos; inclinaba el cuerpo hacia el teatro, dando a entender que eso no le importaba. Un señor que estaba detrás de ella, con la nariz pegada a uno de sus hombros, le hablaba con mucha seriedad, y se quedó un buen rato en tal postura, contento de estar allí. Otra amiga, una hermosa rubia, mordisqueaba levemente su abanico, mirando hacia los demás palcos, como buscando el premio mayor de la lotería; luego miraba una y otra vez hacia la puerta del corredor con sus ojos celestes y su

bella carita rosada, cosa que ruborizaba al pobre Pinella, como si él tuviese algo que ver en ello. Ah, su Luisina estaba afuera, entre tanta gente; no le había parecido tan bonita ni cuando la esperaba los domingos a la puerta de los patrones, en la calle de San Antonio, después de haber peleado a golpes con el criado del piso inferior, obstinado en que la Luisina le hiciera caso sólo porque él tenía un abrigo con botones plateados.

Uno de los sirvientes, el de carota de cura y tieso como un poste, le preguntó:

—¿Y usted? ¿Usted qué hace aquí?

—Espero las botellas —respondió Pinella.

—¿Las botellas? Se las daremos después de la cena. Falta mucho, mucho.

“Ni estando loco”, pensaba Pinella, yendo y viniendo por el corredor. “De aquí no me muevo”.

Él había visto que su rentero había pagado diez liras para entrar al teatro, lo veía resoplar a causa de la gordura, rojo como un guajolote dentro de su pelliza, buscando el dinero en su billetera, palpándolo con sus dedos cortos. Por fortuna, no vio a

Pinella, porque era capaz de pedirle ahí mismo el dinero del alquiler. Ya había subido dos veces hasta el quinto piso del edificio, resoplando, para que le pagara. Pero la Luisina había pescado un reuma en una pierna después de pasar tantas noches vendiendo café en un portal de la Galería, y el poco dinero que Carlota ganaba vendiendo pantallas para la luz en la calle y en los cafés se había ido en el mes en que su mamá estuvo en cama.

Hasta en las escaleras y los corredores había mucha gente. Antifaces que gritaban y se perseguían; señoras encapuchadas, mocetones con el sombrero bajo el brazo, que las detenían para hablar con ellas en voz baja, en algún rincón oscuro. Pinella logró colarse hasta un pasillo, entre las bambalinas del escenario, detrás de un telón pintado en el que había varios hoyos hechos adrede para echar un vistazo. Allí se sintió muy cómodo. Parecía una linterna mágica. Veíase todo el teatro, lleno a reventar, repletos todos los palcos de los cinco pisos. Luces, piedras preciosas, corbatas blancas, vestidos de seda, bordados de oro,

brazos desnudos, piernas desnudas, gente vestida de gala, gritos, tamborazos, trompetas, botellas descorchadas, un hormiguero, una barahúnda.

—¡Qué bonito! ¿No? —le susurró al oído un criado joven, colado como él.

—¡Ya lo creo! —exclamó Pinella—. ¡Cuánto se divierten por cien liras!

Cerca de ellos, en una banca detrás del escenario, hallábase sentada una pareja de enmascarados, que también deseaban estar a solas para decirse un mundo de cosas. El joven se las decía al oído de ella, rozando con sus labios el cuello blanco y delicado de la joven, haciendo que sus ricitos temblaran sobre la nuca, como si tuvieran frío; sus hombros se estremecían, se ruborizaban, mientras ella inclinaba la cabeza, sin pensar que estaba enmascarada.

—¡Ya cayó! ¡Ya cayó! —dijo el emocionado vecino de Pinella.

Pero el pobre Pinella había notado que la muchacha era delgadita y tenía los cabellos castaños, como su Carlota. El otro insistía, insistía, con el

cálido aliento en el cuello de ella, que retiraba despacio, muy despacio, sus botitas de raso bajo la banca, como queriendo esconder sus piernas bajo la malla color de rosa que brillaba aquí y allá, como si también se ruborizara.

Ah, la Carlota esperaba afuera, en el frío, eso era cierto; pero Pinella lo prefería así.

—¡Ya está! ¡Ya está! —decía su vecino.

La muchacha se levantó, con la barbilla sobre el pecho; su seno se contraía como un fuelle bajo los bordados de oro falso. El joven la tomó de un brazo, atrayéndola, atrayéndola hacia él. Ella lo permitía, avanzaba hacia él, poco a poco, con piernas temblorosas.

—¡Lotería! —gritó detrás de ellos el vecino de Pinella, y la pareja desapareció entre la multitud.

Pinella se fue de ahí muy preocupado, pensando en que una vez había sorprendido a su Carlota en la Plaza de la Rosa platicando con un joven, en una situación más o menos parecida, con las mejillas coloradas y la barbilla sobre el pecho. Ella se defendió diciendo que era sólo un

cliente que necesitaba una docena de pantallas para su casa.

Montada sobre el antepecho de un palco de la primera fila, veíase a una joven vestida casi como su madre la trajera al mundo, sin máscara, con un rostro bello como el sol, que no necesitaba ocultar nada. Con una pierna colgando fuera del palco, amenazaba a todos aquellos que se ponían a tiro: a jóvenes, a viejos, a señores, a quienquiera que fuese, y, si alguien no agachaba la cabeza al pasar cerca de ella, hacía que la agachara por la fuerza. Nadie se lo tomaba a mal, por ser tan bella y alegre, con una copa en la mano y los brazos en alto; conocía a todos y los llamaba por su nombre. A un bello joven que le sonreía bajo el palco, con cierta arrogancia, le vació en la cabeza la copa de champaña. Uno de los allí presentes dijo:

—No hace ni un mes que ése se casó, y lo está viendo su mujer, que está sentada en la segunda fila.

Y la esposa, en la segunda fila, veía todo aquello con ojos muy abiertos, seria, muy seria.

“Es hora”, pensó Pinella, “de recoger el canasto de las botellas”.

El palco de la condesa tenía cerradas las cortinas rojas. Después de tanta alegría, todos estaban ya serios y taciturnos, pensando que debían retirarse. Apoyaban los codos en la mesa, atiborrada de luces y platería, con ramos de flores de cien liras botados en un rincón.

En un cuartito de enfrente, los criados comían deprisa, guardaban las cosas, embocando las botellas como si fueran trompetas, metiendo las manos enguantadas en las salsas y en los pastelillos, lustrosos y alegres como mascarones de fuente. El de la carota de cura, el arrogante, en cuanto vio llegar a Pinella, exclamó:

—¡Maldición...!

Y quiso sacarlo de ahí. Pero un viejecito, pálido y arrugado, que portaba una librea de color marrón, le dijo:

—¡No! ¡No! Déjenlo en paz. Hay para todos. ¡Estamos en carnaval, en carnaval!

Y le dio a Pinella una buena rebanada de pastel. Otro, con la boca llena, rezongó:

—Eso vale cien liras.

El viejecito, engallándose, agregó:

—Cuando yo estaba al servicio del duque, en cada baile de máscaras se descorchaban botellas por más de mil liras.

—¡Pronto! ¡Pronto! —llegó diciendo el de la carota, limpiándose la boca con una servilleta sucia—. Los amos ya pidieron los carruajes.

A Pinella le pareció que se iban cuando mejor estaba la cosa y, mientras recogía las botellas, no lograba entender cómo era posible que se gastara tanto dinero en pasteles de cien liras para luego aburrirse tan pronto. Después de haber bebido un poco, también se sentía calentito y alegre. Los palcos empezaban a vaciarse; por las puertas irrumpía la gente en la platea, como un río desbordado, con rostros encendidos, cabellos enmarañados, vestidos ajados, mallas arrugadas, corbatas chuecas, cabelleras apelmazadas, gritando, manoteando en medio del sonido desesperado de los trombones, de tamborazos, de un tufo caliente, de un frenesí que subía de todas partes, de una densa polvareda que velaba todo, como una niebla arremolinada;

y, en un rincón, unos señores con corbata blanca se abrían paso para ver a una pareja todavía más desenfrenada, con ojos ya fuera de las máscaras, como carbones encendidos, riéndose y haciendo muecas; senos, piernas desnudas entrelazadas con suaves retorcimientos de las caderas. Más allá, en la segunda fila, la bella recién casada con cara de niña, de pie junto al antepecho del palco, viéndolo todo, atónita, mientras su marido le colocaba la mantilla en los hombros, estremeciéndose al sentir el roce de los guantes de él.

La Luisina y la Carlota esperaban a la puerta del teatro, en la plaza cubierta de nieve, con los rostros colorados, dando saltitos, calentándose las manos con el aliento, en medio del gentío asombrado de ver pasar a las bellas damas embozadas en sus pellizas blancas dentro de los carruajes deslumbrantes. Y, en cada modesto coche de sitio que cruzaba la plaza, la Carlota veía a las parejas misteriosas, acompañando con sus ojos las mallas color de rosa, con la misma curiosidad de la recién casada.

EL CANARIO DEL NÚMERO 15

En vista de que en el cuchitril de los porteros jamás se veía el sol, y de que ellos tenían una hija raquíta, la sentaban en la ventana y la dejaban allí todo el día; los vecinos la apodaban *el Canario del número 15*.

Malia veía pasar a la gente; veía encenderse las luces al anochecer y, si alguien llegaba a preguntar por un inquilino, respondía por la mamá, la señora Giuseppina, que estaba en la cocina o leyendo los periódicos de los vecinos.

Si aún disponía de un poco de luz, bordaba con sus manos pálidas y largas; y un jovencito,

que trabajaba en la imprenta de enfrente, al ver siempre aquella carita tan delicada, con leves ojeras azules, se había, digámoslo así, enamorado de ella. Pero el día en que se enteró de la historia del “Canario”, cuyo cuerpo estaba muerto hasta la cintura, no volvió a mirarla al entrar y al salir de la imprenta.

Ella lo notó de inmediato, pese a estar acostumbrada a que nadie la mirara. Y la escasa sangre que le quedaba le teñía de color de rosa el rostro pálido cada vez que oía los pasos del jovencito en el empedrado. La callejuela, húmeda y oscura, le parecía alegre con aquel tallito de planta magra que se movía tras las ventanas oscuras de la imprenta, con tanto trajín de poleas y de bandas de cuero, largas, largas, que no acababan nunca y embriagaban su cerebro. En los muros había grandes hojas impresas, que ella leía una y otra vez, aunque se las supiera de memoria. Seguía leyéndolas durante la noche, con la imprenta a oscuras, cuando su padre volvía a casa cantando: “Oh Beatriz, el corazón me dice”.

También a ella se le henchía el corazón al oír esa tonada, mientras los chiquillos, bajo una niebla tupida, pasaban cantando y golpeando los zuecos contra el terreno escarchado. Escuchaba, escuchaba, con la cabeza inclinada, repitiendo la canción en voz baja, como un canario que pudiera imitarla.

Se volvió medio coqueta. Todas las mañanas, antes de que la sentaran junto a la ventana, peinaba bien su cabellera, adornándola con un clavel, si lo tenía. Y cuando su hermana Gilda se emperifollaba cada vez que iba a ver a la costurera, con un velo negro en la cabecita maliciosa, Malia se le quedaba mirando con la dulce sonrisa melancólica de sus labios pálidos; luego la llamaba con un movimiento de cabeza, para darle un beso. Un día que Gilda le regaló un moño que ya no usaba, ella se puso roja de contento. Muchas veces moría en sus labios el deseo de preguntarle a la hermana si había leído en los periódicos que hubiese un remedio para ella.

La pobrecita no se cansaba de esperar a que aquel joven volviera a mirar otra vez hacia la ventana. Esperaba, esperaba con los ojos vueltos a la

calleja, mientras sus dedos descarnados hacían correr la lanzadera. Pero después lo vio acompañando a Gilda, paso a paso, con las manos en los bolsillos, para luego detenerse y conversar con ella en la puerta.

Sólo veía la espalda de él, que hablaba con emoción, y a Gilda, pensativa, que raspaba el empedrado con la punta de su sombrilla. Ella dijo:

—Aquí no, porque está Malia, que es la centinela. Es una lata.

Finalmente, un sábado, el jovencito entró a la casa en compañía de Gilda y se pusieron a conversar con la señora Giuseppina, que asaba castañas en la ceniza caliente. Se llamaba Carlini; era soltero, cajista en la imprenta, y ganaba treinta y seis liras a la semana. Antes de irse, se despidió también de Malia, que estaba en lo oscuro, cerca de la ventana.

A partir de entonces, él empezó a ir con cierta frecuencia; después, casi todas las noches. La señora Giuseppina empezó a verlo con buenos ojos, por ser educado y porque nunca llegaba con las manos

vacías: dulces, mandarinas, castañas asadas; a veces, una botella de buen vino. En tales ocasiones, también estaba presente el padre de la muchacha, el señor Battista, que lo trataba como a un hijo, y hasta llegó a decirle que él le haría el primer traje. Tenía la mesa, las tijeras de sastre, la plancha, el perchero y el espejo para los clientes. Por el momento, el espejo le servía a Gilda. Mientras el joven esperaba a la novia, se ponía a platicar con Malia: le hablaba de su hermana, de cuánto la quería, de que estaba guardando dinero en una caja de ahorros. Apenas regresaba Gilda, se ponían a susurrar en un lugar apartado, con las bocas muy juntas, tomándose de las manos cuando la mamá no los veía.

Una noche, él le dio un beso detrás de la oreja, mientras la señora Giuseppina bostezaba cerca del fuego. Carlini pensó que nadie los veía, sin parar mientes en la presencia de Malia, de la que siempre se despedía. Un domingo llegó muy contento, con la nueva de que había encontrado la casa que necesitaba: dos habitaciones en Porta Garibaldi, y con la posibilidad de comprarle el mobiliario

al inquilino que se iba, un pobre diablo lleno de deudas que ya no podía pagar el alquiler. Carlini estaba tan feliz que le dijo a Malia:

—¡Es una lástima que usted no pueda verla!

La joven se ruborizó. Sin embargo, le dijo:

—Gilda estará contenta, ella estará contenta.

Pero Gilda no parecía muy contenta. Carlini empezó a esperarla inútilmente; se quejaba con Malia de su hermana, diciéndole que ella no lo quería tanto como él, que le escatimaba el buen trato y todo lo demás. El pobre joven no dejaba de lamentarse; le relataba las cosas con todo detalle: alguna palabra que ella le había dicho, qué bonito sonreía, cómo se había dejado besar. Al menos tenía el consuelo de desahogarse con Malia. Le parecía que hablaba con Gilda, por ser las dos tan semejantes allí, en la penumbra, mientras lo escuchaba con aquellos ojazos. Llegó incluso a tomarla de la mano, olvidando que estaba medio muerta en aquella silla.

—Mire —le decía—, ¡quisiera que Gilda fuera usted, que tiene tan buen corazón!

Permanecía allí durante muchas horas, con las manos en las rodillas, hasta el regreso de Gilda. Al menos podía oír el trotecillo de sus tacones, ver su carita colorada por el frío, y aquellos hermosos ojos, que recorrían toda la habitación antes de entrar. Gilda era vanidosilla y ambiciosa; le había prohibido que la acompañara en la calle con su bata azul de obrero. Una noche, Malia la vio regresar a casa en compañía de un señorito, cuya brillante chistera casi rozaba el alféizar, y se detuvieron en la puerta, como lo había hecho con Carlini; pero a éste no le dijo nada la hermana.

Carlini estaba en quiebra. El alquiler de la casa, los muebles que debía pagar, los regalitos para la muchacha y el tiempo que perdía acabaron por agotar la paciencia del dueño de la imprenta, que le preguntó: “¿Qué demonios te pasa?”. Y se lo contó a Malia, rogándole:

—Por favor, dígaselo a su hermana.

En cuanto lo supo Gilda, se encogió de hombros y le respondió a Malia:

—¡Quédate con él!

En año nuevo, Carlini le llevó de regalo un buen corte de lanilla a rayas rojas; tan rojas que Gilda no podía dejar de reír, diciendo que le quedaría bien a alguna campesina de Desio o de Gorla, como las había visto en Loreto. El joven estaba mortificado, con el corte en las manos; lo dobló poco a poco, luego le preguntó a Malia si ella lo aceptaba.

Era el primer regalo que Malia recibía, y le pareció una gran cosa. La señora Giuseppina intentó disculpar a Gilda diciendo que ella era una muchacha de gusto refinado, de gran señora, a quien era difícil dejar satisfecha. Y solía decir: “Esa muchacha no me preocupa”.

Gilda llegaba, con gran frecuencia, ora con una mantilla nueva, ora con zapatillas que le apretaban los pies, ora con un sombrero peludo, que sombreaba sus ojos lucientes, igual que dos estrellas. Una vez llegó luciendo un brazalete de plata, con una gran amatista, gruesa como avellana, el cual hizo pasar de mano en mano por todo el vecindario. La madre gozaba propalando los crecientes ahorros hechos por la hija. Malia también quiso

verlo; el padre extendió la mano, pidiendo que se lo prestara por una noche, a fin de mostrarlo a sus amigos en la tabaquería y la vinatería del barrio. Pero Gilda se rebeló. A partir de entonces, el señor Battista la regañaba cada vez que ella volvía tarde a casa; se desahogaba con Carlini, que seguía perdiendo el tiempo y los regalitos con aquella ingrata, que se portaba tan mal hasta con sus progenitores. Y un buen día Gilda les proporcionó el pretexto para que ya no la esperaran en lo sucesivo.

Pese a las bravatas del señor Battista, la tristeza reinó en esa casa. La señora Giuseppina no hizo más que rezongar y reñir con el marido toda la noche. El señor Battista se metió a la cama muy borracho. Malia oyó hasta el amanecer los pasos de Carlini, quien la esperó paseando por la calle.

La señora Giuseppina, que vendía periódicos en la esquina de esa misma calle, contó que habían visto a Gilda en la Galería, vestida como una dama. El padre juró que iría con Carlini a buscar a la sangre de su sangre, y ese domingo tuvieron que llevarlo a su casa, casi en vilo, porque no podía mantenerse en pie.

Carlini se llevaba bien con el señor Battista. Trabajaba sólo cuando era indispensable, ahora aquí, ahora allá, en pequeñas imprentas; lo acompañaba a la hostería y regresaban a casa tomados del brazo. Se convirtió en otro miembro de la familia. Encendía el fuego y el gas de las escaleras; ordenaba los instrumentos del sastre, en caso de que llegara a utilizarlos; barría el patio a fin de que la señora no se cansara, dado que su marido poco estaba en casa. La señora Giuseppina, por gratitud, le repetía que Gilda lo quería bien, que volvería en cualquier momento. Él meneaba la cabeza, pero le gustaba conversar con la vieja y con Malia, que tanto se parecía a la hermana. Sentía un gran consuelo cuando ella lo escuchaba, en medio de la penumbra, mirándolo con aquellos ojazos. Y una vez, luego de haber estado en la hostería, dejándose llevar por la ternura, le dio un beso.

Malia no gritó, pero se puso a temblar como una hoja. No estaba acostumbrada a eso, y la mamá nunca la vigilaba. Al día siguiente, ya con la cabeza despejada, Carlini llegó a conversar

con ella, despreocupado e indiferente. Pero la pobrecita seguía sintiendo aquel beso en la boca y el agrio aliento de él, que no la abandonaron en toda la noche. Empezaba la primavera, y ese beso duraba como fuego vivo. Malia empezó a sufrir y a consumirse poco a poco. La madre le decía a la señora Carolina y a la portera del edificio de junto que el mal le subía de las piernas. Así se lo había dicho el médico.

El mes de marzo fue lluvioso. Todo el día se escuchaba el agua del canalón que caía sobre el techo de vidrio de la imprenta, y la gente se enlodaba al caminar en la calleja. A cada rato se detenía un coche mojado ante la puerta; se oían postigos cerrados de golpe.

—¡Ha de ser Gilda! —exclamaba la madre.

Pero Malia, pálida y con los ojos clavados en la puerta, guardaba silencio. Luego, en la hora melancólica, cuando hasta la ventana se oscurecía, pasaba el pregón lamentoso del vendedor de periódicos: “¡*El Siglo!* ¡*El Siglo!*”, como una melancolía infinita.

Pero Gilda no llegaba.

Cuando hubo terminado el mal tiempo, la vendedora de periódicos y otros vecinos proyectaron una excursión campestre. Y Carlini, que pasaba tanto tiempo en aquella casa, fue también. En la tarde bajaron del tranvía muy achispados, llevando en las manos ramitos de margaritas y otras flores del campo. Carlini, por caballerosidad, y porque no sabía qué hacer con ellas, le regaló a Malia un ramo de flores. La pobre enferma se puso feliz, como si le hubiesen llevado toda la campiña. Desde su ventana había visto la brillantez de ese día, sobre el muro de enfrente, que parecía más claro, con la plantita del balcón, que mostraba las primeras hojas. Ella quería que trasplantaran aquellas florecitas para que no murieran; pidió que colocaran un poco de tierra en algún traste viejo, de los tantos que había en la cocina. Un capricho de moribundo, desde luego. Le dijeron, riéndose, que aquello sería como hacer que caminara un muerto. A fin de contentarla, pusieron algunas en un vaso con agua, sobre la cómoda, y, para tenerla

feliz, sacaron a colación el corte de lanilla a rayas rojas, con el cual ella misma se haría un vestido cuando se sintiera mejor. Su padre tenía tijeras, hilos y todas las herramientas necesarias. La pobre los escuchaba, mirándolos a la cara, uno tras otro, sonriendo como una niña. Al día siguiente, las flores del vaso estaban muertas. El aire faltaba en ese cuchitril.

El verano crecía. Era preciso tener abierta la ventana noche y día, a causa del calorón. El muro de enfrente estaba amarillento y agrietado. En las noches de luna, la claridad bajaba a la calleja, con pálido reflejo. Las madres y los vecinos platicaban en las puertas.

En la fiesta de la Asunción, el señor Battista se puso una gran borrachera y terminó por golpear a la señora Giuseppina. Carlini, por andar de pacificador, se llevó un puñetazo que lo dejó medio ciego.

Esa noche, Malia empeoró a causa del zafarrancho; el médico dijo claramente que la pobre muchacha pronto dejaría de sufrir.

Ante tal noticia, el padre y la madre hicieron las paces; Gilda reapareció, vestida de seda, sin que nadie supiese quién se lo había dicho.

Malia, en cambio, creía que estaba mejor, y pidió que le extendieran en la cama el corte de Carlini, “para estar de fiesta”, según ella. Estaba sentada en la cama, apoyándose en los cojines; a fin de poder respirar, agitaba los brazos enjutos, como las alas de un pajarito.

La señora Giuseppina dijo que era necesario ir por el cura; pero el padre, que siempre había despreciado esas necedades, igual que *El Siglo*, se fue a la hostería en son de protesta. La señora Giuseppina encendió dos velas, luego puso una servilleta en la cómoda. El rostro de Malia se inquietó al ver semejantes preparativos, pero se confesó con el cura, sin olvidar el beso de Carlini. Enseguida pidió que la madre y la hermana no la dejaran sola. Esperaron al padre, desde luego. La señora Giuseppina dormitaba en el sillón; Gilda conversaba en voz baja con Carlini, cerca de la ventana, creyendo que Malia dormía. Así, la pobre

se fue al otro mundo sin que nadie se enterara, y los vecinos dijeron que había muerto precisamente como un canario.

Al día siguiente, el padre lloró como un becerro y la madre suspiraba:

—¡Pobre angelito! ¡Dejó de sufrir! Tan acostumbrados como estábamos a verla sentada allí, junto a la ventana, como un canario. Ahora nos parecerá que estamos más solos que los perros.

Gilda prometió ir más a menudo y dejó dinero para el funeral. Pero, poco a poco, escasearon las visitas de Carlini, y, puesto que luego se cambió a San Miguel, dejaron de verlo.

Con el propósito de cambiar de vida, el padre mandó clavar una tabla bajo la ventana, en la que pintó la palabra “Sastre”, la cual sigue allí, como *el Canario del número 15*.

AMOR SIN VENDA

Battista, el zapatero remendón, murió de un infarto al saber que Tonio, su colega, había abierto un taller en Cordusio, y él no. A la viuda le disgustaba seguir siendo partera en el Barrio de los Hortelanos, flaca como una anchoa y con manos tan descarnadas que parecían hechas adrede para ese oficio. Se desvivía por su hijo Sandro, un joven prometedor, que “Dios mediante, la vería morir en sábanas de tela fina, como había nacido”, decía la señora Antonietta a todo el vecindario, cubriéndose la nariz con sus dedos amarillos cuando subía ciertas escaleras.

De la hija no hablaba nunca: era portera en San Pietro del Huerto, y el marido la hacía vivir en la miseria.

Sandrino también tenía una ilusión: empezó a tenerla una vez que el patrón lo condujo a la Galería a ver el baile del vientre. La señora Antonietta se hacía de la vista gorda porque Sandrino era el moreno más hermoso de Milán —¡y lo decía no sólo por ser hijo suyo!, sino también por ganarse cincuenta centavos cada noche bailando la tarantela de Masaniello disfrazado de pícaro—. Decían que la condesa, desde su palco a mano izquierda, se lo comía con los ojos.

A él no le interesaba la condesa, porque parecía una longaniza envuelta en papel de estaño; pero le gustaba andar con sus compañeros, que se morían de envidia al verlo paseando todo el día, razón por la cual lo llamaban “señor conde”, pero sólo por envidia.

Los domingos, con su mejor chaqueta y el puro de Virginia al aire, paseaba por la avenida, tan alto como era, mirando pasar a las condesas.

Cuando era necesario, hablaba de tantos que habían empezado como bailarines o como comparsas, igual que él, quienes, con el pasar del tiempo, llegaron a ser coreógrafos, caballeros inmensamente ricos, en fin, grandes artistas, como el maestro Verdi. “Artistas con suerte”, repetía la madre. “No; es preciso algo más”, rebatía él. Ella le había echado el ojo a la hija única del dueño del edificio, un carbonero; se trataba de una gordota con nariz de trompeta y manos llenas de sabañones. Cuando muriera el padre, le quedarían el coche y los caballos. Por eso cuidaba a la huerfanita como a la niña de sus ojos, la peinaba y la acariciaba como si fuera su madre. En las funciones a beneficio de la familia artística, cuando el Teatro de la Scala aparecía casi vacío, conseguía boletos de cortesía y llevaba al baile a toda la familia: al carbonero, con camisa blanca; a la muchacha, apretada en su vestido de seda azul celeste, para que vieran a su Sandro portando un pantalón con lentejuelas doradas, que ponía a temblar la araña de luces.

¡Un muchacho de gran talento, del que mucho esperaba ella, siempre y cuando no cometiera la tontería de enredarse con alguna condesa, porque ella sabía muy bien quiénes eran! El carbonero abría desmesuradamente los ojos al ver a las bailarinas; estaba con la cara muy roja, congestionada, como a punto de reventar.

Pero Sandrino nada quería saber de la carbonera. Él estaba enamorado de Olga, una muchacha con “cuerpo de bailarina”, con carita de gata y hermosas ojeras, que aún no cumplía los dieciséis años. La madre de ella, verdulera en la calle de la Vetra, solía decirles a las vecinas:

—Yo no quería que fuera bailarina; pero esa muchacha lo trae en la sangre.

Cuando Olga hacía manojos de zanahorias, con las manos sucias, se llamaba Giovanna, y poníase un vestidito viejo y raído. Cuando a Carlotta le regalaban un listón viejo, se apartaba de ella para polverse la cara, y decía llena de contento:

—¡Miren, si yo fuera Carlotta! ¡Aquí se me estropean las manos!

Y estando a solas, frente al espejo de la bailarina, se alzaba la falda, estudiaba los pasos y los gestos, meneaba las caderas.

En un principio, permanecía sin hacer nada en la Scala, parada en cuatro patas, como pelícano, sin saber qué hacer. Sandrino empezó a protegerla de las otras muchachas, que la colmaban de apodos.

—No les haga caso, Giovannina. Son canallas y soberbias gracias a los vestidos. ¡Si usted viera en el vestidor la ropa interior que ellas usan!

Ella, por gratitud, se le quedaba mirando, con aquellos ojos que lo hacían perder la cabeza.

La primera vez que se dejó robar un beso, en el corredor a oscuras, se le pegó al cuello, como una sanguijuela, y juraron que se amarían hasta la muerte. La señora Antonietta, enfurecida, no soportaba que se hablara de tal muchacha, y casi perdía la razón cada vez que Sandrino la llevaba a su casa los domingos. Sólo el carbonero la recibía amablemente: le pellizcaba un cachetito con su mano sucia, dejándoselo lleno de tizne. Eso le

disgustaba mucho a Sandro. En fin, la madre de él fue a hablar con la de ella:

—¿Qué tenían en mente los presuntuosos? ¿Casar a Sandrino con una que enseñaba las piernas a cambio de cincuenta liras al mes? ¡Muchas eran las que lo pretendían, mejores que Olga, con tal de alcanzar el sol y la luna!

—¡El sol y la luna —rebatió la verdulera—, con tan buen oficio el de su madre, que a cada rato tienen que llamarla de la comisaría!

Esta vez, Sandrino recibió algunas cachetadas al querer poner la paz; y Olga, la causa inocente, con tal de consolarlo, después le saltó a las rodillas sin más ropa que el calzoncillo, como si fuera una niña.

—¡Sólo esperen a ver cómo será cuando aprenda un poco más! —decían sus compañeras de la escuela de baile.

Mientras tanto, empezaron a rondarla los moscardones de la orquesta. Sandrino empezó a regalarle boletos y ramos de flores a Nana, por estar empeñado en querer enderezarle a dicha joven las

piernas torcidas. Olga resistía. Pero cuando el barón de la butaca le plantaba encima el monóculo, la muchacha alargaba la pierna, lanzando miraditas negras y endiabladas.

Carlotta, al ver que esa pordiosera, recogida por ella misma en su puerta, quería quitarle el pan, lanzaba rayos y truenos en contra de Sandrino, que veía y callaba.

—¡No; no me quedo callado! —exclamaba Sandrino—. ¡Luego podrá oírme, si eso es cierto!

Una noche, mientras se vestía para el baile, con sombrero de plumas y capa bordada en oro, vio pasar a Nana por el pasillo de las bailarinas con un ramo de flores en las manos, y empezó a vociferar:

—¡Por la sangre de...! ¡Por el cuerpo de...!

Pero no pudo decir más, porque en ese momento los llamaban a escena. Olga fue la última en aparecer, excesivamente maquillada y moviendo las caderas como nunca, como si esa noche hubiera ganado el premio mayor en la lotería.

—Olga —le dijo Sandro junto a la fuente de cartón, mientras las muchachas giraban haciendo

revolar las falditas—. Olga, deja de coquetear; de lo contrario, vas a arrepentirte...

Olga hubiera podido estar en la primera cuadrilla; tanto movía los brazos y las caderas que no podía pasar desapercibida.

—¡Ese descarado no le quita los ojos de encima! —rezongaba él, mientras perneaba con gracia, sosteniendo la guirnalda de flores de tela bajo la cual pasaba y volvía a pasar Olga, con todas las velas desplegadas. Ella, para salir del paso, le dijo que aquel señor pagaba para que lo divirtieran.

—¡Y tú le das ese gusto! —repetía Sandrino—. ¡Lo haces adrede! ¡Cuando pasas bajo la guirnalda te agachas demasiado, como si yo fuera un enano!

—¡Me agacho cuanto quiero! —ella explotó al fin.

Para colmo de males, el director lo multó a él. Al verla tan testaruda, con ojos tan endiablados que eran capaces de mover las cosas, él se la comía con sólo mirarla, igual que el otro, y bailaba perdiendo el paso, a causa de la rabia. Olga

bailaba alejándose de él, sin dejar que la tocara. Al fin, en el galope final, él pudo susurrarle muy cerca de la nuca:

—Si buscas novio en las butacas, yo también hallaré algo en los palcos.

—¡De acuerdo! —respondió ella—. ¡Ingéniate!

Él se despojaba de la perilla y demás disfraces, los mismos que arrojaba sobre una mesa grasienta, jurando que abordaría a la condesa. Pero ésta, al pasar cerca de él en el pórtico, no se volvió a verlo, y el cochero, abrigado hasta la nariz, estuvo a punto de atropellarlo con el carruaje.

Sandrino volvió, cabizbajo, a la calle de los Filodramáticos, donde las muchachas salían en tropel, y la Irma decía pestes en contra del banquero, que no la había esperado en el pórtico de la Academia. Olga fue la última en salir; caminaba lentamente, con su chalecito blanco, que daba frío sólo de verlo, y un ramo de rosas bajo la nariz.

—¿Viste que Irma se da a respetar? —le dijo a Sandro—. ¡Y se trata de un señor que tiene caballos y carruaje!

Sandrino, en cambio, quería que le dijera quién le había dado aquellas rosas. Pero ella no se lo dijo. Luego inventó que se las había regalado la Rubia.

—Vienen de Génova —observó—. ¡Y cuestan mucho!

Poco más adelante, al llegar a la esquina de la vía Torino, pasó cerca de ellos un carruaje, y el señor de la butaca se asomó a la ventanilla para enviarle un beso a la muchacha. Sandrino lo insultó, enfurecido, y quiso alcanzar al carruaje; pero ella lo detuvo, aferrándolo por el abrigo pasado de moda.

—Claro: ¡ellos tienen dinero! ¡Pero te juro por Dios que...!

—Si me acompañas para hacer estos papelones, prefiero ir sola.

—¡Sé que estás harta! Si lo estás, ¡dímelo y me largo!

Ella no respondía; caminaba inclinando la cabeza y meneando las caderas. Sandrino se calmó poco después. Cuando estaba con Olga no sentía el frío ni el cansancio, y podría acompañarla hasta el fin del mundo. De pronto, dijo ella:

—Algunas veces podrías tomar un coche de sitio. Con tanto frío, siento la nieve en los agujeros de los zapatos.

—¿Quieres que tomemos un coche de sitio?

—No; ya es inútil. Por lo demás, a honras de qué... Hace dos años que tengo este chalecito, ¡que ya parece una telaraña! ¡Como si tu madre no hubiese venido a mi casa a decir que querían robarle a su hijo! No somos pordioseros, ¡tenlo por seguro!

—¡Olvídalo! ¡Olvídalo! —decía él mientras miraba que metía la llave en la cerradura—. ¿Te vas sin darme un beso?

Olga se lo dio y, de inmediato, cerró la puerta.

Al día siguiente, Sandro logró que el principal le adelantara quince liras, con las cuales compró unos maniquetes y una esclavina de piel de gato. Pero Olga no fue al ensayo y la multaron al día siguiente; él desembuchó las liritas una tras otra, sonriendo, como si no le importara.

—¡Cuánta riqueza! —exclamó Sandrino masti-cando veneno—. ¡La señora Olga se sacó la lotería!

Juró que la abofetearía cuando la viera con el barón, ¡palabra de honor! Y un domingo se las dio de verdad, en el Café del Mirlo del parque público, mientras ella tomaba un sorbete, con los guantes hasta el codo, bajo un gran sombrero adornado con plumas. ¡Paf, paf! El barón, pálido como un papel, quiso intervenir; pero Olga se lo llevó de ahí, gritando que no valía la pena ensuciarse las manos con aquel zarrapastroso.

—¡Zarrapastroso! —gritó Sandrino—. ¡Ahora que te va mejor, soy un zarrapastroso! ¡Pues tu barón parece un tísico moribundo! ¡Es verdad que en este mundo todo depende del dinero!

Y empezó a poner ojos de borrego cada vez que miraba a Mariettina, la hija del dueño de la casa, en el patiecito hediondo.

—¿Cómo está usted, Mariettina? ¡Qué hermoso día tenemos!

La madre de ella murmuraba:

—Ese muchacho está perdidamente enamorado de ella. ¡Es una desgracia, una desgracia!

Y enjugaba sus lágrimas con el delantal. Marietta se sentía aún más ancha. Bajaba al patio a tomar

aire y los dos se perdían en la escalerita. El padre de ella, siempre en medio del carbón, no se enteraba de nada. Cuando la señora Antonietta vio que aquello subía de tono, dijo que se llevaría a la hija a otra parte, para impedir el mal mientras había tiempo.

Sandrino suspiraba al mirar a la muchacha; los dos preferían arrojarse al canal antes que separarse.

—¿No te lo dije? —exclamaba la madre, temblando de miedo sólo de pensar que podía suceder una desgracia.

Ese escrúpulo le impedía cerrar los ojos durante la noche, y le suplicó a su confesor que hablara con el padre de la muchacha. Pero el carbonero, que tenía un alma más negra que la pez, no quiso oír razones.

—¡Mentiras! ¡Es una invención de la partera, que no se contenta con desempeñar ese oficio!

Y la Mariettina, a fin de probar que era cierto, huyó de casa con Sandro. Él le había dicho, como a Olga: “¡O usted o nadie!”.

De tal modo, Sandrino tuvo a Mariettina, pero sin dote. La partera, por decoro, tuvo que aceptar todo aquello. El suegro se reconcilió con todos y empezó a decir que, al ver a aquellos dos tortolitos, se le antojaba hacer lo mismo. Pero se habían llevado a la hija, y él se sentía solo.

La señora Antonietta, ladrando como un perro de caza, descubrió que el viejo “impostor” había caído en las garras de Olga; que vivían en Porta Renza, lo cual le costaba un ojo al viejo avaro: apartamento, sirvienta y muebles de caoba. El viejo deseaba casarse con ella, para no gastar tanto y ponerse en paz con Dios. Olga, que ya no era una muchachita, pensaba en el porvenir y estaba dispuesta a casarse.

Sandrino, al ver que le llevaban a casa semejante noticia, se enfureció tanto que quiso abandonar a su mujer. Al fin y al cabo, con la hija única o sin ella, siempre tendría que usar la hilaza en el taller del zapatero. Su madre, más juiciosa, lo calmó, diciéndole que era mejor tener cerca a la suegra, para vigilarla. “¡Lo malo es que puede endilgarle

un hijo!”, observaba ella, que sabía de esas cosas. Y, si el viejo no había reventado hasta entonces, ni modo: el sacramento del matrimonio suele hacer peores milagros que ése.

A Olga, ya sintiéndose señora, le salieron mal las cosas al ponerse en paz con Dios, y le tocó soportar al marido, que deseaba recuperar el dinero gastado, y, por añadidura, la señora Antonietta, resignada, nunca la dejaba sola, para demostrarle que la había perdonado.

—Deben acabarse todos esos sinsabores —les decía a Olga y a Sandro—. Ahora son como madre e hijo.

Olga, aburrida de no ver a nadie más en casa, se reconcilió con Sandrino. A él le parecía haber vuelto a otros tiempos, cuando no estaba gorda. Hasta se olvidaba de Marietta, a la cual se había echado a la espalda a cambio de nada. La otra seguía teniendo en los ojos lo que siempre encendía su sangre, y cuando le dio un beso para hacer las paces sintió lo mismo que sentía cuando la besaba todas las noches en la calle de la Vetra.

—¡Qué bellos tiempos aquellos! ¿No es verdad, señora Olga?

Ella le contó que Irma se casó con el banquero, y que Carlotta se fue a América en busca de fortuna.

—¡Sólo yo no tuve suerte!

—¡Mira bien lo que haces! —le decía la señora Antonietta—. Si tiene un hijo del viejo, luego disfrutarán de la herencia.

Marietta, ahí presente, aprobaba con movimientos de cabeza.

—¿Están locas? —protestaba Sandro—. ¿Con el dinero de mi mujer? ¿Por quién me toman?

Él cortejaba a la madrastra sin otro fin que el de tenerla a la vista, ni más ni menos, como lo hacía la señora Antonietta. La acompañaba a la vía de la Vetra, puesto que Olga no era soberbia y le gustaba estar en el taller, como cuando era muchacha. La verdulera les decía:

—¡Miren nada más! ¿Quién lo hubiera dicho? Sin embargo, han vuelto. ¡Pero su madre es una deslenguada, señor Sandrino!

—¡No hablemos de eso, no hablemos de eso!
—repetía él.

En la noche, al salir de ahí, Olga lo tomaba del brazo, como si le dijera: “¿Se acuerda?”.

Sucedía en aquella misma callejuela, oscura y tortuosa. Una vez que no pasaba gente por ahí, él la estrechó entre sus brazos. A partir de entonces, ya no tuvieron paz: la sangre hervía en las venas de los dos, se seguían como los gatos en febrero. La señora Antonietta lo reprendía:

—¡Mira bien lo que haces! ¡Piénsalo bien!

Pero Sandro, turbado, con los cabellos enmarañados y los ojos extraviados, repetía una y otra vez:

—¡No! ¡No! ¿Está usted loca? ¡Debería estar tranquila!

El viejo estaba celoso de las visitas de la madre y de la gente que no faltaba en su casa. Se quejaba de que le habían dado una moneda falsa, de que la verdulera se iba siempre con su dinero, de que ésta llegaba incluso con la otra hija y que todos comían a costa suya. Estos disgustos le acertaron la vida.

Olga estaba conversando con Sandrino cerca de la bomba de agua, con el balde en la mano, dado que ya cualquier pretexto era bueno para encontrarse. Él, tembloroso, quería quitarle de las manos el balde.

—¡No! ¡No! —decía ella, con la cabeza inclinada y el pecho jadeante, porque estaba celosa a causa de Marietta. Sandro le decía que Marietta era otra cosa, que podía jurarlo. La quería bien, sí, pero...

En ese momento gritaron en la ventana, diciendo que el marido de la señora Olga estaba muy grave. Sandrino llamó de inmediato a su mujer y a su suegra, y poco después se acercaron a la cama del enfermo, que mostraba muy mala cara. En cuanto el viejo se hubo recuperado un poco, antes de la llegada del cura, mandaron a llamar al notario. Y el moribundo, a punto de comparecer en el juicio de Dios, farfulló:

—Mi herencia es para quien le toque —y se fue en santa paz.

En cuanto a Olga, la echaron de ahí a patadas, y Sandrino juró que no la perdería de vista ni

cuando se cambiara de ropa interior, a fin de que no se llevara nada de su Mariettina. Ella, estando aún en la escalera, gritaba que el viejo ladrón le había robado su juventud; que iba a pelear y a divulgar todas las porquerías de aquella familia. Pero Sandrino, reteniendo a su mujer, la acariciaba y le decía:

—¡No le hagas caso! ¡Déjala gritar! ¡Tú sabes que es una mujerzuela y que no vale la pena envenenarse la sangre por ella! Ahora estaremos contentos.

LA HOSTERÍA DE LOS BUENOS AMIGOS

La primera vez que Tonino fue llevado a la comisaría, el último sábado de carnaval, fue a causa de las mujeres de San Vittorello, después de que el Huérfano se lo llevara a parrandear con el dinero que había ganado Tonino en la semana. Por fortuna, no le hallaron encima la gran llave con la cual descalabró al Magnocchi.

Habían comido y bebido en la hostería de Los Buenos Amigos, en San Calmero, en compañía de Basletta y Marco el Enano, invitados por el Huérfano. Pagaba Tonino.

Después de estar allí, engallado por su esplendidez, Tonino les dijo:

—¿Vamos al Carcano?

Esa noche había baile de máscaras. Pero enseguida, medio arrepentido de lo que hacía, se puso a contar el dinero que le quedaba.

Los otros se burlaban de él:

—Le tienes miedo a tu mamá, ¿eh? O a la Barberina, que te agarra a nalgadas como si fueras niño.

Cuando iban al baile de máscaras, los tres pagaban el boleto con empujones, y eran capaces de entrar delante de los mismos guardias, con el puro en la boca. Ya dentro del teatro, manoseaban y pellizcaban a las mujeres enmascaradas, porque sólo a eso iban. El Enano y Basletta fueron expulsados de allí, a coscorriones, mientras Tonino se iba a beber con una “salvaje”, la cual no dejaba de pelear con los “sombrerudos” a causa de su faldita de plumas, que ondeaba como una bandera. En el café, con los codos en la mesita, dijeron muchas tonterías. La “salvaje” reía a carcajadas, con los pechos casi de fuera. Tonino le habría pagado lo

que ella quisiera, de acuerdo con lo que le quedaba en el bolsillo, con tal de seguir viendo aquellos ojos ladrones, pintados con carbón, y aquella flor de tela en los cabellos, que le hacían el efecto de una borrachera. Le sugería esto y aquello, como si fuera un parroquiano habitual del Café de la Rosa, allí, en San Celso. Y el Huérfano, que llegó poco después, dijo que Tonino podía pagar porque era hijo de la verdulera más importante del mercado. Pero la muchacha quería seguir bailando, ¡desde luego!, y sólo deseaba volver al baile de máscaras. Además, no tenía sed, ¡gracias! Tonino se encendió.

—¡Bailemos otro vals, preciosa!

Y lo bailaron. Él desplegó todo el garbo de joven de café, bien peinado, balanceando el pecho y entrelazando sus piernas con las de ella, juntando su pecho al de ella, que le enharinaba el traje.

—¡Déjeme ir, querido señor! Ahí está mi pareja de baile, que me pagó el disfraz. Es ese turco que nos mira con malos ojos. Si quiere que volvamos a vernos, ya sabe dónde vivo, en San Vittorello. Pregunte por Assunta.

Tonino, rojo como un gallo, sentíase capaz de comerse vivo al turco. El Huérfano, que nada tenía que hacer, lo calmaba diciéndole:

—Ya párale. Es mejor que vayamos a beber.

Afuera los esperaban Marco el Enano y Basletta, masticando una colilla de puro y con las manos en los bolsillos. A fin de entrar en calor, fueron al Gaina. Tonino, con la sangre que ya le hervía a causa del vino, de los celos y de oír que él estaba pegado a la falda de su hermana, sólo pensaba en la venganza. ¡Iría a esperar a Assunta ante las mismas barbas del turco, precisamente en su puerta, en San Vittorello! Marco el Enano y Basletta se reían de él a más no poder.

Tonino, a fin de que lo tomaran en serio, les prometió que habría camorra.

—¡Olvídate de eso! ¡Nadie te va a abrir a esta hora! ¡Mejor vayamos a casa del Malacarne, que tiene buen vino!

Tonino, que era un buen muchacho, pronto se olvidaba de todo; se dejaba llevar adonde los otros querían, alegre como un pez; cantaba “la

Mariettina” a voz en cuello, y, cuando encontraba a enmascarados, los llenaba de insultos.

El Enano, cuyo vino era mujeriego, volvió a hablar de Assunta: ¡Qué bonita muchacha, por Dios, disfrazada de salvaje! Tonino se disgustaba con los compañeros, que no lo dejaban ir adonde él quería y lo trataban como si fuera un niño. Así, peleando, con la lengua suelta, llegaron a la avenida de San Celso y la calle Maddalena. Desde ese crucero, Tonino se echó a correr hacia la calle San Vittorello, donde quiso que le abrieran a como diera lugar, porque aún había luces encendidas. Las mujeres, al oír piedras en las ventanas y patadas en la puerta, se pusieron a gritar, como si las buscaran para matarlas.

Magnocchi, que aún estaba arriba con sus compañeros, bajó a la calle. “¿Qué buscaban? ¿Andaban buscando tortazos para acompañar el vino que llevaban dentro?”. “¡El tortazo te lo daré yo, barrabás!”.

En medio del zafarrancho se oyó un grito:

—¡Ay, me están matando!

El Huérfano apenas tuvo tiempo de arrojar al suelo la gran llave con la cual Tonino le había roto la cabeza al otro; y el muchacho herido, pálido como un muerto, no sabía hacia dónde correr, mientras ya se oían las botas de los guardias.

Al día siguiente fueron a decírselo a la familia, mientras la señora Gnesa quitaba el puesto y la Barberina, inquieta, esperaba al hermano, en vista de que el patrón del café había mandado a buscar a Tonino. Y supieron más por Adele, la muchacha del barbero, quien, mientras buscaba rábanos, comentaba:

—Descalabraron al que vende listones en San Vittorello; Tonino participó en la riña.

Por fortuna, Magnocchi estaba vivo; pero las mujeres, la madre de él y la hermana, pusieron el grito en el cielo, asegurando que Tonino los había arruinado. Tal noticia corrió como pólvora en todo el mercado. Barberina salió corriendo a llamar al padre, que celebraba el último domingo de carnaval en casa de Ambrogio, el primogénito, que era dueño de una salchichonería en la calle de la Señora.

—¡Encarcelaron a Tonino en San Vittorello!

El señor Mattia, que apenas podía estar en pie, se puso el sombrero y corrió hacia San Fedele. Ambrogio le pedía a la hermana que se tranquilizara, que no le echara a perder la venta. En la comisaría trataron como a perros a los dos hombres, al padre y al hijo. Los dejaron sentados en una banca, sin que nadie les hiciera caso, haciendo que perdiera el tiempo el salchichonero, esperando que lo atendieran, con el sombrero entre las manos. El sargento de la guardia civil, que lo conocía, le dijo con brusquedad:

—Vuelve mañana. ¡Qué clase de hermano tienes!

Tonino salió libre, con el sombrero de lado. La señora Gnesa lo regañó, lloriqueando; pero él se limitó a decirle:

—¡Ya párale, mamá! ¡Estoy harto!

Y encendió la pipita. Barberina, en cambio, siguió regañándolo. No lo bajaba de verdugo; insistía en echarle en cara que ellos pasaban todo el día trabajando en el puesto para mantener al señorito

en prisión y costearle sus vicios. Tonino reprimió las ganas de darle dos chachetadas y restregarle con la misma ensalada su cara de chismosa, ¡restregársela bien! En ese momento llegó el padre, y Tonino guardó la pipita en el bolsillo, cabizbajo.

—¡Criminal! —empezó decir el señor Mattia—. ¡Inútil! ¿Acaso no ves cuánto trabajamos todos, tu madre, tu hermana, Ambrogio y yo? ¡Antes de que vuelvan a llevarte preso los esbirros, voy a destrozarte con mis propias manos! ¡Voy a romperte los huesos!

—¡Ay! —exclamaba Tonino, pálido como un trapo y defendiéndose con los codos—. ¡Ay, papá, juegos de manos, juegos de villanos! ¡Ya párale!

La señora Gnesa gritaba más que una loca, igual que Barberina, y pronto acudió todo el mercado. El padre exponía a todos sus razones. Tonino era mesero en el Café de la Rosa, uno de los primeros, y el dueño era su amigo. Cuando él conociera bien ese negocio, la familia podría abrir un café propio. Ambrogio era salchichonero, las mujeres vendían verdura, él podría atender la barra...

¡Un buen proyecto, que echaba a perder ese disoluto! El señor Mattia se ahogaba de bilis. Para evitar un despropósito, prefirió regresar a la calle de la Señora.

Ambrogio fue a hablar con el dueño del café, a fin de que empleara de nuevo a Tonino, que estaba arrepentido y prometía portarse bien.

—Es imposible, estimado amigo. Mi negocio es algo muy serio. En la comisaría conocen ya la cara de su hermano; no va a gustarme ver esas caras que vengan a buscarlo en la bodega o en la cocina. Pondría en peligro mi negocio. ¿Usted lo emplearía?

Desde que un guardia confianzudo le palmeara el hombro, como si fueran viejos amigos, Ambrogio no deseaba que su hermano se apareciera en la salchichonería.

Las mujeres de la casa, el padre y el hermano se quejaban del desdichado, del bueno para nada, que era un peso para toda la familia.

—Yo sólo era bueno cuando les daba todo lo que ganaba con las propinas —decía el mocetón

cuando le negaban lo indispensable y lo trataban como a un pordiosero.

Un día que Basletta se lo encontró vagando en los puestos del mercado, exclamó:

—¡Qué sorpresa! Hace tiempo que no sabemos de ti. ¿Me invitas un trago?

Tonino respondió que no tenía dinero. Sus familiares habían puesto el grito en el cielo al conocer la historia de la calle San Vittorello. Basletta, al pasar cerca del puesto de la señora Gnesa, vio a Barberina, que hacía manojos de nabos, moviendo sus bellos brazos rosados, desnudos hasta el codo.

—¡Ten cuidado! —rezongó Tonino—. ¡No me gusta que se sobrepasen con mi hermana!

—¡Mira nada más! ¡Después de haber estado en el tribunal te volviste muy quisquilloso! No voy a comerme a tu hermana. ¡Qué manera de recibir a la gente!

Deseaba llevarlo a saludar a los amigos, que no lo veían desde hacía mil años. Tonino escurría el bulto.

—¡Eres un animal! Como si te trataran muy bien tus parientes. ¡Anda, vámonos!

En la hostería de Los Buenos Amigos encontraron al Huérfano, que también deseaba saludar a Tonino y estaba jugando a la brisca en un rincón, en compañía de unos carreteros. Ya no iba al mercado porque la señora Gnesa lo acusaba de descarriar al hijo, y Barberina lo maltrataba.

—¡Esa muchacha es una gendarme!

Luego decidieron ir en busca del Enano, que no frecuentaba más Los Buenos Amigos porque el dueño ya no le fiaba.

Y lo encontraron, después de buscarlo en una docena de hosterías. Marco se sentía ahora como un pájaro en la rama. El Huérfano, que había ganado en la brisca, pagó dos rondas. Tonino y el Enano se abrazaron y besaron como si acabaran de salir de la prisión, y esta vez pagó el Enano.

—Ustedes dejan que los estafen en Los Buenos Amigos. ¡Qué buenos amigos! ¡Por la noche, ese lugar está lleno de policías disfrazados!

De modo que, para acabar pronto, salieron cuando ya empezaban a encender el gas en la calle. Basletta debía trabajar aún la media jornada del

lunes con el jefe, que lo esperaba en la calle Bigli: ¡poner unos tapetes antes de que lleguen los clientes!

—¡Ay, sí! —repeló el Enano—. Llegarán aunque no haya tapetes; que los espere tu jefe. Yo dejé plantado al mío y trabajo de manera independiente, como ebanista. El dinero no sobra, pero prefiero trabajar por mi cuenta.

Al Huérfano no le importaban esas cosas, porque había ganado en la brisca ese día. No tenía un oficio fijo. Era cargador, peluquero de perros, mozo de establo, intermediario. Ganaba bien y era libre como el viento.

—¡Viva la libertad! —exclamó Basletta—. Cuando tengamos la república se acabarán los mozos y los jefes.

A los cuatro les gustaba holgazanear en el bastión, cantando a voz en cuello y jugando a que se lanzaban al foso.

Antes de llegar a la Porta Romana, vieron brillar en la oscuridad las placas de los carabineros. Respondieron que volvían del trabajo. Tonino se despidió de los amigos.

—¡Vuelve a casa, niño! ¡Si no, Barberina va a darte unas nalgadas! —gritaron detrás de él.

—Desde que salió de San Fedele, ese muchacho es un pollito mojado —dijo el Huérfano.

Pero Tonino no le hizo caso al Huérfano, que lo azuzaba de cerca y a punto estuvo de lanzarlo al foso de un codazo.

Ayudaba a las mujeres en los quehaceres de la casa. Se levantaba antes del amanecer para descargar los carros de los hortelanos; ponía el puesto y encendía el fuego para las castañas asadas. Más tarde, chanceaba en los puestos cercanos, se llevaba de manos con las criadas, decía piropos a las muchachas que pasaban. Después bostezaba, estirándose de brazos. Todos los días peleaba con la hermana, que se negaba a darle dinero para el tabaco.

—¡Lo quiere para gastarlo con las mujerzuelas de la calle Pantano, que le hacen *pst pst* detrás de las persianas! —decía Barberina.

Ella no era capaz de fiarle un rábano ni siquiera al señor Domenico, el vinatero de la esquina, que

era un hombre honesto, trabajador, el cual iba a casarse con ella. El señor Domenico se compadecía del muchacho, y le daba algún dinerito, sonriendo. Tonino lo aceptaba, rojo como un rábano, porque serían cuñados, ¡pero qué mal se sentía!

—¡Trabaja! —le echaba en cara el señor Mattia—. ¡Haz lo que hacemos nosotros, haragán!

Él no se hubiese movido de su lugar en la salchichonería, con las manos sobre el bastón, con tal de vender cien liras más.

Cada vez que encontraban a Tonino, sus amigos le decían:

—¡Bobalicón! ¿Acaso no ves que te tratan peor que a un perro? Yo, en tu lugar, los dejaría, a ellos y al pan que te ganas con tanto trabajo.

El Huérfano agregaba que él no deseaba inmiscuirse en eso, porque Barberina lo había amenazado con sacarle los ojos si volvía a verlo junto al hermano.

—¡Es tremenda esa muchacha!

Tonino repuso que quería vivir en paz y tener el pan asegurado. Ahora trabajaba de cargador en

una tienda. Un buen empleo, nada difícil, que le proporcionaba algún dinero. Tonino juraba que él se conformaría con aplastarle la nariz a la hermana. ¿Querían verlo?

Lo avergonzaba tener que aceptar siempre las gentilezas de los otros en Los Buenos Amigos; o, en caso de perder en un disparejo para comprar un litro de vino, tener que marcar en el muro la deuda con una raya hecha con carbón. Le fiaban porque sabían de quién era hijo, y porque, tarde o temprano, pagaría. Además, se las ingeniaba con la baraja, jugando a la brisca; algunas veces el juego terminaba a puñetazos y a patadas, y el hostelero tenía que sacarlos de allí para no comprometer el negocio. La policía no dejaba de vigilar las hosterías, y cada vez que era preciso hacer una redada empezaba en la de Los Buenos Amigos.

Tenía razón el Enano al decir que ese lugar era peor que el bosque de la Merlata. Nunca se tenía la seguridad de ir a dormir en la cama después de pasar la noche en esa taberna. Pero él mismo no podía dejar de frecuentarla, por culpa de la nostal-

gia. Allí se reunían el Huérfano, Basletta y otros amigos de la misma ralea, adonde podían llevar a veces a ciertas mujeres, ¡y qué bien la pasaban allí, mundo bribón!

A menudo, Lippa buscaba allí a Basletta. Lippa era una morena muy bajita, pero con el diablo en el cuerpo, y se rumoraba que acabarían casándose *in extremis*. Basletta se disgustaba cuando lo hallaba cenando; pero ella metía las manos en el plato, sin pedir permiso; y, como si eso no bastara, ella solía llegar acompañada de la Rubia, una flaca y esmirriada, que se resistía a entrar, pero estando ya adentro se comía con los ojos todo lo que hubiera en los platos. El mismo Tonino, por compasión, la invitó a cenar una vez, y así se conocieron. Tiempo después, salían de allí a pasear en el Bastión.

“Mi hermana no quiere comprender que, a mi edad, también necesito dinero”, pensaba Tonino. “Cree que sólo hay que pensar en el negocio, como su vinatero”.

—¡Debes ingeniártelas! —le decía el Huérfano. En esos días, Marco el Enano hizo un buen negocio;

llegaba con las manos llenas, y los otros hablaban de eso en voz baja. Los policías no dejaban de husmear, y cuando veían que los jóvenes cambiaban el tema de conversación o callaban de pronto, le palmeaban el hombro a Tonino, repitiéndole:

—¡Ten mucho cuidado, que puedes volver a San Fedele!

Tonino y la Rubia reñían en el bastión, porque él era muy celoso. Ella le decía, aún más pálida:

—Tienes razón... Pero es que soy una muchacha pobre; ¡es preciso que me ayudes!

Él se acongojaba al oír esa verdad, dicha en voz baja y con aquellos ojos grises que lo miraban tranquilamente bajo el farol. Con frecuencia estaban juntos Tonino, la Rubia, el Huérfano y Marco el Enano, muy borrachos los cuatro, razón por la cual los otros alargaban más la mano. Tonino pensó que era capaz de cometer un homicidio. Después pensó con seriedad en lo que le decía Barberina, que era preciso, antes que nada, tener dinero.

Y lo consiguió. Pero Barberina no sabía que iba a conseguirlo en la caja del negocio, mientras

todos dormían, utilizando un clavo torcido; enseguida, abrió la puerta y empezó gritar “¡al ladrón, al ladrón”, pero Barberina no cayó en el garlito. De inmediato lo agarró del cuello y, pese a estar en camisón, quería llevarlo ella misma a la cárcel, sin oír las protestas del joven que, con las manos en cruz, juraba que era inocente. Acudieron la madre, Ambrogio y el señor Battista, quienes lo obligaron a decir la verdad y luego lo echaron a la calle. Cuando la Rubia lo vio llegar en tan malas condiciones, no tuvo el valor de cerrarle la puerta en las narices.

El Huérfano, que se había vuelto un amigo de la casa, lo sermoneaba:

—¡Eres un cerdo si piensas que vas a vivir a expensas de esa pobre muchacha!

A ella le molestaba tenerlo siempre pegado a las faldas, sin darle media hora de libertad a causa de sus celos, y lo mandaba a trabajar. Él pensaba que lo hacía para estar a solas con el Huérfano.

—¡Te juro que sólo te quiero a ti! —decía ella—. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Yo no soy rica!

Él se iba, con el corazón apretado en un puño.

Un buen día arrestaron al Enano y a Basletta por el robo de unos paquetes de velas en la tienda donde trabajaba el Huérfano, y también a Tonino, con el pretexto de que lo habían encontrado en la esquina de la calle Armorari haciendo guardia. Él y su abogado juraban que se hallaba allí por casualidad, por otro motivo.

Pero fue inútil: lo condenaron a prisión. En la cárcel corría la voz de que la Rubia se había puesto de acuerdo con el Huérfano para quitarse de encima a Tonino y ganar las tres liras de la denuncia.

Tonino se negaba a creerlo. Sin embargo, el padre, la madre, Ambrogio y hasta Barberina fueron a visitarlo a la cárcel, para recordarle que se habían cansado de decírselo; pero que, a pesar de todo, estaban allí. Él lloraba, y las lágrimas le aligeraban el corazón.

—¡Pero la Rubia no ha venido!

Dijeron que habían visto al Huérfano con la ropa de Tonino, un saco a cuadros que aún estaba en el cajón de la Rubia cuando arrestaron a Tonino.

CELOS

Bobbia dijo para sí: “¡Quiero ver si es cierto!”. Y se puso al acecho en la esquina de San Damiano. Crescioni estaba allí: había luz en la ventana. Alrededor de las nueve, como le habían dicho, Carlotta cruzó el puente y se dirigió a la puerta de Crescioni. ¡Iba bien vestida, la muy descarada! Entonces, ¡sangre de Diana!, en cuatro saltos la alcanzó en el rellano de la escalera, que ella subía como volando, y en cuanto los hubo visto juntos empezó el terremoto.

El amante esquivaba los golpes; Bobbia, con espuma en la boca, había sacado de su bolsillo

quién sabe qué arma; Carlotta gritaba por los tres. Crescioni, para fortuna suya, cogió el cobertor de la cama y se lo lanzó encima a Bobbia. El señor Gostino, un hombrazo que hubiese podido ser portero en un palacio, repartía escobazos para separarlos.

Acudieron los guardias y se los llevaron a la comisaría. Allí, con los huesos molidos, empezaron a declarar. Carlotta juraba que no era cierto, y que ahora, en vista de que desconfiaba de ella, no quería seguir con él porque, al fin y al cabo, no estaban casados. El delegado dijo:

—Si no están casados...

—¡Después de estar cinco meses juntos, es como si lo estuviéramos! —rebató Bobbia—. ¿Qué le ha faltado en cinco meses? ¡Que se lo diga, señor delegado! ¡Le he dado vestidos y botines; siempre la llevo a paseos campestres y a fiestas todos los domingos! Debí abrir bien los ojos cuando se perdía en los bosques de Gorla, con este y con aquel, so pretexto de cortar pamporcinos. Le daba todo lo que le gustaba, como si fuéramos marido y mujer.

—¡Yo no sabía nada de eso! —dijo Crescioni, limpiándose la sangre de la nariz.

—¡Si usted nada sabía de eso y no me quiere, esté tranquilo, que no pienso vivir a expensas suyas! —dijo a gritos Carlotta, llena de furia, mientras revisaba su vestido nuevo, ahora en jirones.

El señor Gostino, testigo, empleaba buenas palabras.

—¡Calma, calma! Creo que todo se debe a un malentendido.

Pero Bobbia había entrado por la fuerza a una casa ajena, con excesiva violencia, y, por un mero milagro, sólo le dieron unos cuantos días de cárcel.

—Al fin y al cabo, no era su esposa —agregó el delegado.

Bobbia le respondió:

—En lo que a mí toca, puede quedarse usted con esa dicha. ¡Yo ya estoy harto de ella!

El amante se rascaba la cabeza. Carlotta lo estrechó entre sus brazos, delante del señor delegado, y le juró que a partir de ese momento sería suya y solamente suya.

El señor Gostino la ayudó a llevar sus cosas a casa de Crescioni. Luego repitió varias veces que era necesario hacer las paces con Bobbia en cuanto éste saliera de la cárcel, a fin de que aquello no terminara en tragedia.

—¿Con Crescioni? —dijo Bobbia—. ¿Con ese traidor que fingía ser mi amigo?

—Bueno, ahora él ya tiene a Carlotta. Haga de cuenta que son marido y mujer.

Tal era el frecuente tema de conversación de Bobbia y del señor Gostino cuando caminaban hasta la medianoche, paso a paso, entre la hostería y la puerta del señor Gostino. Una noche encontraron a Carlotta y a Crescioni, tomados del brazo, pero riñendo en la oscuridad. En otra ocasión, Bobbia la vio comprando verdura delante de la puerta, hurgando en el carro del hortelano, con los brazos desnudos y despeinada. Parecía que su corazón no dejaba de llevarlo a esa calle. Cuando veía a Crescioni, jorobado, con barba de ocho días y con cara de enfermo, se frotaba las manos.

—¡Carlotta necesita a un hombre mejor que ese rubiales, mucho mejor!

—No hay día que no tengan pleitos y golpes —le contaba el señor Gostino—. Ayer, ella llegó corriendo a mi portería escapando de él, que quería matarla. Ella dice que lo hace para quitárselo de encima.

La víspera de la Navidad, gracias a Dios, logró que los tres brindaran juntos.

—¿Quieren empezar el año nuevo con tanto encono encima?

Carlotta se hallaba bien vestida, frunciendo la nariz a cada sorbo, porque Bobbia estaba presente. ¡Qué bonita se veía con el cabello que casi cubría su nariz! Pero Cresciani tenía mal vino, estaba enfurruñado, apoyado en la pared y tosiendo a causa del mal humor.

—¡Usted le quitó la amante! ¿Qué más quiere? —le susurró al oído el señor Gostino.

Bobbia, en cambio, se sentía reblandecido, y pagaba una botella tras otra, sin pestañear.

—Me acuerdo de cuando fuimos a mi casa por primera vez —le dijo a Carlotta en voz baja.

Y Crescioni, poniendo muy mala cara, sacó la barbilla de la bufanda. Luego salieron juntos. Crescioni adelante, con las manos en los bolsillos, muy disgustado. Abrió la puerta, dejó que Carlotta pasara primero, y le dijo al oído:

—¡Tengo la impresión de que quieres hacerme lo mismo que le hiciste a él!

El señor Gostino, sonriendo con malicia, pensaba: “De seguro que la veré en camisón esta noche”. Y le confiaba a Bobbia que Carlotta también le gustaba a él, por su carácter alegre:

—¡Sin malicia alguna, desde luego!

Por suerte, su mujer estaba siempre en el primer piso, en casa del patrón, el cual no la dejaba sola ni un momento. De no ser así, tan celosa que era... El señor Gostino le temía sobremanera a la señora Bettina, que, al casarse con él, lo había ascendido a portero porque, durante cuarenta años, se llevaba muy bien con el patrón. Y tanto así que, cuando peleaban marido y mujer y se oían en el patio los improperios y las malas palabras de la señora Bettina, el patrón se asomaba a la ventana,

en chancas, y gritaba con voz catarrosa: “¡Ey, Gostino! ¿Qué pasa ahí?”.

Pero volvamos a los otros dos. Crescioni deseaba casarse con Carlotta, ya en serio, porque ella andaba diciendo que esta vez era necesario. “Al menos”, pensaba él, “tendré la seguridad de que el niño es mío”.

El señor Gostino guiñaba un ojo, taimado:

—Si necesita un padrino, haga de cuenta que ya lo tiene.

—¡Qué pláticas son éstas! —gritaba la señora Carlotta, intentando ruborizarse.

Bobbia estaba enfurecido. Hacía tiempo que no la veía; y Gigia, la tabaquera, después de traerlo de la gamarra una o dos semanas, le dijo en plena cara: “¡Ah, cómo no! La señora Carlotta ya nada quiere saber de usted, por eso se casará con Crescioni!”. Sentía fiebre cada vez que la miraba desde la portería del señor Gostino, meneando las caderas mientras cargaba el agua, con la panza abultada.

—Permítame que la ayude, señor Gostino.

Pero Carlotta escapaba de ahí en cuanto lo veía.

—¡Váyase! Él está en casa. Además, todo acabó entre nosotros.

Deseaba agarrarla por el cuello, ese cuello que hacía hervir su sangre.

—¡Ah, tú engordas con ese tísico! ¡Quieres que yo muera tísico como él! ¿Crees que soy de piedra, eso te parece?

—¡Debió pensarlo antes! ¡Tenga, con esta agua calmará sus ardores!

Bobbia se marchaba de ahí, sacudiéndose el traje mojado, profiriendo insultos.

Se llevó a cabo el matrimonio. Nació una criatura, dos meses antes de lo acostumbrado; una hembra. Crescioni montó en cólera, porque, al menos, esperaba un varoncito, para no pensar en la dote y en las otras molestias.

—Procure no apenarse por la hija —lo consolaba el señor Gostino—; será como su madre.

Su madre hizo lo que todos sabían. Se dejó engatusar por las lindas palabras de un señorito; después escapó de casa, a fin de ocultar el yerro, dado que se moría de vergüenza cada vez que la

madre la miraba, sin decir nada. Sucedió el último sábado de carnaval, después de que la Luisina fuera a empeñar algunas cosas para la fiesta, y le preguntó a la hija:

—¿Qué tienes? ¿Por qué no comes?

A la mañana siguiente, hallaron abierta la puerta, y el pobre padre se entregó al vino. ¿Qué culpa tenía ella? Desde chiquilla había andado en la calle y en los cafés, vendiendo pantallas. Buena escuela para aprender el oficio. Luego la miseria, el fastidio de volver a casa con toda la mercancía, a la calle Commenda, llena de charcos; además, la tentación de los escaparates, las palabritas de los bribones, de los clientes que sólo querían comprar... En fin, ¡estaba destinada! Cuando su amante la dejó plantada en la calle San Vicenzino, con cuatro trapos en la maleta y diecisiete liras en la bolsa, no tuvo más remedio que enredarse con Bobbia, el cual la hacía reír cuando había dinero para gastar, o la golpeaba cuando no lo había. Crescioni, en cambio, no tomaba ni decía malas palabras; siempre estaba melancólico,

pensando en su mala salud. Se metió con él para desahogarse de los maltratos y, además, por su propio gusto. Ese joven era formal, por eso le gustaba. Le decía: “Ven por la noche, a escondidas. ¡Procura que nadie te vea!”. Un joven al que le asustaba su propia sombra. Por tal motivo, al provocar Bobbia el susodicho zafarrancho, Carlotta no se lo perdonó nunca. ¿Por qué tanto alboroto, a fin de cuentas? Su mismo padre no hizo tanto borlote cuando ella se fue de casa. ¡Y eso fue más grave! Y a causa de Crescioni, que era casi un muchacho.

—¡Vea nada más! —se desahogaba ella con el señor Gostino—. Si hubiera estado celoso de usted o de otro hombre hecho y derecho, de acuerdo. ¡Pero no de Crescioni! No es más que una bribonada de Bobbia, para dejarme plantada...

El señor Gostino se frotaba las manos. ¡Pero no porque le pasaran por la mente ciertas ideas...! Encima de su cabeza estaba siempre su mujer, en la ventana del patrón. Barría la escalera hasta el último peldaño, para escapar a la vigilancia de su mujer.

—¿Por qué no pelea ya con su marido? ¡Hace mucho que no la veo llegar con su faldita!

Apoyaba la escoba en la puerta, frotándose las manos.

—¡No! ¡Quieto con esas manos! ¡Se acabó el tiempo de las tonterías!

—No son tonterías, señora Carlotta. Mi corazón sigue siendo el de un joven. ¡Y siempre desgraciado! Hace ocho días que no veo a mi mujer, desde que el patrón está en cama. A usted también, pobre señora Carlotta, se le ve lo mismo en la cara. ¡Su marido la deja sola, mientras él anda quién sabe dónde!

—Eso a mí no me importa. ¡Además, nada de eso es cierto!

El señor Gostino la miraba a la cara, rascándose la barba, mientras ella tenía a la niña en brazos.

—¿No le importa? Nada más dígame... ¿Y esa niña, que él dice que es suya?

Carlotta se encogía de hombros. El señor Gostino también se echaba a reír; retomaba la escoba y meneaba la cabeza un buen rato, antes de mar-

charse de ahí; o se inclinaba para hablarle a la niña, acariciándola cerca del pecho de la madre, con sus manos sucias.

—A decir verdad, no se parece a ninguno de los dos.

Crescioni estaba celoso de la niña, cada vez más rubia y de piel rosada, y amenazaba a Carlotta:

—¡Si llego a verte con Bobbia te despedazo!

Y ponía una cara muy fea, increíble en un hombre bueno y tísico. No por estar celoso de Carlotta, a quien siempre tenía allí, a la vista, fodonga, despeinada, con la hija en brazos. Por lo demás, no se trataba ya de amor. Estaba enfermo, tenía otras cosas en la cabeza. ¡Pero habíase casado con ella, lo cual redundó en una pérdida de dinero y de salud! Su jefe le había descontado un tercio del sueldo, porque no rendía como antes. Y sabía de lo que Carlotta era capaz en caso de que no llevara dinero suficiente a casa. Incluso, de viciar a la hija a su debido tiempo. La enfermedad le trastornó la cabeza. Imaginaba ver a la niña, ya grandecita, dejándose besar por este y por aquel, como su

madre. A ella le molestaba que él acariciara a la niña, como si fuera suya. Simplón como era, el señor Gostino le decía:

—En fin, ¡usted no quiere que él esté en su propia casa!

—¡Ay, es un pobre diablo! —exclamaba Carlotta.

Pero él, testarudo, no se movía de casa los domingos y montaba guardia, sentado junto a la ventana, al oír la escoba en la escalera, torvo, con la nariz debajo de la bufanda y las manos en los bolsillos, sin decir nada. Luego, cada vez que tosía, le lanzaba a la mujer miradas como dardos y, si la niña lloraba, era el acabose.

—¡Por Dios, no toques a mi hija, que la vuelves melindrosa!

Los disgustos minaban su salud, decía. Poco a poco, hasta el jefe se cansó de él, y Crescioni ya no dejó la cama. Su mujer, en esos cuarenta días, empeñó hasta las sábanas. Él aseguraba que había empeorado por su culpa, pero se negaba a ir al hospital, ¡porque quién sabe qué podía suceder en su ausencia!

¡Sólo muerto saldría de su casa! Si ella salía a comprar algo, si bajaba al patio por agua, la interrogaba al punto:

—¿De dónde vienes tan afanada? ¡Te he dicho que no salgas con la niña!

La tos lo ahogaba debajo de las cobijas. Finalmente, cuando lo llevaron al hospital, acusó a la mujer de haberlo traicionado, como Judas a Cristo.

—¿No ves en qué condiciones estamos? —se disculpaba ella—. ¿No ves que no hay leche ni para la niña?

—¡Cuando vengas a verme, trae a la chiquita!

Lo visitaba con frecuencia, pero cada visita era otro trago amargo. La niña se asustaba cada vez que veía a su padre con aquel gorrito, en medio de tantas caras desconocidas. Él se desahogaba contando todos los sinsabores de la semana.

—¡Es una vida de perros! —quejábbase Carlotta con el señor Gostino—. Tener que trabajar toda la semana, ¡para luego asistir a esa fiesta!

El señor Gostino la acompañaba, por compasión, y compraba algún regalito para el enfermo.

—¡Qué se le va a hacer! Es preciso que le tenga paciencia.

Pero el pobrecito tenía el cuero duro y no dejaba de penar. Carlotta se cansó de ir y venir, de verlo siempre igual, con su gorrito blanco, recargado en la almohada. Se detenía a verlo dos minutos, para cerciorarse de su estado y darle algunas cositas, sin decirle que eran regalos del portero. Pero el enfermo lo leía en la cara y en las manos de ella, y, subiéndose el cobertor hasta la nariz, le clavaba sus ojos llenos de fiebre para preguntarle:

—¿Has visto a Bobbia?

—¿No te ha dicho nada el portero?

Crescioni se guardaba muchas cosas, que prefería callar por hallarse confinado en aquella cama: si Carlotta dejara de visitarlo, él se quedaría más solo que un perro. Hacía proyectos, que realizaría en cuanto se curara: “Haremos esto. Haremos aquello”. Pero ella permanecía en silencio, mirando hacia otra parte. De improviso, dijo él:

—Si me curo, voy a matar a alguien. ¡Hazme caso!

La niña abrazó a la madre, gritando de miedo. El pobre hablaba con el corazón.

El señor Gostino andaba todo el santo día en las escaleras, con la granada en la mano. ¡No podía dudarse de que era joven de corazón! Se divertía charlando una y otra vez con ella, le encendía la hornilla, le arreglaba la máquina... La observaba desde la ventana, detrás de la cortina; no perdía de vista la puerta. Al anochecer, podía mirar la cabeza de ella, inclinada sobre la máquina. Cualquiera cosa que ella hiciera, lo hundía en una gran agitación. Bastaba con que le dijera:

—Gracias, señor Gostino.

—Lo hago sólo por gusto, señora Carlotta, sin ninguna otra intención. Soy un caballero.

¿Quién le conseguía los trabajos de costura? ¿Quién le prestaba la máquina cuando ella la necesitaba? ¿Quién iba a hablar con el dueño de la casa cuando no pagaba el alquiler?

A la señora Bettina la sacaban de quicio estas condescendencias. ¡Poco faltaba para que la casa se volviera un lugar público! Y hasta arremetía

contra el dueño, que todo lo concedía a fin de quitarse de encima al marido. ¡Cuánta consideración le tenían a esa señora!

El señor Gostino perdía la paciencia.

—Pero ¿qué le importa a ella?

Carlotta, en cambio, se quejaba:

—¡Dios mío, qué malo es el mundo! ¿A quién se le ocurre pensar que usted y yo hacemos mal?

El señor Gostino no sabía qué decir; meditaba en lo que debía hacer para no pasar como un simplón y, poniendo la mano sobre su pecho, le dijo:

—Le he dicho que soy un caballero. La quiero mucho, ¡pero soy un caballero!

Sin embargo, no quería que Bobbia rondara por la casa. Y se lo dijo:

—La pobrecita está ahora como una viuda.

¡Exactamente! ¡Bobbia tenía todo el derecho por ser su primer amor! El portero se sentía como el perro del hortelano, por envidia y celos. Si él se quedaba con ella, también la tendría Bobbia, que fue el primero. Una cosa estaba muy clara: el señor Gostino la tenía siempre en casa, lo cual era muy

cómodo, y Bobbia tenía que esperarla diez veces antes de poder verla salir un momento.

—¡Óyeme bien! Si no vienes conmigo en este mismo momento, ¡te mato a ti y a tu amante!

La pobre sintió que se le helaba la sangre, y apretó el paso, pálida como un muerto. Él la alcanzó en la calle Ciossetto, furibundo, y la aferró por un brazo.

—¡No me lastimes, por favor! ¡No tengo ningún amante, te lo juro!

—Mucho mejor. Si no lo tienes, ¿por qué no quieres venir?

Y fue, llena de miedo. Cuando Bobbia se hubo enterado de todo, montó en cólera.

—¡Tú sigues queriendo a tu marido, confiésalo!

—¡Ay, ese pobrecito!

—¡Entonces, el señor Gostino es tu amante!

—¡No; no es mi amante! —Ella temblaba, suplicante:— ¿Acaso no he venido aquí? ¿No he hecho lo que querías? ¿Qué más quieres todavía?

Él quería sacarla a patadas de su casa, ¡eso era lo que quería! Luego ajustaría cuentas con el señor

Gostino, frente a frente, pero no por celos, no por una carne vieja, ¡sólo eso faltaría!

Pero el señor Gostino era un muchacho sólo con las mujeres. El primer puñetazo lo dejó medio ciego, precisamente allí abajo, en el patio, donde cayó al suelo como uva lista para la vendimia. La señora Bettina, desde el primer piso, le arrojaba agua sucia y malas palabras, mientras el dueño de la casa gritaba:

—¡Gostino! ¡Gostino!

Carlotta fue despedida de inmediato, condenada a dejar la casa antes de que pasaran ocho días. La señora Bettina, el dueño y hasta el mismo señor Gostino deseaban un poco de paz.

Bobbia, con la boca hinchada, andaba diciendo:

—¡Ella no me importa! ¡Lo que no tolero es ver moscas en mi plato!

Finalmente, Carlotta fue a ver a su marido, que no acababa de morir. Lo encontró en la misma cama, con los ojos muy abiertos pero sin quejarse ya. Permanecía inmóvil, con cara terrosa. Sus ojos de fantasma se clavaban en ella como clavos, y

con una voz que parecía salir de la sepultura, le preguntó:

—¿Dónde has estado todo este tiempo? Dime qué has hecho.

COMPAÑEROS

—¡Malerba!

—¡Presente!

—¡Aquí falta un botón! ¿Dónde está?

—No lo sé, mi cabo.

—¡Arrestado!

Siempre lo mismo: el capote como un costal, los malditos guantes, el no saber dónde poner las manos, cabeza dura como una piedra en la instrucción y en la plaza de armas. ¡Cerrero, pues! Estando franco, nunca salía a ver las bellas ciudades donde estaba la guarnición; no veía las calles, ni los palacios, ni las ferias, ni siquiera el volantín con

caballos de madera. Sus horas libres las pasaba vagabundeando por los caminos cercanos a la ciudad, o mirando a las mujeres que, acucilladas, arrancaban hierbas en la Plaza Castello. Luego se detenía frente al carrito de las castañas, sin gastar ni un céntimo. Los compañeros se divertían a sus espaldas. Gallorini lo retrataba en los muros con un pedazo de carbón, poniendo su nombre abajo, sin que a él le importara. Pero cuando le robaban, por broma, las colillas que escondía en el cañón del fusil, reaccionaba como energúmeno, y tanto, que una vez estuvo encarcelado por medio matar de un puñetazo al luqués (que aún tenía el ojo morado); sin embargo, él, terco como una mula, repetía una y otra vez:

—¡No es cierto! ¡No es cierto!

—Entonces, ¿quién golpeó al de Luca?

—¡No lo sé!

Permanecía sentado en la celda, con la cabeza entre las manos.

—¿Cuándo volveré a mi pueblo?

Esto era lo único que decía.

—Vamos, cuéntame. ¿Tienes una amante en tu pueblo? —le preguntaba Gallorini.

Malerba lo miraba, desconfiado, meneando la cabeza. Ni sí ni no. Luego miraba a lo lejos. Todos los días marcaba, con un pedazo de lápiz, una rayita en un pequeño almanaque que guardaba en el bolsillo.

Gallorini, en cambio, tenía una amante. Una mujerona bigotuda, con la cual lo habían visto un domingo en el café, sentados ante sendos tarros de cerveza que ella insistía en pagar. El luqués se dio cuenta de ello mientras andaba con Gegia, la cual nunca le costaba nada. Él hallaba Gegias por doquier, gracias a su plática chistosa, a las cuales siempre llamaba así por ser, decía él, una costumbre en su pueblo, en vez de llamarlas Teresa, Assunta o Bersabea.

En esos días empezó a correr la voz de que había estallado la guerra contra Alemania. Ir y venir de soldados, multitudes en las calles, gente que venía a ver las prácticas en la Plaza de Armas. Cuando el regimiento desfilaba entre bandas y aplausos,

el luqués marchaba muy gallardo, como si la fiesta fuera para él, y Gallorini no acababa de saludar a amigos y conocidos, con el brazo en alto, porque, decía él, regresaría como oficial o como muerto.

—¿No te da gusto ir a la guerra? —le preguntó a Malerba mientras revisaban las armas en la estación.

Malerba se encogió de hombros, sin dejar de ver a la gente que gritaba: “¡Viva Italia! ¡Viva Italia!”.

El luqués alcanzó a ver a Gegia en medio de la muchedumbre, quien, curiosa, observaba el paso de las tropas del brazo de un muchacho en mangas de camisa que fumaba su pipa.

—¡Pero qué manos tan rápidas! —rezongaba el luqués, que no podía separarse de las filas; y le preguntó a Gallorini si la suya se había enrolado con los granaderos, para no dejarlo.

En todas partes adonde llegaran, los recibían como si se tratara de una fiesta. Banderas, fuegos de artificio; los campesinos corrían al lado de los rieles para ver el tren repleto de soldados y fusiles. Pero a veces, en las noches, cuando escuchaban el

toque de silencio, se sentían melancólicos, extrañaban a las Gegias, a los amigos, tantas cosas lejanas. En cuanto llegaba el correo al campo, corrían en tropel, extendiendo las manos. Sólo Malerba no se movía de su sitio, como adormilado, sin esperar nada. Seguía marcando, día tras día, una rayita en su almanaque. Escuchaba la banda, de lejos, pensando en quién sabe qué.

Una noche hubo un gran movimiento en el campo. Iban y venían oficiales, pasaban furgones en dirección del río. La diana sonó dos horas después de medianoche; distribuyeron el rancho, levantaron las tiendas y se pusieron en marcha. Se esperaba un día cálido. Malerba, experto en esos menesteres, lo sentía en las rachas de viento, que levantaba polvaredas. Luego cayeron goterones malos. En cuanto dejaba de llover, se mecían los maizales, los grillos cantaban con fuerza a ambos lados del camino. El de Luca, que marchaba detrás de Malerba, no dejaba de embromarlo.

—¡Mueve las patas, compañero! ¿Por qué no dices nada? ¿Quizá piensas en hacer tu testamento?

Malerba reacomodó su mochila con un movimiento de hombros y refunfuñó:

—¡Tú sólo camina!

—¡Déjalo en paz! —intervino Gallorini—. Está pensando en su novia, ¡que se conseguirá otro si lo matan los alemanes!

—¡Tú sólo camina! —dijo Malerba.

Esa noche oyeron de pronto el trote de un caballo y el tintineo de un sable entre las dos filas del regimiento, que marchaban a ambos lados del camino.

—¡Buen viaje! —dijo luego el luqués, que era el bufón de la compañía—. ¡Salúdeme a los alemanes cuando los encuentre!

A la derecha, en medio de la oscuridad, blanqueaba un caserío. El perro guardián ladraba, furibundo, corriendo a lo largo de la valla.

—¡Ese perro es alemán! —observó Gallorini, que también quería decir un chiste—. ¿No oyes cómo ladra?

Esa noche era muy oscura. A la izquierda, como sobre un nubarrón negro, que debía ser una loma, despuntaba una estrella.

—¿Qué horas serán? —preguntó Gallorini.

—Malerba alzó la cabeza, como husmeando, y dijo:

—Dentro de una hora saldrá el sol.

—¡Pero a quién se le habrá ocurrido levantarnos tan temprano, para nada!

—¡Alto! —ordenó una voz perentoria.

El regimiento se reagrupó, como un rebaño de borregos.

—¿A quién esperamos? —refunfuñó el luqués.

Enseguida pasó un grupo de caballos. Con las primeras luces del alba vieron ondear las banderolas de los lanceros y, a la cabeza, un general con gorra galoneada. La carretera empezaba a verse con claridad, derecha, en medio de los campos todavía oscuros. Las colinas iban apareciendo, poco a poco, en el amanecer incierto, y al fondo se veía una fogata, quizá de un leñador o de los campesinos que habían escapado al ver la llegada de los soldados. Los pájaros, al oír tantos ruidos, se pusieron a gorjear en las ramas de las moreras.

Poco a poco, a medida que el día aclaraba, aumentó un sordo rumor a la izquierda, donde el horizonte se ensanchaba en una claridad dorada, casi rosada, como si tronara en el cielo sin nubes. Podía tratarse del rumor del río o de la artillería en marcha. De pronto, se oyó una voz:

—¡El cañón!

Todos se volvieron a mirar hacia el horizonte rosado.

—¡Estoy cansado! —refunfuñó Gallorini.

—¡Ya es hora de que descansemos! —convino el luqués.

Las conversaciones escasearon a medida que los soldados, presas del calor, avanzaban sobre la tierra oscura, entre sembradíos verdes, viñedos y moreras que florecían en las colinas, hasta donde llegaba la vista. Véanse, aquí y allá, caseríos y granjas abandonadas. Al acercarse a un pozo para beber un sorbo de agua, vieron aperos de labranza tirados en el suelo y a un gato que, apareciendo en una puerta aherrojada, asomaba el hocico, maullando.

—¡Mira! —observó Malerba—. ¡Todo el trigo se halla todavía en espiga! ¡Pobre gente!

—¿Quieres apostar a que no vas a comer de ese pan? —le preguntó el luqués.

—¡Cállate, pájaro de mal agüero! —respondió Malerba—. Traigo mi estampita de la Virgen —y tocó madera.

En ese instante se oyeron truenos a la izquierda, en el llano. En un principio fueron pocos, y retumbaban en el monte. Luego menudearon al igual que cohetes, como si la aldea estuviese de fiesta. Por encima del verdor que coronaba la cumbre aparecía el campanario, tranquilo en el cielo azul.

—No; no es el río —dijo Gallorini.

—Tampoco los carros que pasan.

—¡Oye! ¡Oye! —exclamó Gallorini—. ¡Ya empezó la fiesta!

—¡Alto! —ordenaron los oficiales.

El de Luca escuchaba, con las cejas en arco, sin decir nada.

Malerba se sentó en un guardacantón, poniendo el fusil entre sus piernas.

Era posible que el cañoneo estuviera en la llanura. A cada cañonazo se alzaba el humo, como nubecillas densas que se disolvían lentamente. Los prados descendían a la llanura, y podía oírse el canto de las codornices en los terrones.

El coronel, a caballo, hablaba con otros oficiales, a orillas del camino, mirando una y otra vez hacia la llanura, sirviéndose de los binoculares. En cuanto se hubo puesto en marcha, sonaron todos los clarines del regimiento.

—¡Avancen!

A izquierda y a derecha había unos campos desnudos. Más adelante, algunos maizales; luego viñedos, acequias y arbustos. Aparecieron las primeras casas de una aldea; el camino estaba lleno de furgones y carros. Desbarajuste y gritos que ponían los pelos de punta.

Llegó a todo galope un soldado de la caballería ligera, blanco de polvo. Su caballo, negro entrepelado y de crines muy largas, tenía las narices rojas y humeantes. Después pasó un oficial del estado mayor, pidiendo a gritos, como un obseso,

que todos dejaran libre el camino, y agitaba su sable a diestra y siniestra, a fin de apartar a los pobres mulos. Por entre los olmos que bordeaban el camino se abrieron paso algunos artilleros, cuyas plumas ondeaban al viento.

Los soldados tuvieron que ceder el paso e invadir un sembradío, lo cual apenó mucho a Malerba. En la cuesta de una loma vieron a un grupo de oficiales a caballo seguidos por una escolta de lanceros, y los gorros puntiagudos de los carabineros. Tres o cuatro pasos adelante, a caballo y con el puño en la anca, estaba alguien muy importante, al cual saludaban los generales llevándose la mano a la cabeza; los oficiales, al pasar frente a él, lo saludaban con sus sables.

—¿Quién es ése? —preguntó Malerba.

—Vittorio —respondió el luqués—. ¿Acaso nunca lo has visto en las monedas? ¡Menso!

En cuanto era posible, los soldados se volvían a mirarlo. Malerba se dijo: “¡Ése es el rey!”.

Más adelante hallaron un torrente seco. La otra orilla, cubierta de maleza, subía hacia el monte,

donde había algunos olmos chamuscados. Ya no se oía el cañoneo. En medio de aquel sosiego, un mirlo se puso a cantar en la mañana clara.

De repente, se desató el huracán. La cumbre y el campanario se cubrieron de humo. A cada cañonazo crujían las ramas de los árboles, se levantaba una nube de polvo. Una granada barrió con todo un grupo de soldados. Arriba de la colina prorrumpían en gritos inmensos, semejantes a “¡hurra!”.

—¡Madre santísima! —balbució el de Luca.

Los sargentos ordenaron que pusieran en el suelo las mochilas. Malerba obedeció a regañadientes, porque allí llevaba dos camisas nuevas y todas sus cosas.

—¡Rápido! ¡Rápido! —decían los sargentos.

Por un sendero pedregoso llegaron a todo galope algunas piezas de artillería, que hicieron temblar la tierra; los oficiales adelante, los soldados atrás, inclinados sobre las crines erizadas de los caballos humeantes, fustigando a sus cabalgaduras, y, más atrás aún, los artilleros, empujando en la cuesta las ruedas de los cañones.

En medio del furioso estruendo de los cañonazos, vieron pasar un caballo herido, con las riendas sueltas, lanzando coces desesperadas, relinchando. Más allá vieron tropeles de soldados heridos, sangrantes, sin quepí, agitando los brazos. Pelotones enteros, que reculaban paso a paso, deteniéndose a veces entre los árboles para disparar cuando era posible. Los clarines y los tambores anunciaron la carga. El regimiento subió de prisa la cuesta, como un torrente de hombres.

El corazón del luqués le decía: “¡Para qué tanta prisa de llegar arriba, sabiendo lo que nos espera!”.

Gallorini gritaba:

—¡Que viva Saboya! —y a Malerba, que caminaba despacio:— ¡Alza las patas, compañero!

—¡Tú camina! —repetía Malerba.

Al llegar a la cumbre, en un prado pedregoso, encontraron a los alemanes, que avanzaban en filas cerradas. De inmediato abrieron fuego de ambos bandos. Un oficial jovencito, recién graduado, cayó en ese momento, con el sable en alto. El luqués agitó los brazos y cayó a tierra, como si tropezara.

La lucha era ahora cuerpo a cuerpo, con sangre en los ojos.

—¡Que viva Saboya! ¡Que viva Saboya!

Los alemanes, al ver tantas bajas de su parte, empezaron a retroceder, paso a paso. Bandadas de capotes grises los perseguían. Y Malerba, corriendo lleno de furia, tropezó al sentir el impacto semejante al de una pedrada. Luego se percató de que su pantalón estaba ensangrentado. Entonces, furioso como un toro, siguió corriendo con la bayoneta en ristre. Vio a un gran demonio rubio, a punto de atacarlo con su sable en alto, mientras Gallorini lo apuntaba con su fusil.

Las trompetas llamaron a reunión. Todos los que quedaban del regimiento, ora en grupos, ora dispersos, corrieron hacia el pueblito que sonreía bajo el sol, en medio de tanto verdor. Pero al llegar a las primeras casas pudieron ver la destrucción y la masacre. Cañones, caballos, artilleros heridos. Puertas rotas, postigos de ventanas colgando como trapos; en un patio había montones de heridos y una carreta cargada de leña destrozada.

—¿Y el luqués? —preguntó Gallorini, jadeante.

Malerba lo había visto caer. Sin embargo, por instinto, se volvió a ver hacia el monte, hormigueante de hombres y de caballos. Las armas brillaban al sol. En el monte había oficiales a pie, oteando el horizonte con los binoculares. Las compañías bajaban por la cuesta, entre destellos surgidos de las filas.

Eran cerca de las diez, las diez del mes de junio, con tanto sol. Como si estuviese ardiendo, un oficial se arrojó al agua, donde lavaban las miras de los cañones. Gallorini estaba tendido junto al muro del cementerio, con la cara en la hierba: ahí, al menos, las fosas y la hierba tupida proporcionaban un poco de frescura. Malerba, sentado en el suelo, ceñíase con un pañuelo la pierna herida. Pensaba en el luqués, pobrecito, que había caído en el campo, con la barriga al aire. Se oyeron algunas voces:

—¡Regresan! ¡Regresan!

La corneta volvió a llamar a las armas. ¡Ah! ¡Gallorini ya estaba harto! ¡Ni siquiera un momento de reposo! Se puso en pie, como una bestia feroz, magullado, y cogió su fusil. La compañía avanzaba

deprisa en las primeras casas del pueblito, detrás de los muros, apostándose en las ventanas. Dos cañones alargaban sus cuellos negros en medio de la calle. Se veían llegar los alemanes en filas cerradas, un batallón tras otro, incontables.

Gallorini cayó herido ahí. Una bala le rompió un brazo. Malerba quería ayudarle.

—¿Qué tienes?

—Nada... ¡Déjame en paz!

El teniente disparaba a diestra y siniestra, como cualquier otro soldado, y fue preciso ir a darle una mano. Malerba decía a cada disparo:

—¡Deje que yo lo haga, porque éste es mi oficio!

Los alemanes desaparecieron de nuevo. Luego ordenaron la retirada. El regimiento ya no podía más. Qué afortunados el luqués y Gallorini, que ahora descansaban. Gallorini estaba sentado en el suelo, apoyado en un muro, y no quería moverse. Eran cerca de las cuatro: más de ocho horas con aquel calor y con la boca llena de polvo. Sin embargo, parecía que a Malerba le gustaba todo aquello, y a cada rato preguntaba:

—¿Qué más tenemos que hacer?

Pero nadie le hacía caso. Bajaron hacia el torrente, acompañados por la música de los cañonazos en el monte. Luego vieron, a lo lejos, un hormiguelo de uniformes cerca del pueblito. Ya no se entendía nada; ni a dónde iban ni qué sucedía. Al dar vuelta en una loma, se toparon con el seto tras el cual había caído el luqués. No se sabía dónde estaba Gallorini. Regresaban en desorden; miraban caras que nunca habían visto; granaderos y soldados de infantería detrás de oficiales que cojeaban, heridos, arrastrando las botas y con el fusil al hombro.

Caía la noche por doquier, tranquila y en medio de un gran silencio.

De trecho en trecho encontraban carros, cañones, soldados que caminaban en la oscuridad, sin cornetas ni tambores. Cuando cruzaron el río, supieron que habían perdido la batalla.

—Pero ¿cómo? —preguntaba Malerba—. ¿Cómo? No entendía el motivo.

Después, al terminar el servicio, regresó a su pueblo y vio a Marta que, cansada de esperarlo,

habíase casado. Tampoco él tenía tiempo que perder, y encontró a una viuda. Años después, Gallorini llegó al pueblo para trabajar como ferrocarrilero, también casado y con hijos.

—¡Malerba! ¿Qué haces aquí? Yo trabajo a destajo. Aprendí mi oficio en el extranjero, en Hungría, después de que me llevaron prisionero. ¿Te acuerdas? Mi mujer aportó un capitalito... Qué mundo ladrón, ¿eh? ¿Pensabas que yo era rico? Nosotros no andamos en coche; sin embargo, cumplimos con nuestro deber. Tenemos que trabajar duro y parejo.

Lo mismo les decía a sus operarios todos los domingos, en la taberna. Los pobres lo escuchaban, diciendo que sí con la cabeza, sorbiendo un vinillo amargo, descansando la espalda al sol, como las bestias, al igual que Malerba, que sólo sabía sembrar, cosechar y hacer hijos. Cuando hablaba con su antiguo compañero, asentía con la cabeza, por política, pero sin decir nada. Gallorini, en cambio, lo sabía todo de su oficio, lo bueno y lo malo; sobre todo el mal que le hacían al obligarlo a trabajar en varias partes del mundo,

con mujer y un montón de hijos, mientras otros andan siempre en coche.

—¡Tú no sabes cómo anda el mundo! Tú, si hacen una manifestación y gritan en contra de éste o de aquél, no sabes qué decir. ¡No comprendes qué se necesita!

Malerba asentía con la cabeza.

—Sé que necesitamos agua para las siembras y que hay que ponerle un tejado nuevo al establo antes de que llegue el invierno.

VIACRUCIS

Al entrar al taller de la costurera, Matilde buscó con los ojos a Santina. Se acercó a ella para decirle quedito:

—¿Ya sabes que Poldo se va a casar?

Santina sintió que la sangre se le agolpaba en la cara; luego, pálida de pronto, inclinó la cabeza sobre su labor. Nada dijo: no lo creía, pero su corazón le decía que sus presentimientos se verificaban ahora. Su labio superior temblaba al refrenar las lágrimas.

En cuanto hubo encontrado un pretexto para salir, corrió hacia el palacio municipal, donde pudo leer con sus propios ojos: “Leopoldo Bettoni

y Ernestina Mirelli, acaudalada...”. De vuelta en el taller, con los ojos hinchados, se lavó la cabeza.

Esa noche decidió hablar con él a cualquier costo. Desde tiempo atrás, él le decía: “Salgo tarde del taller. Debo terminar un trabajo”.

Renna, que también trabajaba de dorador en el mismo taller, se echaba a reír.

—No le haga caso a nadie, Santina. Son puros cuentos.

La madre de ella, al ver que volvía a salir muy trastornada, intentaba detenerla, aferrándola por el vestido.

—¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer a esta hora...?
Con los ojos fijos, ella repetía:

—Déjeme ir...

Quien la veía con aquel semblante, casi corriendo a deshoras por las aceras, se detenía a mirarla con el rabillo del ojo, o la llamaba con cuchicheos. Pero ella no veía ni escuchaba nada. Por fin encontró a Poldo en el café Las Cinco Vías, sentado en un corrillo, mirando su copa,

pensativo. Al salir de ahí, miró a izquierda y a derecha, como un ladrón. Podía pensarse que el corazón se lo decía. Al dar vuelta en la esquina, ella lo agarró por un brazo.

—¿Es cierto que vas a casarte?

Poldo juraba que no, con los brazos en cruz. Al fin le dijo:

—Oye: yo no tengo nada; tampoco tú. Cometeríamos un gran error...

Jamás le había dicho esto cuando estaba enamorado de ella y le susurraba palabras traidoras, que derretían su corazón. Con tales palabras se entregó a él en un cuarto de la hostería de Gorla, adornado con el retrato del rey y de Garibaldi, que permanecían grabados en su mente. Ahora recorría su propio camino, paso a paso, con la cabeza inclinada.

En un principio, sintió que el corazón se le moría dentro del pecho. Luego se resignó, poco a poco. Matilde le decía:

—Tonta. Pronto hallarás a muchos otros, no lo dudes.

Las compañeras chanceaban y reían todo el día; los sábados planeaban cosas para la fiesta. Desde la ventana se veía el sol de primavera sobre los tejados rojos, en los balconitos llenos de flores. Entonces volvía a escuchar en su corazón las dulces palabras de Poldo, pero ahora bañadas en lágrimas. Los domingos eran tristes para ella, en la melancolía de la calle Armorari. Pensaba y pensaba, con los codos apoyados en el alféizar, mirando todas las tiendas cerradas.

Renna, en el piso de arriba, se asomaba a la ventana, para ver la nuca blanca de Santina, asomada también en su ventana. Él tampoco salía. Le arrojaba piedritas. Ella alzaba la cabeza, sonriendo. Era su única sonrisa. Una noche de luna llena, mientras se oía una canción que alguien cantaba en la calle, Renna bajó al piso inferior, y quiso la suerte que en el rellano encontrara a Santina, que bajaba por agua. El joven la tomó luego por ambas manos, que sostenían el balde; ella sólo agachó la cabeza, en medio del claro de luna.

Pero no quería, no. Y pese a que empezaba a quererlo como al otro, temía que le sucediera lo mismo. Renna estaba enterado de que ella y Poldo habían sido amantes, y se lo reprochaba a cada momento. Santina tuvo que doblegarse, para demostrarle que lo amaba. Esta vez ocurrió en Isola Bella, después de una comida que le apesantó la cabeza como si fuera de plomo. Luego se puso a mirar, desconsolada, los huertos y los prados, ya pálidos a la luz del ocaso, mientras Renna fumaba en la ventana, en mangas de camisa. Y le dijo a ella:

—Hemos cometido un gran error.

Sabía que Beppe, el hermano de la muchacha, era un joven muy puntilloso, de los que no pueden tolerar que nadie se ría a sus espaldas. Por tal motivo, empezó a evitarla.

—¡Eres muy imprudente, querida! Haces cosas que puede ver hasta un ciego.

Santina se acongojaba, sin protestar.

Renna la observaba de pies a cabeza, pero de soslayo.

—¿Qué te pasa? ¡Por qué pones esa cara! ¿Por el error...?

Luego descubrió que él empezaba a desalojar el cuarto de arriba. Lo sorprendió en la escalera, con un veliz en el hombro.

—¿Te vas? ¿Vas a dejarme plantada?

Él lo negaba igual que el otro, con los brazos en cruz. Enseguida, perdiendo la paciencia, le preguntó:

—¿Qué más quieres? Acuérdate de que no fui el primero...

Ella quería arrojarse por la ventana, pero le faltó el valor para hacerlo. La maestra fruncía la nariz en cuanto la veía entrar al taller sin ningún ánimo, con mala cara y los ojos hinchados. Al igual que Renna, la desnudaba con sólo mirarla, con ciertas miradas que suscitaban en ella la vergüenza. En fin, cuando estuvo segura de que no se engañaba, le dijo las verdades del barquero un sábado en la noche, detrás del mostrador, junto con cinco liras y ochenta centavos.

Santina sintió que se moría. La patrona, con una sonrisita burlesca, le dijo una y otra vez:

—De nada te sirve llorar. ¡Debiste pensarlo antes!

La madre, mesándose los cabellos, le dijo:

—¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste, desgraciada? ¡Si tu hermano llega a saberlo...!

En cuanto el hermano se hubo enterado del asunto, fue a buscar a Renna en la calle Camminadella, para estrangularlo.

—¡Voy a hacerte pedazos, traidor!

Luego lo llevaron a su casa, descalabrado.

—¡No es nada! —decía—. ¡Quiero lavar mi deshonra con la sangre de esa desgraciada! ¡Si ella no se va de aquí, la mato!

La pobre huyó de inmediato, la víspera de la Navidad. Ese día Beppe, contento e ignorante de ese asunto, había llevado un *panettone*. La madre, a escondidas, puso algún dinero en el hatillo de ropa. Sus compañeras no supieron nada de eso. Tres meses después, Matilde la vio llegar a su casa, muy desmejorada, en busca de trabajo.

—¿Trabajo? Va a ser difícil... Sabes que la maestra...

—¡No; no con ella!

—Entonces... No sabría... ¡Pobrecita, qué mal te ves! ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

—¿Y él, Poldo?

—Nada sé de él.

—No te desanimes. ¡Pronto vas a ser bella como antes, ya lo verás!

Santina no tenía nada más que decir, y se dispuso a marcharse de ahí, con la cabeza agachada. Matilde le dijo desde el rellano de la escalera:

—¿A dónde irás?

—No lo sé.

—Oye: si vas a tener otro amante, esta vez abre bien los ojos... Que no sea un pobretón.

Se conchabó a un joven, rico como un príncipe y bueno como el pan, y tanto, que a la pobrecita no le parecía que fuera cierto. No le parecía verdad cada vez que él la esperaba en los portales de la Piazza Mercanti, mientras ella entregaba labores de costura en la calle Broletto. Él, tomándola por la cintura, siempre le decía:

—¡Ángel mío! ¡Rubiccita de oro!

—¡No, por favor! ¡Tengo muchas cosas que hacer!

Una noche, él la siguió hasta la escalera de su casa, en la calle Pesce, enamorado a más no poder. Quería demostrarle cuánto la quería. Gastó en ella grandes sumas de dinero; hizo que abandonara a la camisera de la calle Broletto y le alquiló un departamento bonito en la calle Manara.

La llevaba con frecuencia al Fosatti y al campo. ¡Hermosos paseos en el parque de Monza, todo verde y azul, con las densas umbrías de los árboles enormes, donde dormían las violetas; y, al regresar, las estrellas que brillaban silenciosas sobre sus cabezas, mientras él reclinaba la suya sobre las rodillas de ella, mecidos por el carruaje! Ella pensaba que todo eso era sólo un sueño. Intentaba leer en sus ojos qué cosa debía hacer para ser digna de ese paraíso. Hacía tiempo que a él también le parecía vivir en un sueño. La miraba, pensativo. Ella le preguntó:

—¿En qué piensas?

—Nada en especial, no te preocupes.

Un día le dijo, riendo, que su padre estaba furioso a causa de ella. Su sonrisa palidecía. Luego hasta dejó de sonreír. Con frecuencia llegaba tarde, de mal humor. La abrazaba y le decía:

—¡Te quiero tanto, lo sabes!

En un momento de abandono, le confió que estaba muy preocupado por ciertas letras de cambio y que los acreedores no querían esperar. Su encolerizado padre juraba que ya no le daría ni una sola lira si no enmendaba el camino. Santina sólo inclinaba la cabeza, a sabiendas de que perdería su amor, en vista de que no tenía ninguna esperanza de que se casara con ella. Él tuvo que ir a Génova por dos o tres días, a arreglar unos asuntos. Al momento de partir, bajo el cobertizo de la estación, le dijo con voz enamorada:

—No dudes de mí. ¡No dudes de mí!

Le prometió escribirle todos los días. Y Santina fue al correo a recoger las cartas de él todos los días, durante tres meses. Al fin llegó la última carta, en la cual le decía: “¿Qué puedo hacer?”

Mi padre quiere que me case lo más pronto posible". Y le mandó un giro de mil liras. Un señor que estaba junto a ella la sostuvo por un brazo para que no cayera bajo el autobús de Porta Romana.

Ella empezó a portar grandes sombreros emplumados y botitas de tacón alto, como Matilde. La vieron en un coche de punto, con un oficial de caballería. En un baile de Dal Verme ganó un premio; y una vez, a escondidas, le mandó cincuenta liras a la madre. El día del Estatuto, en la Piazza del Duomo, Poldo pasó a su lado y, luego de mirarla por un instante, le dijo algo a su mujer, una gordota, la cual se echó a reír agitando su gran vientre.

Pero conoció días afortunados. Un señor forastero le pagó un mes de vida alegre y de carruajes. Luego él también hizo maletas, dejándole algunos millares de liras en oro y perendengues, de los cuales se aprovechó después un agente viajero. Un maestro de música, enfermo del pecho y muerto de hambre, que se sentía vivo cuando la abrazaba, le prometió casarse con ella. Y pese a que Santina ya no creía para nada en todo aquello, llevó una

vida de santa todo el tiempo que estuvo viviendo con él en un cuarto de azotea, sacándose los ojos para comprarle medicinas. Llegaron a estar cuarenta y ocho horas sin comer nada ninguno de los dos, acurrucados en una colcha, debajo del tragaluz. En fin, lo acompañó al cementerio de Porta Magenta, ella sola, en un triste día de febrero, blanco de nieve. Esa noche fue a una escuela de baile, a fin de ganar algo para la cena.

Luego salió a la calle, a hacer el viacrucis de la Galería y de la vía Santa Margherita, en las tristes horas dedicadas a la búsqueda de la comida, temblando de frío bajo su redondel de seda, con la cara empolvada, sonriéndole a todos con sus labios hambrientos, contoneándose cerca de los hombres, que la saludaban con miradas desdeñosas. Caminaba sin sentir repugnancia, sin ninguna simpatía, sin cansancio, sin sueño, sin lágrimas, ya sin ningún rastro de su antigua y desdichada belleza. Una noche de carnaval, en una orgía, Poldo quiso comprarle un beso con el dinero de su mujer y ella se lo dió en su boca de borracho.

La estación aún era muy cruda. En su cuartucho, bajo las tejas, el agua se congelaba en el lavamanos. Si entraba en algún café, para calentarse, el camarero, con corbata blanca, le susurraba al oído ciertas palabras, y ella tenía que levantarse, cabizbaja. Afuera, en la luz empañada de los grandes vidrios, pasaban sombras abrigadas como ella, con sombreros emplumados. Los guardias la seguían paso a paso, a cierta distancia. Los hombres iban deprisa, con el cuello levantado y el puro en la boca. Ella sonreía con sus labios quemados.

Piazza del Duomo, toda blanca de nieve; Santa Margherita, con las deslumbrantes vidrieras del Bocconi... Ella solía detenerse allí un buen rato, calentándose con las emanaciones que salían de los estrechos respiraderos de los sótanos, a ras de la banquetta. La gente pasaba, mofándose ella. Luego en la Piazza del Duomo, como un camposanto, con el teatro de luces chispeantes; los cafés en la niebla tibia del gas; y de nuevo a la Galería, alta y sonora, con el inmenso arco abierto a la otra plaza, también llena de nieve, oyendo siempre a sus espaldas los

pasos de los guardias, que la constreñían a seguir adelante. Un viejecito la miró de soslayo mientras se rizaba los bigotes teñidos. La pobre siempre sonreía inútilmente, con sus labios pálidos. Al fin se acercó a una de aquellas sombras que, como ella, paseaba eternamente bajo un gran sombrero emplumado, para decirle en voz baja unas cuantas palabras. La otra se encogió de hombros. Un señor pasó, sin reparar en ellas. Luego volvió sobre sus pasos, para poner algo en su mano. Entonces, cubierta por su redondel de seda, fue a comprar pan. El joven panadero le sonrió burlonamente; luego volvió a sentarse detrás del mostrador, junto a una joven que leía *Il Secolo*. Santina se alejó de ahí, con el pan debajo del redondel, como una reina.

CONSUELOS

La mujer del huevo se lo predijo a la señora Arlía:

—Vas a ser feliz después de penar mucho.

¡Quién lo hubiera imaginado cuando se casó con Manica, dueño de una buena barbería en la calle Fabbri, al ser ella peinadora y jóvenes y sanos los dos! Sólo don Calogero, su tío, no bendijo ese matrimonio.

—Para lavarse las manos, como Pilatos —solían decir.

Él sabía que todos eran tísicos en su familia, de padre a hijo, y había logrado hacer un poco de panza gracias a haber escogido la tranquila vida del cura.

—El mundo está lleno de dificultades —predicaba don Calogero—. Es mejor mantenerse aparte.

Las penas, en efecto, llegaron poco a poco. Arlía, siempre encinta de un año al otro, perdía una clienta tras otra, cansadas de verla llegar sin aliento y con el castigo de Dios en la panza. El sueño de su marido era el de poner un salón de belleza en el Corso, con perfumería en el escaparate. A la sazón, la iba pasando con cortes de pelo y rasuras a tres sueldos cada una. Los hijos se enfermaban de tisis uno tras otro, y, antes de llevarlos al cementerio, se comían los escasos ahorros del año.

Angiolino, que no quería morir tan joven, se lamentaba en sus accesos de fiebre:

—Mamá, ¿por qué me trajeron al mundo?

Al igual que los demás hermanos muertos.

La madre, demacrada, no sabía qué responder ante la camita. Se habían sacrificado para darles de todo: caldos, medicinas, píldoras chiquitas como cabezas de alfiler. Arlía había gastado tres liras en una misa, la cual oyó de rodillas en San Lorenzo, dándose golpes de pecho por sus pecados, y asegu-

raba que la Virgen, desde su cuadro, le dirigió una mirada, diciéndole que sí; pero Manica, más juicioso, se puso a reír con la boca torcida, rascándose la barba. En fin, la pobre madre, enloquecida, cogió el chal y fue a ver a la mujer del huevo. Una condesa, que deseaba cortarse los cabellos por causa de un amante, había encontrado consuelo. “Vas a ser feliz después de penar mucho”, le dijo la mujer del huevo.

El cura, que era su tío, solía decirle:

—¡Son imposturas de Satanás! Es preciso tener el corazón lleno de amargura mientras se espera la sentencia, ¡y esa vieja pretende conocer el destino de los demás en una clara de huevo!

Ella no perdía la esperanza de hallar al hijo caminando, feliz, y diciéndole: “Estoy curado, mamá”.

Pero el muchacho se estaba yendo, onza tras onza, flacucho en su camita, con los ojos hundidos. Don Calogero, que sabía de moribundos, cada vez que iba a ver a su pariente, llamaba a la madre aparte para decirle:

—Yo voy a encargarme del funeral. No se preocupen.

Sin embargo, la desventurada no perdía la esperanza, sin apartarse de la cabecera. A veces, cuando Manica subía a hablar con el hijo, con barba de ocho días y encorvado, se apiadaba de él. ¡Cuánto sufría el pobrecito! Ella contaba al menos con las palabras de la mujer del huevo, que fueron como una luz encendida hasta que el tío cura se hincó a los pies de la cama con la estola puesta. Luego, cuando se llevaron su esperanza en el féretro del hijo, sintió una inmensa negrura dentro de su pecho. Se lamentaba una y otra vez delante de la cama vacía:

—¿Dónde quedó la promesa que me hizo la mujer del huevo?

Su marido, acongojado, se entregó al vicio del alcohol. Al fin, poco a poco, hubo una gran calma en su corazón, tal y como sucediera en otras ocasiones. Ahora que todas las penas le habían caído encima, llegaría la felicidad. Esto les sucede con frecuencia a los pobres.

Fortunata, la última que les quedaba de tantos hijos, se levantaba en la mañana con ojeras naca-

radas, pálida, a semejanza de los hermanos que murieron tísicos. Las clientas dejaban de ir, una tras otra; las deudas crecían, la barbería estaba desierta. Y Manica, su marido, esperaba clientes todo el día, parado junto a la vidriera empañada.

—¿El corazón te dice que va a realizarse lo que deseas?

Fortunata guardaba silencio, con ojos cercados de negro, como los de sus hermanos, fijos en un punto que sólo ella miraba. Un día su madre la sorprendió junto a un joven en las escaleras, el cual se escabulló al oír que se acercaba gente, dejando a la muchacha con la cara colorada.

—¡Ay, pobre de mí...! ¿Qué haces aquí?

Fortunata inclinó la cabeza.

—¿Quién es ese joven? ¿Qué quería?

—Nada.

—Ten confianza en mí, confía en tu sangre. ¡Si tu padre lo supiera...!

Por toda respuesta, la muchacha alzó la frente para mirarla con sus ojos azules.

—¡Mamá, yo no quiero morir como los otros!

Mayo estaba en flor, pero el rostro de la muchacha había cambiado; se veía inquieta cada vez que la miraba la madre. Los vecinos le decían:

—Señora Arlía, cuide a su muchacha.

Su mismo marido, poniendo mala cara, la había detenido en la barbería, para decirle en su propia cara:

—¡Cuida a tu hija! ¿Entiendes? ¡Que al menos sea honrada nuestra sangre!

La pobre no se atrevía a interrogar a la hija, viéndola tan trastornada. Sólo la veía con unos ojos que partían el corazón. Una noche, ante la ventana abierta, mientras que de la calle subía la canción de la primavera, la muchacha le confesó todo, bañada en llanto.

La pobre madre se dejó caer en una silla, como si le hubiesen cortado las piernas. Repitió varias veces, con voz entrecortada:

—¡Ay! ¿Qué vamos a hacer?

Pensaba en Manica y el ímpetu del vino, con el corazón endurecido por las desgracias. ¡Pero lo peor eran los ojos con los que le respondía la muchacha!

—¿Ve esta ventana, mamá? ¿Ve que es muy alta...?

El joven, que era un caballero, le pidió al tío cura que fuera a tantear el terreno, para saber qué camino tomar. Don Calogero había escogido adrede el sacerdocio, a fin de mantenerse lejos de los enredos del mundo. Manica le dijo que el joven no era rico. El otro entendió la antífona, y enseguida le dijo que él tampoco lo era y no estaba en condiciones de proporcionar la dote.

Fortunata cayó realmente en cama, y empezó a toser como sus hermanos. Hablaba a menudo al oído de la madre, abrazándola, con la cara enrojecida:

—¿Ha visto qué alta es esa ventana...?

La madre tenía que correr a muchas partes, a peinar a las señoras para el teatro, temerosa de aquella ventana y de no poder reunir el dinero para la dote de la hija cuando el marido llegara a enterarse del error.

Recordaba muy seguido las palabras de la mujer del huevo, las cuales alentaban su esperanza.

Una tarde que volvía a casa, exhausta y desanimada, al pasar frente a la vitrina de los billetes de lotería llamaron su atención unos números y, por vez primera, sintió el deseo de jugar. Ya con el papelito amarillo en el bolso, le pareció que con él aseguraría la salud de la hija, la riqueza del marido y la paz de la casa. Pensó también con ternura en su Angelino y en los otros hijos, que yacían bajo tierra en el cementerio de Porta Magenta. Era un viernes, el día de los afligidos, bajo el ocaso tranquilo de primavera.

Jugaba a la lotería cada semana. Invertía una parte del escaso dinero que ganaba para tener la esperanza de un buen dinero ganado de improviso. Las santas ánimas de sus hijos la ayudarían a obtenerlo. Un día, Manica encontró los billetes amarillos en un cajón, mientras buscaba alguna lira que gastar en la hostería, y montó en cólera.

—¿Conque en eso gastas el dinero?

Su mujer temblaba, sin saber qué contestar. Por fin dijo:

—Óyeme, piensa un poco... ¿Y si Dios permite que ganemos en la lotería? No hay que cerrarle la puerta a la fortuna...

Ella seguía pensando en las palabras de la señora del huevo.

—Si ésa es tu única esperanza... —rezongó Manica, sonriendo burlón.

—¿Y cuál es la tuya?

—¡Dame dos liras! —respondió él con brusquedad.

—¡Dos liras! ¡Oh Virgen Santa! ¿Para qué las quieres?

—Entonces, ¡una! —dijo Manica, disgustado.

Era un día oscuro, lleno de nieve y humedad, que calaban los huesos. Manica regresó a casa en la noche, con la cara brillante de alegría. Fortunata, en cambio, decía:

—Sólo para mí no hay consuelo.

Muy a menudo, a ella le hubiera gustado estar como sus hermanos, bajo la tierra del cementerio. Ellos, al menos, no sufrían ya, igual que sus pobres padres.

—¡Ay! El Señor no va a abandonarnos del todo —musitaba Arlía—. Eso me dijo la del huevo. Es una inspiración.

El día de Navidad pusieron en la mesa el mantel blanco, con flores, e invitaron al tío cura, que era la única esperanza que les quedaba. Manica se frotaba las manos, y dijo:

—Hoy debemos estar alegres.

La lámpara, colgada del techo, se mecía melancólicamente.

Hubo carne de res, pavo rostizado y un *panettone* con el Duomo de Milán. A la hora de la fruta, el pobre tío, viéndolos llorar en semejante día, con un buen vaso de barbera en la mano, no tuvo más remedio que prometerle la dote a la joven. El amante volvió a flotar. Silvio Liotti, dependiente de una tienda de prestigio, prometió reparar el daño. Manica, con una copa en la mano, le dijo luego a don Calogero:

—Vea, su señoría: con esto se arregla todo.

Pero el destino quiso que a Arlía no le durara mucho la dicha. El yerno, el muchacho de oro,

derrochó el dinero de su mujer, y, seis meses después, Fortunata regresó, hambrienta, a casa de sus padres, a quienes les mostró varios moretones. No pasaba un año sin que tuviera un hijo, igual que su madre, y todos flacos, que se la comían viva. A la abuela le pareció que volvía a tener hijos, que cada uno de ellos era una dificultad, aunque ninguno muriera tísico. Ya vieja, tenía que ir a Borgo degli Ortelani y a Porta Garibaldi a peinar a las tenderas, para ganar unas cuantas liras. Su marido apenas ganaba diez liras los sábados, debido en gran parte a que, por temblarle las manos, cortaba a los clientes y luego debía pararles la sangre con telarañas. El resto de la semana permanecía tras la vidriera sucia, enfurruñado; o en la hostería, con el sombrero ladeado sobre la oreja. Y ella, en lugar de seguir comprando billetes de lotería, gastaba ese dinero en aguardiente, que escondía bajo el delantal, y su consuelo fue sentir calentito su corazón, sin pensar en nada, sentada frente a la ventana, mirando cómo goteaban los tejados.

EL ÚLTIMO DÍA

Un poco más adelante de Sesto, los viajeros que iban en los vagones del tren que se dirigía a Como sintieron una sacudida muy fuerte; y una vieja marquesa, que fue a recalar entre un señorito y una damisela de sombrero muy ancho, abrió desmesuradamente los ojos, frunciendo la nariz.

El señorito portaba una pelliza magnífica y, por galantería, deseaba compartirla con su vecina más joven, aunque la primavera estuviese avanzada. El tren se sacudió mientras ellos se acomodaban apenas. Por fortuna, la marquesa era conocida en

la estación de Monza, y consiguió un lugar en un compartimiento.

Los diarios de la tarde relataban:

“Las autoridades informaron que hoy, en las cercanías de Sesto, fue hallado el cadáver de un hombre desconocido en los rieles del ferrocarril”.

Los diarios no sabían más al respecto. Un tropel de campesinos que volvían de la fiesta de Gorla encontraron de pronto aquel cadáver, tendido a un lado de las vías; lo rodearon, curiosos, sin saber quién era. Uno de ellos dijo que era de mal agüero ver un muerto en días de fiesta; pero la mayoría pensaba que era como ganar el premio mayor. El guardavía, a fin de despejar los rieles, acomodó el cadáver a un lado de ellos, entre los matorrales, y puso un manojo de hierba sobre la cara destrozada, la cual impresionaba malamente a todo aquel que la veía. Entre un tren y otro, acudieron el juez de primera instancia, los guardias y los vecinos; y, dado que era la fiesta de la Ascensión, en los campos verdes se veían los penachos rojos de los carabineros y los trajes nuevos de los curiosos.

El muerto tenía el pantalón roto, una raída chaqueta de fustán, zapatos amarrados con mecate y un billete de la lotería en un bolsillo. Con ojos muy abiertos en la cara lívida, contemplaba el cielo azul.

La justicia no sabía si se trataba de un homicidio por robo o por cualquier otro motivo. Levantaron el acta en toda regla, como si en aquellos bolsillos hubiesen hallado cien mil liras. Querían saber quién era y de dónde venía; nombre, nacionalidad y profesión. No contaban con más indicios que la barba roja de ocho días y las manos sucias: unas manos de hambriento, que no habían trabajado en mucho tiempo.

Algunos creyeron identificarlo con esas señas. Entre otros, una pandilla alegre, que parrandeaba en Loreto. Unas muchachas que bailaban con las faldas al viento dijeron:

—¡Ése no tiene ganas de bailar!

Él había seguido su camino, con piernas débiles, arrastrando apenas los pobres zapatos. Se había detenido a escuchar el organillo, como si realmente tuviera ganas de bailar; miraba aquí y allá sin decir

nada. Luego se alejó por el ancho camino polvoriento. Caminaba a mano derecha, bajo los árboles, cabizbajo. El tranvía estuvo a punto de atropellarlo; el conductor le lanzó una injuria acompañada de un chicotazo. A fin de esquivar el peligro, él dio un salto desesperado.

Más tarde lo vieron cerca de una finca, sentado en el suelo y en actitud sospechosa. Parecía que estaba mordisqueando una mazorca, o que contaba las piedras del canal. Un peón de la finca acudió con un garrote; se le acercó despacio, despacio. Quería saber qué estaba tramando allí aquel vagabundo, porque todavía faltaba mucho para que maduraran las mazorcas de maíz y en el campo no había nada que robar. Al acercarse más a él, vio que se había quitado los zapatos, y ahora estaba con la cara entre las manos. El peón, con el garrote al hombro y viéndole las manos, le preguntó qué estaba haciendo allí, en una propiedad ajena. El otro, balbuciendo sin responder, volvió a ponerse los zapatos. Y se alejó de ahí, escabulléndose como un malhechor.

Iba a orillas del canal, bajo las moreras, que echaban las primeras hojas. A izquierda y derecha, los campos ya estaban verdes. El agua, en la sombra, corría oscura, y, por momentos, lucía al sol, un bello sol de primavera, que hacía cantar a los pájaros.

El peón agregó que estuvo viéndolo de lejos, en caso de que al vagabundo se le ocurriera regresar, y que jamás hubiera pensado que fuera a parar bajo las ruedas de una locomotora; que pudo reconocerlo gracias a aquellos zapatos, que no se sostenían bien ni con los mecates, los cuales saltaron fuera de los pies, a un lado de los rieles.

—Cuando las ruedas le pasaron encima, él seguramente pataleó —dijo el mesero de la taberna, que corrió hasta allá al sentir el olor a muerto, como un cuervo, con su jubón negro y la servilleta en el brazo. Él había visto pasar al desconocido cerca del mediodía: su cara era la de un hambreado, de esos que se roban la sopa con sólo mirarla. Hasta los perros lo habían olido y le ladraban, a causa de aquellos zapatos, que se deshacían en el polvo.

Al caer el sol, la sombra del cadáver sin pies se alargaba, como espantapájaros, y las aves volaban en silencio. De las tabernas cercanas llegaban las voces alegres y la canción de Barbapedana. Al fondo del patio, por entre las ramas de las plantitas magras, veíanse saltar y bailar las jóvenes despeinadas. Cuando el carro que llevaba los restos del suicida pasó ante las ventanas iluminadas, éstos se oscurecieron debido al grupo de curiosos que se acercaron a ver. Adentro, el organillo seguía tocando el vals de Madame Argot.

Más tarde, la rentera de Porta Tenaglia dijo que había visto llegar, un mes antes, al hombre de la barba; era una noche lluviosa, el hombre estaba muy cansado y llevaba un fardelillo bajo el brazo, que debía pesar poco. Ella lo sopesó con los ojos, para estar segura de que dentro del fardelillo estuviera el dinero suficiente para alquilarle una cama. Él le había preguntado cuánto costaba dormir bajo techo. Esperaba una carta, y todos los días madrugaba para ir en busca de aquella respuesta, con los zapatos rotos y la espalda agachada, can-

sado antes de moverse. Finalmente, la carta llegó. Decía que en el taller no había trabajo. La mujer le permitió dormir en un colchón después de verlo todo ese día sentado al borde de la cama, con el papel en la mano.

Poco se sabía de él. Vino de muy lejos. Alguien le dijo:

—En Milán, que es muy grande, hallará trabajo.

Él ya no lo creía; pero siguió buscándolo mientras le duró el poco dinero que llevaba.

Había desempeñado varios oficios: picapedrero, peón de albañilería, panadero. Después de romperse un brazo, ya no era el mismo. Los maestros de obra lo mandaban a ver a otros, para quitárselo de encima. Luego, cuando se hubo cansado de buscarse el pan, se acostó en los rieles del tren. ¿Cuáles habrán sido sus pensamientos mientras lo esperaba, supino, viendo el cielo límpido y las verdes copas de los árboles? El día anterior, mientras volvía a la pensión, exhausto, se dijo: “¡Mañana!”.

Era la noche del sábado; todas las tabernas del Foro Bonaparte estaban llenas de clientes,

iluminadas por la luz clara del gas; la gente se agolpaba frente a las barracas de los saltimbanquis y los puestos de los vendedores ambulantes, incluso en las calzadas en penumbra, recorridas por un murmullo acariciante. Una muchacha en malla color carne tocaba el tambor bajo un cartelón pintado. Más allá, una pareja de jóvenes sentados en una banca se abrazaban. Un vendedor de manzanas cocidas suscitaba el apetito con su mercancía.

Él pasó delante de una tienda, en cuya puerta fumaba un hombre en mangas de camisa, y, al fondo, una mujer amamantaba a un niño. Él miraba todo mientras caminaba, pero no se atrevía a detenerse; hubiérase dicho que todo lo ahuyentaba. Parecía que los cristianos sentían su olor a muerto, y lo evitaban. Sólo una pobre mujer, que iba a Sesto cargando un gran canasto y refunfuñando, se sentó a orillas del camino, cerca de él, para descansar. Y empezó a charlar y a quejarse de sus penas, como suelen hacerlo los viejos: tenía una hija en el hospital, y el yerno la hacía trabajar como a una bestia;

debía ir hasta Monza con aquel canasto, a pesar de su intenso dolor de espalda. Luego ella prosiguió su camino, a cocer la polenta para el yerno, que la esperaba. En la aldea el campanario anunció el mediodía, y todas las campanas festejaron el día de la Ascensión. Cuando ellas callaban, una gran paz inundaba los campos. De pronto, se oyó el silbato amenazante del tren, que pasaba como un relámpago.

El sol estaba alto y candente. Más allá del camino, hacia las vías, los prados se prolongaban hasta donde alcanzaba la vista, bajo las filas de las moreras, intersecadas por el canal, que relumbraba bajo los chopos.

—¡Vamos! ¡Es hora de acabar con todo!

Pero no se movió, seguía con la cabeza entre las manos. Pasó cerca de él un perro, vagabundo y famélico, el único que no le ladraba. Se detuvo a mirarlo entre titubeante y temeroso; luego empezó a menear la cola. En fin, viendo que no le daba nada, prosiguió su camino. Tan hondo era el silencio, que por un buen rato pudo oír el trote del

pobre animal, que vagaba con el vientre enteco y la cola entre las patas.

Los organillos siguieron tocando; en las tabernas, la parranda se prolongó. Luego, cuando las voces se debilitaron y las muchachas se cansaron de bailar, siguieron hablando del suicidio de ese día. Una de ellas contó que una amiga suya, bella como un ángel, se había suicidado por amor, y que la encontraron con el retrato del amante sobre sus labios, un traidor que la abandonó para casarse con una comerciante. Ella conocía la historia con todo detalle, por haber trabajado dos años con la amiga en un taller de costura. Sus compañeras la escuchaban, medio reclinadas en el canapé, abanicándose, aún coloradas y acezantes. Un joven dijo que él, en tal caso, se vengaría de los dos; primero de ella y luego de él, sirviéndose del trinchete que siempre llevaba consigo, aunque no estuviera en su trabajo, “porque nunca se sabe”. Y lo palpaba delante de las muchachas, que lo escuchaban con mucha atención, por ser un joven hermoso, de cabellos ensortijados, los cuales asomaban bajo un

sombrero de ala corta, chiquito. El mesero llevó otras botellas; y todos, con los codos apoyados en el mantel, hablaban de cosas tiernas, con los ojos brillantes, apretándose las manos.

—En este mundo perro no hay más que la amistad y quererse un poco bien.

—¡Viva la alegría!

Una botella hace que olvidemos una semana de melancolía. Algunos de ellos intervinieron para apaciguar a dos jóvenes muy fuertes, dispuestos a sacarse los ojos por la morenita que andaba con uno, luego con el otro, sin ningún recato.

—¡Es por el vino! ¡Es por el vino! —gritaban los demás.

—¡Viva la alegría!

Pero los pacificadores estuvieron a punto de armar el zafarrancho cuando el tabernero les mostró la cuenta, en la cual, según ellos, pretendía cobrarles botellas de más. Luego todos salieron al aire fresco, a altas horas de la noche. El tabernero se puso a atrancar puertas y ventanas; luego hizo las cuentas del día en una libreta mugrosa. Después

fue por la mujer que dormitaba junto a la barra, con el niño en el regazo. Las voces se perdían en lontananza, con ocasionales gritos de alegría. Bajo el cielo estrellado reinó después un gran silencio, y el grillo cantarín se puso a estridular a orillas de los rieles.

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES

7

ESTAMPAS SICILIANAS

Volumen II

<i>CUENTOS RÚSTICOS</i>	15
El reverendo	17
Qué es el rey	35
Don Licciu Papa	49
El misterio	63
Malaria	77
Los huérfanos	93
Las posesiones	107
Historia del asno de San José	119
Pan negro	141

Gente de bien	195
Libertad	211
Al otro lado del mar	227
<i>POR LAS CALLES</i>	245
En la Plaza de la Scala	247
En el baile de máscaras	257
El Canario del número 15	267
Amor sin venda	283
La hostería de Los Buenos Amigos	303
Celos	323
Compañeros	343
Viacrucis	363
Consuelos	377
El último día	389



Estampas sicilianas, de Giovanni Verga (Volumen II), traducción de Guillermo Fernández, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México.

En su composición se utilizaron tipos de la familia Bodoni. El papel de los interiores es cultural de 90 g y el de los forros y camisa protectora, fabrica crema de 240 y de 100 g, respectivamente. El tiro consta de mil ejemplares. Cuidado de la edición: Carlos Valenzuela, Édgar Valencia y José C. Núñez. Diseño gráfico: Luis García Flores. Editora responsable: Marfa Trinidad Monroy Vilchis.

